

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

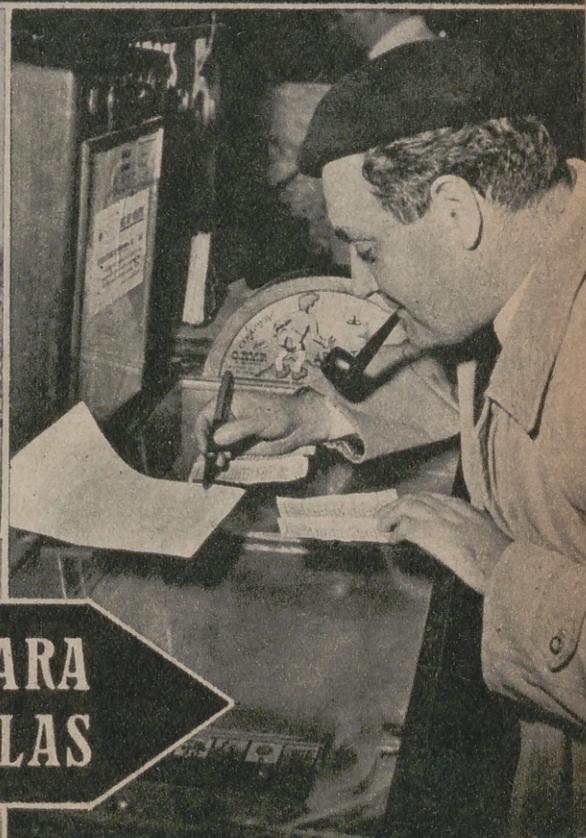
Madrid, 29 noviembre 5 diciembre 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 261

4 MILLONES DE
BOLETOS EN BUSCA
DE LA FORTUNA

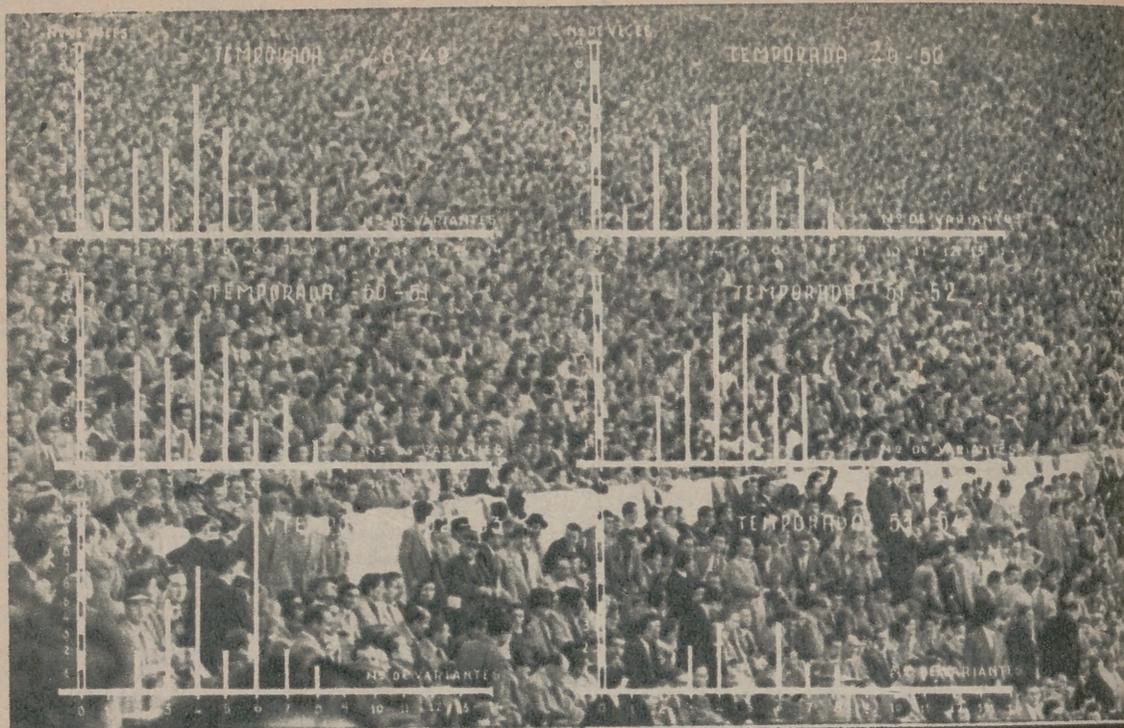
4 ACIERTOS
QUE VALEN
EN "POTOSI"



EL CALCULO DE PROBABILIDADES DESCUBRE EL SECRETO DE LAS QUINIELAS



FORMULAS INEDITAS PARA
GANAR EN LAS QUINIELAS



Aquí aparecen, distribuidas por temporadas, las variantes que se habían clasificado en el gráfico general. Cada temporada puede considerarse como una muestra del conjunto de las cinco temporadas. El jugar a la variante cuatro lleva consigo, si no se puede hacer la completa de cero a seis variantes, una dirección mucho más segura. Entre la variante cuatro, la que más se ha presentado ha sido la XXX2, que lo ha hecho 14 veces, de un total de 34 veces.

COMO si se tratase de un sustitutivo cualquiera, las quinielas han venido a ocupar el puesto, en la economía de las ilusiones, que no hace mucho tiempo desempeñaban los sorteos decenales de la Lotería Nacional. Hoy se vive casi pensando en ese pequeño rectángulo de papel, merced al cual, y por medio de una afortunada combinación de signos, puede uno pasar de la corriente situación monetaria a la no despreciable condición de millonario. Todo ello en el período de tiempo que va de un domingo por la mañana a un lunes por la tarde.

Las Apuestas Mutuas Deportivas Benéficas han pasado ya a la mayoría de edad. La cifra de boletos vendidos se cuenta por millones, mientras que hace tan sólo cinco años no llegaba a 50.000. Casi todos los españoles saben el camino y el mecanismo de cada quiniela. Un camino que empieza en el bar comprando un boleto por tres pesetas y termina en el salón de actos del Parque Móvil de los Ministerios Civiles, de Madrid, donde dan fe de la videncia del apostante.

LA GARANTIA DEL ESCRUTINIO

Después que el apostante ha introducido su boleto en la ranura del buzón—a la vez introduce también un buen puñado de proyectos—la quiniela queda ya sujeta a un control riguroso e insalvable. Cuando llega la hora de recoger los buzones, los empleados del Patronato, a la vista del público, meten todos los boletos en unas bolsitas, que son precintadas en el acto. Todos estos saquitos van a parar a una saca con una cerradura especial, precintada con la firma del presidente del Patronato, la firma de

un funcionario de dicho organismo y una huella digital en el reverso. El policía que presencia la operación de cerrar la saca testifica el acto y se firma un documento, en el que se hace constar la legitimidad de la operación, por el delegado del Patronato, un representante de la Dirección General de Seguridad, otro de la Diputación y alguna persona del público si desea hacerlo.

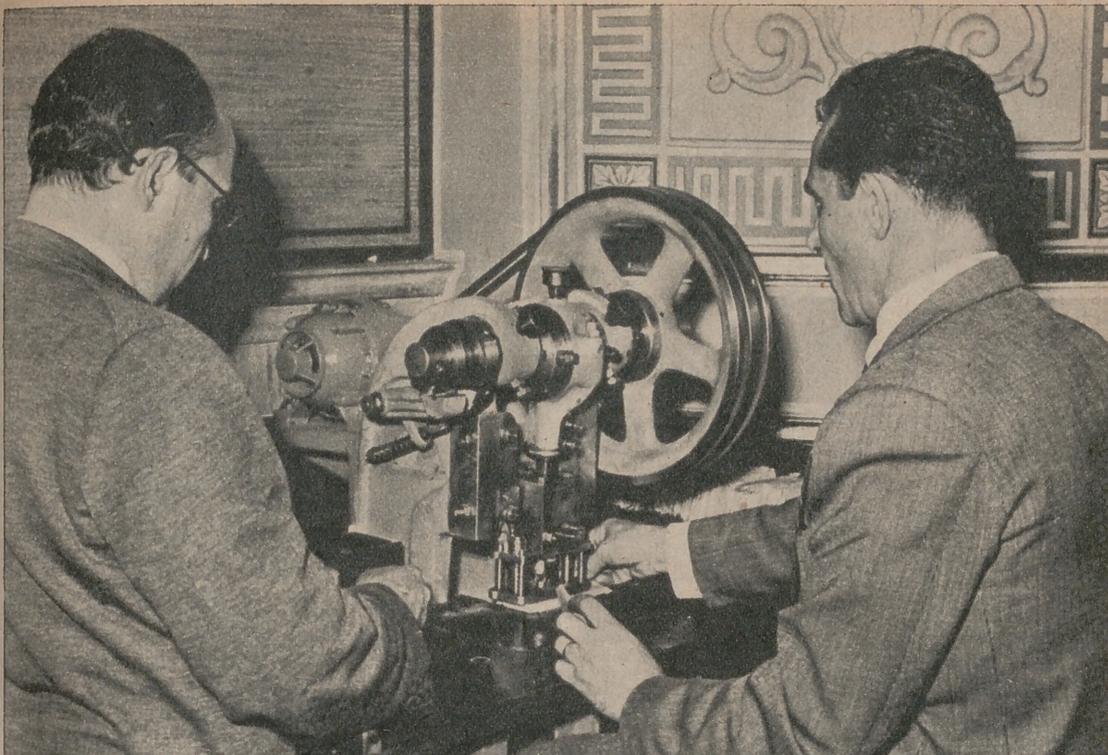
Las sacas, una vez cerradas con esta garantía, se envían a Madrid. En Madrid se guardan hasta el instante del escrutinio, en que se procede a su apertura. Si se comprueba alguna anomalía en el precinto se procede a la anulación de la saca correspondiente. Los boletos, que vienen en las bolsas de papel precintadas, son entonces llevados a las máquinas taladradoras. Estas máquinas, cuyo juego de taladros es sorteado antes de empezar el escrutinio, marcan por medio de unas perforaciones todos los boletos, de suerte que si apareciese un boleto sin el correspondiente taladro sería anulado inmediatamente. Las combinaciones de los taladros son prácticamente infinitas, con lo cual es imposible la coincidencia de dos de ellos y mucho menos el llevar un boleto perforado para introducirlo durante el escrutinio. Además, el sistema de numeración y de clasificación de sobres es también insalvable.

Quando están taladrados todos los boletos y repartidos los sobres en cada mesa—estos repartos los anota el inspector—entran los escrutadores. Doscientos sesenta y cuatro componen la plantilla encargada de seleccionar los boletos por el número de aciertos. Dotados todos ellos de una gran memoria visual y de una extraordi-

na velocidad manual, terminan en el tiempo prefijado su cometido. Separan los boletos con los aciertos que se les marcan, los cuales pasan luego a la mesa clasificadora para ser comprobados en cuanto a condiciones de garantía. Se publica la lista provisional, contra la que se puede formular reclamación en el plazo de tres días, y luego, a cobrar si se ha tenido suerte, vista o sabiduría, que de todo hay, como veremos luego.

EL INTERES DE LOS QUI- NIELISTAS

Con ser interesantísimo para el público, desde luego, el procedimiento de garantía que lleva el Patronato sobre los boletos para que no se pueda dar ningún caso de posible estafa, no lo es menos el de averiguar si existe algún método para acertar las quinielas. Por todos los lugares de España existen sociedades de quinielistas dedicadas a encontrar en común la fórmula salvadora que les libere de ir a la oficina, de tener que marcar la entrada y la salida en el reloj de la fábrica o de poder tomarse unas estupendas vacaciones, viajando por esos lugares tan bonitos que salen en las películas, como son los lagos del Canadá, sin ir más lejos. Desde los baremos de un determinado número de partidos fijos hasta el procedimiento de fijarse un ojo y escribir el pronóstico con la mano izquierda, mientras se está en cuclillas mirando hacia el lugar que sale el sol a la par que canta un gallo colorado—que es una técnica recomendada por cualquier astrólogo que se precie de tal—, los quinielistas han ensayado toda clase de procedimientos. Nosotros, en el deseo de facilitar estos estudios y de que todos y cada uno



En esta máquina se taladran todas las quinielas, para evitar que se pueda introducir en el escrutinio ningún boleto que no haya sido depositado en el buzón

		Núm. de boletos
10 variantes:		
Tipo: diez iguales.....	1.001 por tipo.....	2.002
Tipo: nueve y uno iguales.....	10.010 por tipo.....	20.020
Tipo: ocho y dos iguales.....	45.045 por tipo.....	90.090
Tipo: siete y tres iguales.....	120.120 por tipo.....	240.240
Tipo: seis y cuatro iguales.....	210.210 por tipo.....	420.420
Tipo: cinco y cinco iguales.....		252.252
Total.....		1.025.024
11 variantes:		
Tipo: once iguales.....	364 por tipo.....	728
Tipo: diez y uno iguales.....	4.004 por tipo.....	8.008
Tipo: nueve y dos iguales.....	20.020 por tipo.....	40.040
Tipo: ocho y tres iguales.....	60.060 por tipo.....	120.120
Tipo: siete y cuatro iguales.....	120.120 por tipo.....	240.240
Tipo: seis y cinco iguales.....	168.168 por tipo.....	336.336
Total.....		745.472
12 variantes:		
Tipo: doce iguales.....	91 por tipo.....	182
Tipo: once y uno iguales.....	1.092 por tipo.....	2.184
Tipo: diez y dos iguales.....	6.006 por tipo.....	12.012
Tipo: nueve y tres iguales.....	20.020 por tipo.....	40.040
Tipo: ocho y cuatro iguales.....	45.045 por tipo.....	90.090
Tipo: siete y cinco iguales.....	72.072 por tipo.....	144.144
Tipo: seis y seis iguales.....	84.084 por tipo.....	168.168
Total.....		372.736
13 variantes:		
Tipo: trece iguales.....	14 por tipo.....	28
Tipo: doce y uno iguales.....	182 por tipo.....	364
Tipo: once y dos iguales.....	1.092 por tipo.....	2.184
Tipo: diez y tres iguales.....	4.004 por tipo.....	8.008
Tipo: nueve y cuatro iguales.....	10.010 por tipo.....	20.020
Tipo: ocho y cinco iguales.....	18.018 por tipo.....	36.036
Tipo: siete y seis iguales.....	24.024 por tipo.....	48.048
Total.....		114.688
14 variantes:		
Tipo: catorce iguales.....	1 por tipo.....	2
Tipo: trece y uno iguales.....	14 por tipo.....	28
Tipo: doce y dos iguales.....	91 por tipo.....	182
Tipo: once y tres iguales.....	364 por tipo.....	728
Tipo: diez y cuatro iguales.....	1.001 por tipo.....	2.002
Tipo: nueve y cinco iguales.....	2.002 por tipo.....	4.004
Tipo: ocho y seis iguales.....	3.003 por tipo.....	6.006
Tipo: siete y siete iguales.....		3.432
Total.....		19.384



Hoy las mujeres van a los campos de fútbol casi con tanta ilusión como a una casa de modas. Y si no, que se lo digan a esta jovencita que apunta los resultados de los partidos...

El número total de boletos distintos que pueden hacerse viene dado por las variaciones con repetición que pueden formarse con tres elementos, 1 x 2, tomados de 14 en 14. Esto es:

$$V_{14}^3 = \frac{14!}{3!11!} = 3 \times 14 = 4.782.969$$

cifra que, además, puede compro-

barse sumando los anteriores resultados por variantes.

LAS QUINIELAS SON UN JUEGO DE AZAR

Las Apuestas Mutuas no son un juego de lotería. Si fuera de lotería, todos los boletos, cualquiera que fuesen los resultados expresados en el mismo, tendrían igual probabilidad de salir. Los

resultados de las cinco temporadas que se lleva practicando el sistema de quinielas en la forma actual deberían estar de acuerdo, proporcionalmente, con el número de boletos que pueden hacerse con cada variante.

Clasificando los resultados de las quinielas premiadas por variantes de las mismas, obtenemos el siguiente cuadro:

CUADRO NUM. 1

Temporada	Variantes														Total	
	0	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13		14
48-49	1	1	4	4	7	5	2	—	2	—	—	—	—	—	—	26
49-50	—	1	4	3	6	5	2	3	1	—	—	—	—	—	—	25
50-51	1	—	5	5	7	6	2	3	1	—	—	—	—	—	—	30
51-52	—	—	3	5	7	7	4	4	—	—	—	—	—	—	—	30
52-53	—	—	2	5	7	2	11	2	1	—	—	—	—	—	—	30
Total	2	2	18	22	34	25	21	12	5	—	—	—	—	—	—	141

Es evidente que los resultados de esta tabla no se corresponden con el número de boletos que se pueden hacer con cada variante, como debía de suceder si el juego fuese de lotería. Baste como prueba de ello que en el total de las cinco temporadas no se ha dado una variante premiada superior a ocho. Si el juego fuera de lotería debían de haberse dado aproximadamente 97 quinielas premiadas de 9, 10, 11, 12, 13 y 14 variantes. ¿Quiere decir esto que las quinielas no pueden ser consideradas como un juego de azar?

A la vista de los resultados obtenidos en anteriores temporadas, la respuesta es que sí, pero dando a cada variante una determinada probabilidad que no está de acuerdo, ni mucho menos, con el número de boletos que pueden hacerse con cada variante.

Para determinar estas probabilidades vamos a sentar la hipótesis de que son proporcionales al número de veces que ha salido cada variante en el total de las cinco temporadas. En este caso, las probabilidades de acertar rellenoando todos los boletos de 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13 y 14 variantes serán proporcionales a 2, 2, 18, 22, 34, 25, 21, 12, 5, 0, 0, 0, 0 y 0, respectivamente, que son los totales del cuadro 1.

Para ver si esta hipótesis es aceptable estadísticamente, aplicaremos la «ji cuadrado» de Pearson a cada una de las cinco temporadas que estamos estudiando.

Prescindiendo de los cálculos, que puede hacer por su cuenta el lector curioso, se tienen los siguientes resultados:

Temporada	«Ji cuadrado»	Pr.
48-49	2,335	0,675
49-50	0,666	0,955
50-51	1,023	0,906
51-52	1,163	0,883
52-53	7,963	0,094

Nota.—Para el cálculo de la «ji cuadrado» se han efectuado las siguientes agrupaciones: de 0, 1 y 2 variantes; 3, 4, 5, 6 ó más variantes. Pr. significa la probabilidad de obtener una «ji cuadrado» superior a la de la columna anterior.

Como puede notarse, todas las Pr. están fuera del intervalo (0; 0'05), que aun con el nivel de significación del 5 por 100 nos indica que la hipótesis es aceptable. Como consecuencia, pueden considerarse las quinielas como un juego de azar, puesto que tienen su probabilidad.

¿COMO RELLENAR UN BOLETO SEGUN LAS LEYES DEL AZAR?

Hay muchas personas que se han establecido sus leyes particulares de azar para rellenar los boletos. El sistema de las perras, el de los dados o el de la criada. Todos estos procedimientos son, en efecto, de azar, pero sus leyes no se ajustan a las que rigen las quinielas. Para estos señores vamos a dar un procedimiento rigurosamente científico:

El total de 1, X y 2 de cada

temporada ha sido: en la 48-49, 246, 47 y 55, respectivamente; en la 49-50, 232, 59 y 49; en la 50-51, 291, 67 y 57; en la 51-52, 284, 79 y 57, y en la 52-53, 263, 76 y 76. Haciendo una hipótesis similar a las que hemos hecho anteriormente, la probabilidad del uno es 0,679052; la de la equis es 0,169246 y la del dos es 0,151702. Aplicando, como antes, la décima dicha obtenemos, para cada una de las temporadas, los siguientes valores de ella, respectivamente: 2,894; 1,003; 1,604 y 4,419. Las Pr. con dos grados de libertad son: 0,24; 0,92; 0,61; 0,46 y 0,11. Lo que nos permite aceptar esta hipótesis.

Con estas probabilidades puede construirse, por ejemplo, una rueda que en 100 números contenga 68 unos, 17 equis y 15 doses. El resultado obtenido, haciendo girar la rueda 14 veces, es equivalente a lo que, según vamos viendo, pasa en los partidos. La construcción de esta rueda debe reunir todas las características exigidas en los juegos de azar: homogénea, centrada, equilibrada y que los números hayan de estar repartidos de una forma aleatoria. La técnica de su construcción es la siguiente: se toma un círculo de material homogéneo, se divide en cien partes o casillas y se disponen los 1, X y 2—un signo para cada casilla—aleatoriamente. Montada de forma que gire perfectamente, al detenerse en una señal adecuada, ésta nos marcará lo que pudiera ser el resultado del partido.

Una forma de disposición aleatoria de los 1, X y 2 de la rueda, puede ser ésta, tomada de las tablas de Fisher y Yates:

Empezando a contar en una casilla determinada y siguiendo una dirección fija, se pondrá dos en las casillas que ocupen los lugares 2, 3, 6, 9, 10, 12, 18, 21, 25, 47, 62, 74, 75, 80 y 81. Se pondrá equis en los lugares 15, 22, 23, 28, 39, 41, 42, 52, 60, 69, 77, 82, 85, 87, 97, 98 y 99. Y en las restantes se pondrá uno.

Reduciendo el número de cien casillas, aunque sea separándonos de las leyes del azar que rigen las quinielas, podíamos hacer una más pequeña de 25 divisiones, con 17 unos, 4 equis y 4 doses. La distribución de los números, tomada de la misma tabla, podría hacerse así: se pondrá dos en las casillas 3, 7, 13 y 19; equis, en las 1, 4, 5 y 10 y uno en las restantes. Y reduciendo aún más—con detrimento de la igualdad probabilística—podríamos tirar un dado en el que el punto 1 correspondiera a la equis, el 2 al dos y los restantes a los unos.

DOS MILLONES Y MEDIO DE PESETAS DE GANANCIA

Para que un suceso se considere con un margen de confianza aceptable, como de aparición casi segura en un número relativamente corto de veces, se afirma en estadística que debe tener una probabilidad próxima a 0,90. Según las probabilidades de las variantes, ninguna de ellas llega ni con mucho a esta cifra de

RECIBIRA USTED EN SU CASA
"EL ESPAÑOL"
todas las semanas si solicita una suscripción

Un trimestre	30 pts.
Un semestre	60 »
Un año	120 »

Pedidos a Administración de EL ESPAÑOL,
Zurbano, 55, Madrid.

0,90. Tendremos, pues, que reunir varias variantes para que la aparición de un boleto de 14 resultados—con los de 13 que le acompañarían—sea poco menos que segura.

También debemos tener en cuenta el número de boletos que hay que rellenar para tener la serie de una variante completa, pues a igual probabilidad se desechará aquella serie de variantes que, para cubrirías, precisen de un mayor número de boletos.

Si sumamos las probabilidades de acierto con 0, 1, 2, 3, 4, 5 y 6 variantes, veremos que ésta es igual a 0,88, número que es lo suficientemente próximo a 0,90, como para considerar casi segura la presentación de un boleto de 14 aciertos.

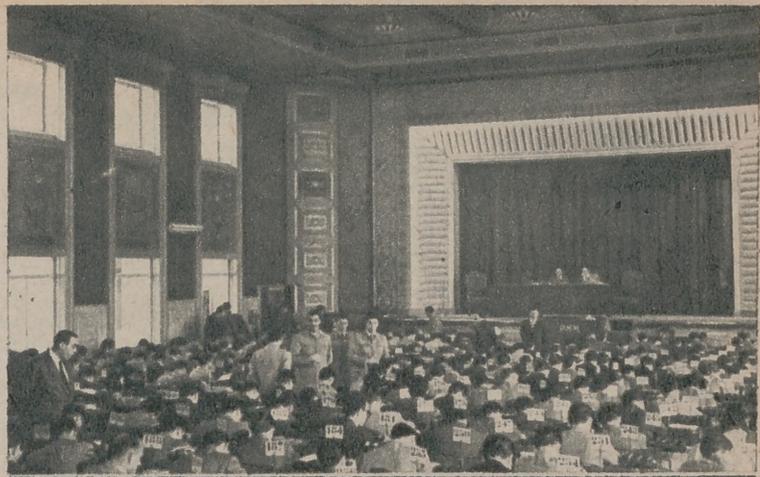
Además de la obtención del boleto de 14 resultados, se tienen, como es natural, boletos de 13 resultados. Si se ha jugado la serie completa del número de variantes de la columna y ha salido premiada una quiniela con una variante menos, se habrán acertado con 13 resultados el número de boletos que aparecen en la columna II; pero si ha salido premiada una quiniela con las mismas variantes que se juegan, tendremos, además de una con 14 resultados, las de 13 que se encuentran en la columna III; y si hubiese salido premiada un boleto con una variante más tendríamos, con 13 resultados, el número de boletos que se indica en la columna IV.

I	II	III	IV
0	—	0	1
1	28	1	2
2	26	2	3
3	24	3	4
4	22	4	5
5	20	5	6
6	18	6	7
7	16	7	8
8	14	8	9
9	12	9	10
10	10	10	11
11	8	11	12
12	6	12	13
13	4	13	14
14	2	14	—

Obsérvese que si no hubiese ningún boleto de 14 resultados, el importe total del primer premio sería para nosotros, además de correspondernos los oportunos boletos de 13 aciertos. En el caso de que hubiese un partido anulado, disminuiríamos el número de boletos que debemos hacer para cubrir todas las posibilidades. El número total de boletos que hay que rellenar ahora para cada variante sería el que se ha dado para 14 partidos multiplicado por (14-m): 14, siendo m el número de variantes.

En resumen, si queremos tener la casi seguridad de acertar en las Apuestas Mutuas, habría que cubrir todas las posibilidades de 0, 1, 2, 3, 4, 5 y 6 variantes.

En este caso, a título de ejemplo, vamos a ver lo que hubiera ocurrido si aplicamos este procedimiento a las tres últimas jornadas de las Apuestas de la presente temporada, es decir, las jornada-



Este es el salón del Parque Móvil en el que, desde el lunes hasta el miércoles de todas las semanas, se realiza el escrutinio de las apuestas

das números nueve, ocho y siete.

Las jornadas siete y nueve han constado de 14 partidos, y la ocho, de 13 solamente. El número de boletos a rellenar en las dos primeras es de 275.677 por jornada, que nos costarían 826.731 pesetas. La jornada octava precisa, teniendo en cuenta la reducción, 165.075, con un importe de pesetas 495.225. Esto hace un total de 716.229 boletos a rellenar en las tres semanas, y el dinero a gastar sería de 2.148.687 pesetas, de las cuales el 65 por 100 iría para premios, en los que una parte proporcional sería recuperada por nosotros.

Teniendo en cuenta todos los anteriores razonamientos y el número de acertantes que ha habido en dichas jornadas, vemos que en la jornada número nueve hemos tenido, si empleamos la técnica de rellenar de 0 a 6 variantes completas, un premio máximo y 28 segundos; en la jornada ocho, un premio máximo y 84 segundos, y en la jornada siete un premio máximo y 28 segundos. Haciendo operaciones y sumando los resultados parciales, resulta que habríamos cobrado 4.764.122,79 ptas., mientras que el total gastado ha sido las 2.148.687 pesetas antedichas.

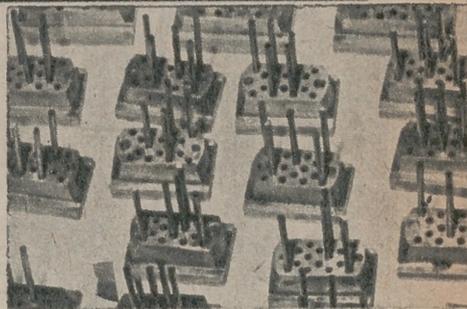
La ganancia, pues, representa 2.615.435,79 pesetas en tres semanas solamente. ¿Cuál sería, en esta cifra de ganancia, la renta anual que corresponde a un capital cualquiera? De seguro que ningún Banco la pagaría.

CONCLUSIONES PRACTICAS

De todo lo anteriormente expuesto puede hacerse el siguiente resumen:

Las quinielas no son un juego de lotería en el que todos los boletos tienen la misma probabilidad de salir. Lo que ocurre es que cada boleto tiene una probabilidad distinta, probabilidad que la hemos fijado en la rueda cuya construcción hemos descrito.

Según se desprende del gráfico de repartimiento de variantes a lo largo de las cinco temporadas, la probabilidad de mayor acierto está en las cuatro variantes, jugando la serie completa, con un 24 por 100 de posibilidad de acierto.



Estos son los taladros que se emplean en las máquinas taladradoras. La reproducción de su combinación es imposible, ya que se sortean en el momento de comenzar el escrutinio



He aquí a un veloz escrutador del Patronato. Delante de él puede verse el número de orden que le corresponde

Por otra parte, si poseemos el dinero necesario para comprar los 716.229 boletos correspondientes a las variantes completas que van de la cero a la seis, podremos ganar, en una certeza probabilística, cerca de dos millones y medio de pesetas en tres semanas.

¿Que por qué no lo hemos hecho nosotros? Hay que tener en cuenta que estos resultados los acabamos de obtener y que, por otra parte, en todo negocio hay un socio científico y un socio capitalista. ¿Conocen ustedes a éste último?

José María DELEYTO

(Fotografías de Aumente.)

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

CUANDO se dirige un diario o una revista nos agradaría complacer a cada uno de los lectores, previo un personalísimo e inconfundible conocimiento de cada cual. Así, en nuestra labor directiva, pondríamos lo más posible del artesano, que trabaja de encargo y toma las medidas a las personas y a las cosas físicas o espirituales que las rodean; pues de otro modo nos dirigimos a ese algo fofo y feroz que es la masa, a la que hay que aplacar con la sangre, con el sexo o con el más tremendo halago de la sensiblería espolvoreada como una mostaza encima de los ojos. Ahora bien, don Enrique Forns, gracias a este epistolario me voy diferenciando, uno tras otro, a todos los lectores de EL ESPANOL, incluido este señor don Juan López López, a quien tanto reprocho y tanto me corresponde en sus cartas sarcásticas e insultantes, pero que yo le perdono, porque el antagonista se va haciendo a la manera del protagonista y aquí casi se llama como yo, aunque todavía el doble López es la exageración que le pierde.

A PESAR de los datos de la psicología colectiva y de las estadísticas de la demodología social, ¡somos tan distintos los españoles! Y, sin embargo, ¡tan parecidos en el tué! no, en el meollo! La novedad es la que nos une y la antigüedad es la que nos separa. Acaso más bien la vetérrina: vetustez de las tribus ibéricas, sobrenadando en dos milenios de romanidad y de cristianismo, es la que aun pone dinamita en las juntas de nuestra alma: pirináica, carpetvetónica o penibética. Y si no hubiera sido por la Revolución Nacional que acaudilla Franco, los términos municipales seguirían convertidos en campos atrincherados y en fronteras. Señor don Enrique Forns, la nostalgia tanto puede ser de pretérito como de porvenir; en el fondo, dos religiosísimas utopías; porque es disolvente y anarquizante añorar una Arcadia en la que los Reyes se semejan en su perfil a las ovejas o apetecer una insula Barataria cual un paraíso libertario o soviético sobre la tierra. La nostalgia significa dolor de la tierra; pero sólo nos tiene que doler o dar gozo (cuando la gleba es productiva) la tierra que yace debajo de nuestros pies, de nuestro presente. Vivimos una plenitud, porque Francisco Franco es el hombre providencial que nos está metiendo en la costumbre, en el orden y en el pan de cada día, resultando el medio milagro de vivir y convivir en España unas promociones de españoles providenciales. Al Caudillo importa el pasado en cuanto se inserta en nosotros y, por tanto, es tradicionalista, como importa el futuro partiendo de nosotros, que era el objetivo del nacionalsindicalismo fundacional.

En este mediodía del país no hay apenas distinguos ni claroscuros en las edades, en los géneros masculino y femenino, en las décimonónicas clases sociales, en las comarcas, en los doctos y en los analfabetos. Existe un denominador común, en parte como un signo del tiempo universal, y en parte mayor, como un reflejo de la concordia española, que quita años a los viejos y desarrolla a los adolescentes, viriliza a la mujer y viste al varón con una indumentaria, con un hábito menos terne; atrae a la fruición de los gustos iguales, al alcance de la mano a los diversos estamentos; elimina a los dejes regionales y reparte una vulgarización de la cultura con el cine y la radio a los sabihondos y a los iletrados. Esto no es la eutropía, o sea el acabóse por aburrimiento o frigididad del planeta, ni tampoco un pastel filicófico, moral... Es la paz hispánica, como antaño hubo una «pax romana», y los ingleses se empeñaron, como malos y brutales imitadores de Roma, en una paz británica, a costa de los maumaus, de los egipcios y de los europeos.

He insistido tal vez demasiado en una uni-

dad que en ciertos casos llega a la uniformidad; porque es nuestra gran sorpresa, presentada ante quienes ignoran esta coincidencia feliz y la gran alegría que me consiente responder a su carta, señor don Enrique Forns. EL ESPANOL se fundó para servir de vehículo a todos los españoles, que les ha tocado ser copartícipes de una misma suerte, solidarios consigo y con los demás. Usted, señor Forns, es un barcelonés que aún no ha cumplido los veintidós años, pero que ha instalado un pequeño comercio en su ciudad, después de aprobar el examen de Estado y dos cursos del peritaje químico. Durante las noches se reúne con varios compañeros para leer y comentar EL ESPANOL y otros periódicos y semanarios en una especie de círculo de estudios improvisado y cordial, donde cada uno de ustedes expone sus críticas y sus dudas. En su epístola escribe con un regusto de viejo estilo: «La crítica y la duda son propias de la idiosincrasia española. La superación hace más grande la duda y más punzante la crítica, y más si es deseo de superación falangista.» Ya ha saltado el vocablo y ha aparecido la clave de su modo de ser, del modo de ser de un comerciante catalán, pero que perteneció al Frente de Juventudes y está enrolado en la Guardia de Franco. A continuación añade usted en su misiva: «Muchas dudas me ha resuelto EL ESPANOL, y espero que me resuelva muchas más». Gracias, señor don Enrique Forns; cualquier crítica es infecunda, como las publicaciones tan abstractas, tan intelectuales, tan a la moda entre la Dictadura de don Miguel Primo de Rivera y el 18 de Julio, que usted no lee, en su nurrito de resucitar en las manos juveniles, o que si lee no le dan dudas; porque hay que dudar, y en seguida tener fe, una fe enorme, una fe sin límites; pero limpiada, como las cuentas claras. No es la fe del carbonero ni las cuentas de la vieja que las ajustaba con los dedos. Es la fe que está removiendo y atrayendo las montañas españolas, nuestro peor estorbo, y que obedece a un dogma. Es decir, a la más sublime y exacta matemática. Los mozos y las revistas que se entretienen repitiendo el disco de Picasso y compañía contribuyen a engordar el pequeño derecho del más rapaz de los comunistas. Y quienes se quedan en su minúsculo rincón provincial, aunque conecten con las emisoras mundiales, se quedan fuera de España, que es la tierra; se quedan en ese satélite muerto, que es la luna.

LA PRENSA

«La misión del diario se define por su finalidad: el bien común; por sus medios: la formación veraz y la formación de sanos caracteres; por su carácter: la Prensa es una institución social.» Con estas palabras el Ministro de Información, en su reciente discurso pronunciado en el Círculo «Jaime Balmes», de Madrid, tuvo dentro de sus justos límites y sobre el plano doctrinalmente ya aceptable la naturaleza y la función del periodismo. La Prensa, llamada como «institución social» implica una concepción eminentemente progresiva de la misma. No se trata de un prudente eclecticismo, que sólo preocupa encontrar el punto equidistante entre la Prensa de tipo capitalista y la Prensa estatificada, prefabricada por los órganos de la Administración Pública. Al proclamarla «institución social», se la sitúa, con un sentido superador, fuera y por encima de la antinomia artificialmente provocada y fomentada por el liberalismo entre individuo y Estado, entre función individual y función social, entre bien común e intereses particulares y privados. Se la eleva de rango y se la libera de la independencia auténtica. Su servidumbre al bien común no entraña renuncia alguna a la verdadera libertad, antes al contrario. Porque

EN 1945, en medio de la euforia de la victoria, causa de tantos espejismos y de optimismos tan poco realistas, se creó bajo la égida de las Naciones Unidas, una Federación Mundial de Sindicatos. Los Sindicatos españoles, desde luego, no entraron en esta Federación Mundial. La iniciativa de ese sindicalismo internacional la tuvieron los representantes de la U. R. S. S. Pero así los sindicatos laboristas, como los sindicatos americanos, ingresaron en el organismo patrocinado por los soviets. Rápidamente, empero, esa colaboración sindical se hizo prácticamente imposible. En los años 1947 y 48, los políticos comunistas de inspiración soviética, lanzaron los sindicatos europeos a toda suerte de sabotajes contra el Plan Marshall. Finalmente, en 1949, las dos grandes organizaciones sindicales anglosajonas abandonaron la Federación que ya no constituía un cuerpo vivo y mucho menos, unido. A partir de ese momento la Federación Sindical Mundial quedó constituida como uno de los organismos de inspiración comunista, más destacados en lo que se ha denominado «guerra fría». Una vez más el intento realmente ambicioso de unir a todos los obreros del mundo en una misma disciplina, fracasó estrepitosamente. La idea de unidad internacional de todos los obreros, parece una concepción babélica y en cierto sentido, abocada a la catástrofe por poderes superiores a los simplemente terrenos, tal como lo fué el ambicioso intento antiguo de llegar al cielo. Esto explica el número de internacionales rojas y obreristas que se han ido constituyendo, unas veces de inspiración socialista y otras de inspiración comunista, sin resultado efectivo. Ahora, recientemente, ha tenido

lugar en Viena el III Congreso de esa Federación Sindical Mundial que no incluye, como hemos dicho, ni los representantes de los sindicatos anglosajones ni tampoco—no los incluyó jamás—los representantes de los Sindicatos españoles.

Los acuerdos que se tomaron en dicho Congreso, son acuerdos de mera inspiración política. Y es curioso constatar que los sindicatos que aceptan la disciplina de esa Federación Mundial, no miran ya hacia los países industriales de una manera directa, sino que hablan con preferencia de los movimientos de liberación nacional de los países asiáticos y de las colonias capitalistas del mundo. Esto nos demuestra por sí solo la sumisión a los afanes imperialistas de Moscú de los sindicatos aún coaligados bajo la internacional proyectada por las Naciones Unidas.

En todo lo dicho en Viena, aparece, empero, el práctico, aunque sólo sea circunstancial abandono de los principios marxistas, por parte de la política de la Unión Soviética. En pura doctrina marxista la revolución de comenzar y comenzar por los países más industrializados. Pero ahora parece que son los países de economía primitiva, fundamentalmente agraria, donde el comunismo piensa obtener su más fuerte secuencia. También parece que los dirigentes políticos de Moscú se han encontrado con otra realidad no prevista por Carlos Marx. Este afirmaba que los obreros no tienen nada que perder en una revolución como no sea su miseria y su hambre. Ahora resulta que los obreros de los países occidentales se han dado cuenta que los primeros perjudicados en toda revolución y guerra, han sido ellos en sus modestas economías.

Y otro principio marxista, refutado por la realidad, era que ningún país capitalista sería capaz de realizar reformas sociales que hicieran atractivo ese país a las clases obreras y proletarias. Hoy día creemos que por otros caminos se puede realizar en beneficio de las clases modestas mucho más que por la subversión, en cuanto ésta puede consistir tan sólo en cambiar unos grupos opresores por otros grupos, dejando intacta la situación económica y moral de los asalariados.

La colaboración de los sindicatos obreros del mundo, ajenos a toda inspiración comunista, puede dar mucha más consistencia y energía a los movimientos sociales y aumentar la presión que el sindicalismo ejerce en todos los países, para lograr una legislación social más avanzada. En ese sentido, toda colaboración superior a la nacional de los sindicatos nacionales no comunistas, nos parece oportuna a la justa causa del obrerismo. Pero una vez más hemos de poner en evidencia la traición total de los dirigentes políticos comunistas del mundo, que utilizan la fuerza de los trabajadores, para sus objetivos de poder y de imperialismo. La pre-ocupación predominante de la denominada Federación Sindical Mundial, en su reciente Congreso de Viena, por los países que denomina «coloniales, o semi-coloniales», no se justifica por ninguna razón práctica y de defensa y elevación del obrero de la industria, por la simple razón que en aquellos países si hay hambre y miseria, no podemos decir, dando a la palabra su máximo rigor, que exista un proletariado, de las características del proletariado industrial.

Claudio COLOMER MARQUES

STITUCION SOCIAL

constituirse en servidora de este bien común, queda liberada automáticamente de todo sometimiento a los grupos de presión» y a las mismas exigencias indebidas, cuando éstas se dieren, del público. En cierto sentido, puede decirse que, de instrumento manejado, abierta o indirectamente, por este o aquel sector, logra convertirse en órgano rector. Ahora bien, admitir un órgano rector, educador y orientador de la opinión pública, totalmente al margen y exento de la necesaria subordinación al Estado, sobre el que pesa la primordial e ineludible obligación de regir y administrar los sagrados intereses de la comunidad, como tal, es un entendimiento anárquico e indefendible de la recta organización política de un país. Estas mismas razones son las que demandan imperativamente que la Prensa considere como un deber ineludible no sólo informar verazmente, sino formar sanos criterios. El tópico de «la Prensa, órgano meramente informativo», no tuvo jamás, ni tendrá nunca, realidad. Destacar una noticia puede bastar para influir decisivamente en la conciencia del lector, como silenciar otra puede suponer, en algunas ocasiones, un atentado a los intereses de la colectividad. La renuncia por sistema a los criterios y los

principios de moralidad y oportunidad, de solvencia y prudencia, en la selección de la información, es aceptar como norma un «neutralismo» que fatalmente conducirá a la más grave desorientación de la opinión pública y a la desintegración de esos mismos valores y de otros muchos en los ciudadanos. Esta compleja trama de derechos y obligaciones son los que configuran la naturaleza real de la Prensa, de la información, y la que fijan sus relaciones legítimas con el individuo-lector y con el Estado. De ahí que no sea un mecanismo estatal ni que pueda el periódico ser considerado como una «sociedad mercantil» más. «El periodismo nacional—decía el Ministro de Información—es unificador e integrador de la variedad por medio de la unificación y subordinación de los fines particulares a los generales». La mutua interdependencia y correlación que se da entre estos fines son los que imponen y exigen el desplazamiento de la tarea periodística concebida como lo fué en su «etapa romántica» y de la empresa periodística ajustada a la dogmática del «capitalismo», por la fórmula española de la Prensa, institución social.

EL ESPAÑOL

CUANTAS veces se acuerda uno del protagonista de «El cero y el infinito», aquel desventurado compañero de Lenin que se hundió en las mazmorras de la Lubianka, para confesarse primero y para morir después, en las atroces depuraciones de Stalin. No recuerdo cómo se llamaba, ni tengo el libro ahora a mi alcance. Podría haberse llamado Raskolnikof Radek, Bujarin Zinoviev... Era una historia igual a la de cualquiera de los clásicos del ensueño comunista devorados implacablemente por la realidad policial, maquiavélica, siniestra, implacable, originalísima en la crueldad, del comunismo soviético. En el libro se contaba el increíble calvario subterráneo de las víctimas, martirizadas corporalmente, psíquicamente y espiritualmente hasta ese punto de rendición en que todo da vueltas: el interrogatorio inacabable y reiterado, el frío térmico y el frío de la soledad, la luz que no cesa gravitando sobre los pobres ojos, la oscuridad, todo prolongado hasta el delirio. Y aquel espantable atormentado de la G. P. U., todo ya perdido, perdida toda esperanza y casi toda conciencia, perdida la voluntad y perdida virtualmente la existencia misma, sólo ansioso del hermosísimo tiro en la nuca que acabe con la angustia, lo que necesitaba para entender otra vez, para hablar otra vez, para poder dar muestras de vida otra vez, era... un pitillo.

Muchas veces me ha sucedido, lector, puesto a escribir con urgencia, que enciendo un cigarrillo sin darme cuenta, mientras tengo otro recién encendido en el cenicero.

No se trata de un tormento igual, claro está, en un caso que en el otro. La verdad es que todo hombre que haya tenido que vivir en el siglo XX, al compás del siglo XX, y con alguna ocupación de las propias del siglo XX, sabe lo que significa esa aspiración de amargura azul que constituye el pitillo, esa ingestión de acusas doradas que constituye el whisky con soda americano, esas otras cosas que se llamaban, y van dejando de llamarse «vicios», y que tal vez no lo son porque les falta el carácter sustancial de lo vicioso: el carácter de lujos.

Muchos de los que en el calmoso siglo burgués fueron afeados como vicios y lujos han venido a ser, en este siglo, necesidades o, por lo menos, recursos habituales de supervivencia.

Los juegos de azar fueron funesta afición de aristócratas o de ricos desocupados; hoy, la lotería, la quiniela deportiva o los modestos diez iguales, ¿no son necesidad de todo el mundo? Nada me extraña ver a un catedrático saliendo de su

clase recordar al bedel: «¿Me ha traído usted mis quinielas?»

Fué despado y ruinoso despilfarro del menestral del siglo XIX entrar en la taberna en busca de un «cinco» o de un «quince» de morapio. Hoy, ¿quién no se pone repentinamente «a punto» con una copa para su discurso, para su trato comercial, para su meditación, incluso? Quizá sea mejor la Coca-Cola. Su tóxico no es el alcohol. Su vicio, tan «vicioso» como los demás.

Era vicioso, hace cincuenta años, meterse en un salón para ver y oír cupletistas, era vicio el casino (¡oh, inefables diatribas de Selgas, de Guerrero de Frontaura, contra el café y el casino!); hoy, ¿quién puede pasarse sin su espectáculo predilecto, toros o fútbol, cine o variedades? ¿Cuántas almas aguantan trabajar y vivir con nuestro ritmo sin descargarse con las prietas de Molowny, de Lola Flores o de Luis Miguel?

No digamos nada de los vicios de la calefacción, del baño, del postre, de la playa, del viaje, de la conversación entre hembras y varones, del periódico, de la verbena y aglomeración populares. Fueron en otro tiempo vicios, y lujos, y blanduras; y fué descalificado quien a estos lujos se aficionaba. Son hoy exigencias mínimas, consignadas en las costumbres y consignadas hasta en algunas legislaciones laborales.

Si uno medita sobre todo esto, acaba odiando el espíritu de máscara del tiempo antiguo, que condenaba como aberraciones vituperables lo que tal vez son signos de humilde y caritativa adopción de la naturaleza al tiempo. El tiempo se puso a toda marcha, ¿y qué culpa tenían las pobres gentes? Es tal ya la urgencia arrebatada con que las cosas van, que hace falta la copa o la Coca-Cola, el pitillo, la quiniela, la música sincopada en el receptor de radio, para que un hombre cualquiera pueda serenarse en los pocos minutos que su ocupación le deja libres, descansar a toda prisa y poner sus nervios al compás del trabajo que han de rendir.

Aquel infeliz protagonista de «El cero y el infinito» que, condenado de antemano a morir—como lo estamos todos desde que nacemos—, lo que necesitaba era un pitillo, no es un materialista nauseabundo, ni un vicioso empedernido. Es, nada más y nada menos, un hombre del siglo XX. Hay aún otros reproches morales que se hacen a este siglo nuestro y que no tienen más base que ese.

De todos modos, Dios misericordioso hará que mañana sea otro día.

Luis PONCE DE LEON

OLIMPIADA JUVENIL DE FORMACION PROFESIONAL OBRERA

EL extraordinario interés y la indiscutible virtud pedagógica de los concursos de formación profesional obrera atrajo en los dos últimos años a los aprendices portugueses a competir con los españoles. El éxito de esta prueba combinada entre los aprendices peninsulares ha ampliado, este año, el marco de la competición, y, por primera vez en España, se enfrentan ahora, en los talleres de la Institución Sindical «Virgen de la Paloma», aprendices de diversos oficios y distintas nacionalidades en un primer Concurso Internacional de Formación Profesional Obrera, organizado por el Frente de Juventudes.

Ofrece este concurso una trilogía de valoraciones sobre las que conviene meditar, aunque sea con la brevedad a que nos obliga la natural limitación de un artículo editorial.

La acción conjunta de la revolución mecánica, que incorpora las máquinas a la producción, y la revolución industrial, que provoca la división del trabajo en las fábricas, ha conducido a una progresiva deshumanización del trabajo, a un descenso paulatino del obrero desde su antigua y noble categoría laboral de artesano, de artífice y conocedor pleno de un oficio en todas sus escalas, hasta su simple situación de autómatas en la cadena de una fabricación en serie. Y ha sido seguramente esta depreciación de su aptitud laboral plena, este aprovechamiento parcial de su capacidad, que valora sólo su hueco gesto especializado y antepone su cantidad a su calidad productora, una de las razones que más decisivamente han contribuido a la escisión de las clases sociales y a la formación de una conciencia proletaria universal.

Tienen, por ello, los modernos talleres-escuelas, donde los aprendices estudian y practican todos los grados de un oficio y adquieren, además, las nociones de cultura general imprescindibles para su completa formación, una doble y trascendente consecuencia: el conocimiento magistral de una profesión y la dignificación social de la misma.

Pero hay más. Este Concurso Internacional encierra, para nosotros los españoles, una significación particularmente aleccionadora y estimulante: que sea España, país al que la prisa mental y el efecto deslumbrante de los tópicos vistieron con el sambenito de la «venganza racial», la nación que convoca a los aprendices extranjeros para que midan sus fuerzas y su habilidad con los suyos; con los aprendices españoles.

Y queda aún, aparte de este su valor indicativo de nuestro progreso económico y social, otra valoración interesante del Concurso: la que se deriva de esa denominación clásica, Olimpiada Juvenil del Trabajo, con que ha sido graciosa y exactamente rebautizado por la Prensa. Se trata de su significación política. Que también la tiene, como la tenían las olimpiadas griegas. Y como éstas, abre una tregua de paz en la pequeña y diplomática guerra de los antagonismos nacionales, y ofrece una ocasión nueva y limpia para el desarrollo de una conciencia de unidad entre los pueblos, que puede nacer y favorecerse del contacto directo y la noble competición laboral entre sus obreros más jóvenes, más limpios de prejuicios históricos.

EL ESPAÑOL

PORTUGAL, ESE DESCONOCIDO...

EL HOMBRE DE LA RUA DA IMPRENÇA

Un episodio inédito de la vida de Oliveira Salazar

Por nuestro enviado especial

M. Blanco TOBIO

ESTA todavía por escribir una biografía del doctor Antonio Oliveira Salazar; sin embargo, pocas personalidades políticas de nuestro tiempo han sido tan abundantemente glosadas como la suya. Yo he tenido ocasión de conversar con dos posibles biógrafos del presidente, como se le llama en Portugal; uno vive en Madrid y se llama don Diego Hidalgo; otro vive en Lisboa y se llama Augusto Freitas Costa. Don Diego Hidalgo tiene en su biblioteca una magnífica colección de libros—algunos de los cuales me ha prestado—sobre Salazar y su obra de gobierno; Freitas Costa tiene en su memoria y en su archivo particular un almacén documental probablemente único. Don Diego Hidalgo incluso llegó a escribir los primeros capítulos de una biografía del grande hombre lusitano; pero me dijo que nunca publicaría ese libro, por razones particulares. Freitas Costa me confesó a su vez en Lisboa que no tenía pensado escribir una biografía del presidente. Pero tuvo la gentileza de poner a mi disposición su memoria y su archivo. Por otro lado, los glosadores de Salazar—Henri Massis, Fabón, Antonio Ferro, etc.—han manejado los mismos escasos datos biográficos, prestándose los unos a otros. De forma que al escribir sobre Salazar uno tiene que hacer el camino prácticamente solo, con un equipaje sumarisimo.

«UN TAL SALAZAR, DE COIMBRA»

¿De dónde salió Antonio de Oliveira Salazar, que irrumpió de puntillas en la vida pública portuguesa? Salió, políticamente, de la nada. No llevaba un apellido ilustre, ni una espada gloriosa, ni un pasado republicano. Su silueta nunca había sido vista en los círculos de conspiradores de Lisboa; su voz nunca había sido escuchada en San Bento. No hizo fuego desde las barricadas del 5 de octubre de 1910 ni desde las del decembrismo. No era un «fundador» como Machado Santos, ni un «decembrista», como Teófilo Duarte, ni un «restaurador», como Paiva Couceiro. Salazar no tenía historia ni tenía leyenda. El 28 de mayo de 1926, fecha de la Revolución Nacional, nadie había pensado en él.

Antonio Ferro, hoy ministro de Portugal en Suiza, escribió en su «Salazar»: «Me aproximé al general Gomes da Costa, el mástil

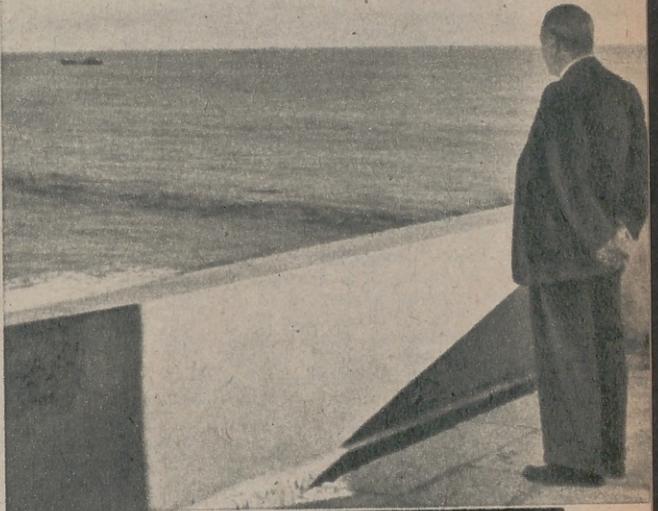
más alto, la propia bandera del movimiento, y le interrogué sobre sus planes, sobre su sueño, sobre sus futuros ministros. Gomes da Costa me responde con su chocante distracción de poeta de la espada:

—El Gobierno es lo que se puede hacer en un momento como éste. El ministro de Finanzas es un tal Salazar, de Coimbra. Dicen que es muy bueno. ¿Le conoce usted?

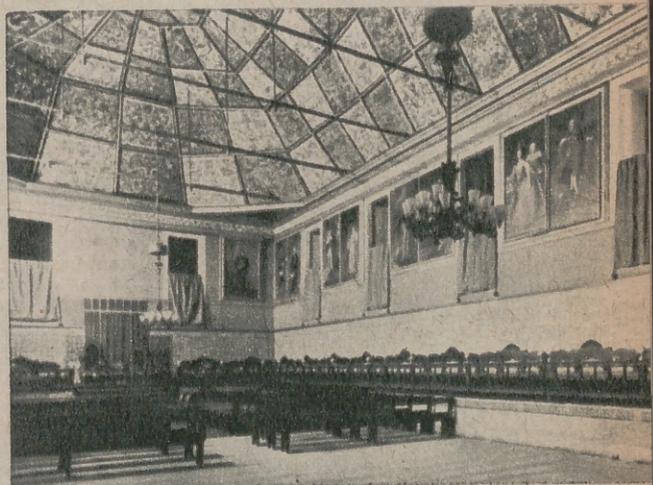
No... No le conocía, como nadie, a fin de cuentas, le conocía, a no ser sus discípulos y sus colegas, a no ser las calles íntimas y discretas de Coimbra, a no ser los pasillos de la Universidad, donde los pasos se pierden...

Extraña anécdota. Nadie le conocía en Lisboa. Y, sin embargo, hacía años que Salazar se dedicaba a la política y, sobre todo, a exponer su pensamiento en escritos y conferencias. El mismo pensamiento, inalterable, que hoy, al cabo de tantos años, informan sus palabras y sus acciones, pues el presidente alcanzó muy pronto la plena madurez intelectual.

Extraña anécdota, porque Salazar incluso había sido diputado en la Asamblea Nacional, si bien le bastó asistir a una sola sesión para no volver a San Bento, pues tanta repugnancia le inspiró aquel espectáculo histriónico, turbio y descorazonador. Ya en 1912, dos años después de proclamada la República, Salazar, estudiante de tercer año de Derecho, era miembro destacado del universitario Centro Académico de la Democracia Cristiana y escribía artículos en el semanario «Imparcial», firmando con el seudónimo «Alves da Silva». En 1922 habló



Salazar, en una terraza del fuerte de San Juan, frente al Atlántico, en la Costa del Sol



Sala de actos en la Universidad de Coimbra

en el Congreso del Movimiento Católico. En 1923, «Novidades» publicó en primera página un retrato de Salazar con este profético pie: «El Portugal que renace». En 1925, un año antes de la revolución nacional, pronunció en Funchal dos conferencias: «Laicismo y libertad» y «Bolchevismo y congregaciones».

Uno no se explica muy bien cómo un hombre de su extraordinario talento era absolutamente desconocido en Lisboa. Sus artículos y sus conferencias causaban siempre verdadera sensación. Salazar, enemigo de la retórica y de

Vista parcial de la ciudad de Coimbra, en cuya famosa Universidad explicó Oliveira Salazar Economía Política



los discursos, emocionaba a sus oyentes. Freitas Costa me enseñó un viejo recorte de periódico local en el que se decía que Salazar, seminarista en Viseu, había pronunciado en una iglesia un sermón que había hecho llorar a los fieles.

No fué, pues, Oliveira Salazar un «hombre improvisado», políticamente hablando, ni un mero técnico en finanzas. Mucho antes de que se acordasen de él los hombres del 28 de mayo tenía en el pensamiento toda una concepción del Estado, toda una doctrina política, todo un programa de restauración de la vida nacional portuguesa. Sin embargo, cuando fueron a buscarle al Vimeiro, pocos días después de la revolución nacional, pensaron exclusivamente en el técnico. Y pensaron en él porque las finanzas portuguesas, que se encontraban en un estado deplorable, no podían soportar por más tiempo el trato de «aprendices de brujos». Para el oscuro profesor de Coimbra era una oportunidad; también era una trampa aquella cartera que le ofrecieron.

—No sé qué hacer—dijo Salazar a su madre, María do Resgate.

—Acepta... Si han venido hasta aquí, es porque te necesitan.

Y allá se fué Salazar a Lisboa, «con sus maletas de estudiantes».

—Sé muy bien lo que quiero y a dónde voy—dijo.

Los demás no lo sabían. El 30 de mayo de 1926 tomó posesión de su cargo; pidió plenos poderes, no se los concedieron; dejó todo y se marchó a Coimbra. Con la misma frialdad con que había aceptado la cartera de Finanzas, la resignó. «Salazar—ha escrito Antonio Ferro—es un hombre siempre dispuesto a marcharse.» Le llamaron dos años más tarde, en 1928. Hasta hoy.

Con la revolución nacional, todo el mundo pensaba hacerse un traje a la medida. Los políticos de la «República vieja» pensaron que el Ejército sólo había venido a barrer a los democráticos para dejarles el campo libre; los monárquicos, que habían perdido su última oportunidad en Monsanto, creyeron encontrarse a las puertas de la restauración. Cuando unos y otros se dieron cuenta de que el futuro pertenecía a Salazar, que tenía en la cabeza un Estado Nuevo, al margen de

la cuestión del régimen, era demasiado tarde. Unos se marcharon enfurecidos contra el profesor de Coimbra y otros abrazaron la situación.

LA LÓGICA, ARMA POLITICA

Existen varias formas tradicionales de conquista del Poder, desde el empleo de la corrupción, como Catilina, hasta la técnica del golpe de Estado, que tuvo su exégeta en Curzio Malaparte. Salazar, que detesta la originalidad, fué en esto un heterodoxo. Nunca «brujuleó», como se dice ahora; nunca buscó la popularidad ni el aplauso de las masas; nunca le sedujo el mando; jamás defendió su «candidatura». Para convencer, emplea el arma que más cuidadosamente guardan en su valsa los políticos «normales»: la lógica. La maneja fría y asépticamente, como un «tomawak». Un hombre que no es de la situación me decía en Lisboa, con un pintoresco mal humor:

—Lo más irritante que hay en Salazar es que siempre tiene razón, incluso cuando no la tiene.

El presidente, no sólo no ha procurado en lo más mínimo atraerse la simpatía de sus conciudadanos por medio del halago, sino que ha fustigado sin piedad todos sus defectos, especialmente allí donde le duelen más. Nadie le ha dicho al pueblo portugués cosas tan duras como las que él le dijo cara a cara y con una absoluta imposibilidad. A los que se exaltaban haciendo planes ambiciosos para el futuro, les echaba un jarro de agua helada:

—Trabajemos dentro de las instituciones actuales sin romanticismos ni fantasías.

—¿El socialismo de Estado? Sería en verdad el sistema ideal para lisonjear la comodidad nata y el delirio burocrático del común de los portugueses.

A los que invocan constantemente el glorioso pasado de Portugal les invita a que dejen en paz a los muertos y a los que se mueven demasiado a que dejen en paz a los vivos. Salazar, por ser ésta su manera de ser, aborrece la propaganda: «Es lamentable que la verdad precise de tanto barullo para imponerse, de tantas campanillas, bombos y tambores; de los mismos procedimientos, exactamente, de que

se vale la mentira para divulgarse.»

Cuando la inmensa mayoría de los políticos adulan a los trabajadores, el presidente afirma: «No podemos admitir que los obreros constituyan una clase privilegiada...» «Distinguiría sería señalar preferencias imposibles de justificar.»

Naturalmente, estas palabras no fueron pronunciadas para tranquilizar a los banqueros, porque cuando les llega el turno Salazar les pone las peras a cuarto.

Veinticinco años se ha pasado Oliveira Salazar repartiendo martillazos de lógica a todos los tópicos nacionales, poniendo claridad allí donde había confusión y orden donde había caos. Ni siquiera la multiseccular alianza con Inglaterra ha escapado a su revisión:

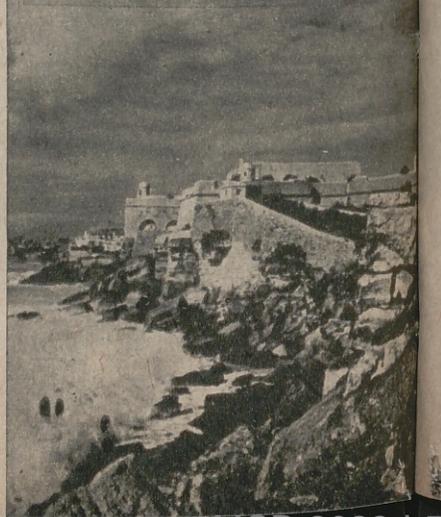
«Poco sentimental en ésta como en otras materias, no me doy por satisfecho con la antigüedad de la alianza ni con las expresiones excepcionalmente amigas de los discursos diplomáticos.»

El lector comprenderá fácilmente que un hombre así habría saltado del Poder hace muchos años—cosa que a él parece importarle un rábano—si detrás de tanta crudeza, de tanta frialdad y de tanta lógica no se trasluciese el titánico esfuerzo de un hombre que lo ha sacrificado todo a su país y que se ha empeñado, cueste lo que cueste, en ser siempre justo, honesto y sincero; fuerte sin violencia, tenaz sin tozudez, transigente sin conformismo y humano sin sentimentalismo. Jacques Bainville dijo de su régimen: «Es la dictadura más honesta, más sabia y más mesurada de Europa.» Excepto lo de dictadura, todo lo demás es verdad.

RESPUESTA A UNA PREGUNTA INQUIETANTE

Porque Salazar no es un dictador. No lo es por temperamento ni por ideología. Naturalmente, tampoco es un demócrata. De la misma manera, el Estado Nuevo no es totalitario ni democrático. Henri Massis escribió de Salazar: «Teme los excesos del Estado autoritario casi tanto como los desórdenes de la anarquía.» Y es cierto: «La autoridad absoluta puede existir. Libertad absoluta no existe nunca.» El presidente ha puesto al Estado Nuevo equilibrando de ambos extremos, limi-

El fuerte de San João, cerca de Estoril, donde Salazar suele pasar el fin de semana



tando la autoridad del Estado por la moral, por los principios del derecho de gentes, por las garantías y libertades individuales, que son la suprema exigencia de la solidaridad social, y dotando al individuo de la «libertad suficiente». Esta ha sido su respuesta a una pregunta inquietante para toda sociedad moderna: «¿Cómo construir un Estado fuerte—tan fuerte que no necesite ser violento—sin destruir la persona humana?»

EL HOMBRE

Hasta aquí, el Salazar estadista. ¿Cómo es el Salazar hombre?

Decíamos en nuestra crónica anterior que el presidente se llevará a la tumba, intacta, su intimidad. Esta, probablemente, no la conoceremos nunca. Que nosotros sepamos, no ha pensado escribir sus Memorias, como sir Winston S. Churchill; no ha dado «Charlas junto al fuego», como Roosevelt; no ha tenido un Borman que, como en el caso de Hitler, fuese anotando taquigráficamente sus pensamientos y sus conversaciones; ni ha tenido un ayuda de cámara como el que acaba de presentarnos a Mussolini en zapatillas. María, la ama de llaves de Salazar, es una mujer del pueblo, absolutamente inasequible a la publicidad, sin vocación de escritora.

Como seguramente saben nuestros lectores, Salazar es soltero. Tiene su residencia en la rua da Imprensa y trabaja en un despacho sucintamente amueblado, sin calefacción. Según me dijeron, no la enciende nunca porque encuentra demasiado elevado el precio del carbón; en esto es en lo único que se parece a don Pio Fiofio, que también encuentra excesivo el precio de ese combustible, según me comunicó en las dos únicas conversaciones que he sostenido con él. Salazar sale muy poco de su despacho; es enemigo de poner primeras piedras y de asistir a actos públicos y recepciones. Sus cortas vacaciones suelen pasarlas en su nativa Santa Comba, donde posee una pequeña propiedad, y el fin de semana, en el castillo de San Juan, cerca de Estoril, frente a un Atlántico casi tan azul como el Mediterráneo de la Riviera.

INTERMEZZO SENTIMENTAL

¿Por qué no se ha casado Salazar? En esta pregunta comienza la única leyenda posible en la vida de este hombre extraordinario. Decimos leyenda porque se ha fantaseado mucho sobre su terne soltería. En «Current Biography» leímos una vez que el presidente, a causa de un fracaso sentimental en la primera juventud, hizo voto perpetuo de castidad. Desde luego, Salazar, cuando ingresó en el seminario de Viseu, pensaba hacerse sacerdote; después le faltó la vocación para ser la clase de sacerdote que a él le habría gustado ser. Temperamentalmente, se ve que estaba predispuesto al celibato, a la soledad meditativa y a la austeridad monástica.

Pero hubo, efectivamente, un fracaso sentimental en su juventud. Augusto Freitas Costa, de quien dijimos más arriba que sabía todo o casi todo sobre el presidente, me ha autorizado a

revelar por primera vez los detalles de ese suceso, ya muy lejano en el tiempo y que humaniza mucho la silueta de un hombre solitario y hermético.

El padre de Salazar, Antonio de Oliveira, que falleció el 28 de septiembre de 1932, era casero en el Vimieiro de una familia acomodada apellidada Perestrelo. Salazar se enamoró cuando tenía, aproximadamente, dieciocho años de una hija de los Perestrelo, muy bella, según parece. Este idilio de juventud fué interrumpido por la familia de ella. Un día llamaron al muchacho para decirle que reconocían su mucho talento y la honorabilidad de su familia, pero que deseaban «otra cosa» para su hija; un partido de su mismo rango, en una palabra.

La joven hizo la voluntad de sus padres, a los que el porvenir, sin duda, había de reservar grandes sorpresas, y casó, en efecto, con «un partido mejor». Pasaron muchos años, más de veinte, y un día la hija de los señores Perestrelo llamó por teléfono a la residencia de Salazar, cuando éste era ya presidente del Consejo, en busca de una recomendación para una amiga. Como ella dió por teléfono su nombre de casada, al principio Salazar no cayó en la cuenta de quién se trataba. Pero cuando la reconoció, finalmente, contestó:

—¿Cómo está usted, señora

mía? Aquí, el hijo del casero de su señor padre...

Creo que no he puesto ni una sola palabra más de las que me dijo Freitas Costa en el círculo Eça de Queiroz, en Lisboa, delante de un plato de merluza a la cazuela.

EL SONETO DE PLANTIN

Supongo que todos los hombres hemos tenido algún fracaso sentimental de esta especie en la juventud. No creamos, en consecuencia, que Salazar haya establecido la norma de su vida, en los citados aspectos, simplemente por una peripecia que debió olvidar en seguida. «En esto, como en otras materias, soy poco sentimental.»

Por lo demás, tengo entendido que Salazar, sin ser un misógino, no tiene una opinión excesivamente elevada de la mujer, políticamente hablando. Para él, su papel debe reducirse a las tres kaes que antes privaba en Alemania: «Kirche», «Kinder», «Küche». O sea: «Iglesia», «niños», «cocina».

Sin embargo, siempre me ha llamado la atención un hecho al que me voy a referir. Antonio Ferro, cuando entró por primera vez, hace muchos años, en el despacho de Salazar, vió en «una de las raras molduras que animan las frías paredes» un célebre soneto del poeta francés Plantin. Dice así:

LE BONHEUR DE CE MONDE

Avoir une maison commode, propre et belle,
Un jardin tapissé d'espaliers odorants,
Des fruits, d'excellent vin, peu de train, peu d'enfants,
Posséder seul sans bruit une femme fidele.

N'avoir dettes, amour, ni proces ni querelle,
Ni de partage a faire avecque ses parents,
Régler tous ses desseins sus un juste modele.
Se contenter de peu, n'esperer rien des gents.

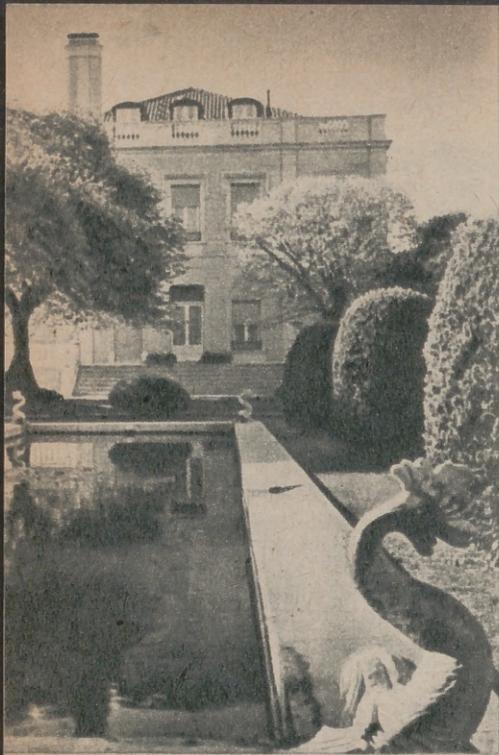
Vivre avecque franchise en sans ambition,
S'adonner sans scrupule a la dévotion,
Dompter ses passions, les rendre obeissantes.

Conserver l'esprit libre, et le jugement fort,
Dire son chapelet en cultivant ses entes,
C'est attendre chez soi bien doucement la mort.

¿Qué significa este soneto en el despacho de Salazar? ¿Una preferencia literaria o «un justo modelo»? El soneto de Plantin podría pasar por la carta magna de un burgués honesto y rural.

Y Salazar es bastante más que esto. En todo caso, si ése fué el ideal de su vida, su deber le ha llevado por caminos bien distintos. Su casita de Santa Comba es cómoda, limpia y bella, pero





La residencia del presidente del Consejo, en Lisboa

está muy lejos de Lisboa; el excelente vino, no dice gran cosa a un abstemio, y en cuanto a la mujer fiel, ya sabemos que esto se frustró. En lo que a niños se refiere, Salazar adoptó a dos niñas, María Antonia y Micas, que hoy son ya dos mujercitas. Todo lo demás, sobre todo lo de conservar el espíritu libre y el juicio fuerte, conviene perfectamente al temperamento y a la norma salazarina (palabra ésta que a él, por cierto, no le gusta).

Si acabo de hacer una pequeña incursión periodística por la vida privada de Salazar no ha sido, amable lector, por «novelar» un poco esta semblanza biográfica del presidente, sino, sencillamente, por dejar también aquí su perfil humano, profundamente humano. En el libro de Christine Garnier «Vacances avec Salazar» hay una espontánea y casi patética «confesión» del presidente, que viene a ilustrar muy bien el soneto de Plantin y las dimensiones de su sacrificio por Portugal:

«Hay quien afirma que no gusta de la vida. Es completamente falso. La realidad es ésta: No me gusta «mi» vida. Otros aseguran que aspiro a la muerte. ¡Qué locura! No tengo prisa por ir al cielo; pero, en vez de gobernar, me gustaría vivir aquí (en el Vimeiro), entre los campos y los viñedos, algunos años tranquilos. ¿Me cree insensible a las sencillas alegrías que a otros les están permitidas? ¿Cree que no habría deseado tener un hogar? ¿Cree que no tengo la aspiración a dormir sin preocupaciones, libre, al fin, de las una y mil cosas mezquinas que son el precio de toda obra de gobierno, cuando se es esclavo de ella durante veintitrés años?»

(Fotografías de Antonio Rosa Casaco.)

DE LA REVOLUCION A LA RESTAURACION

Por Jorge VIGON

SERAN los años; el caso es que no me atraen las vacaciones en carretera, ni en expedición agotadora de energías, ni en aglomeraciones festivas proveedoras de incomodidades infinitas. Un alejamiento prudente del lugar de trabajo habitual, un paisaje familiar, caminos muy andados y un libro ya leído otra vez, son elementos de felicidad muy estimables.

Bajo los pinos, junto al mar, o en la butaca al lado de la ventana en que batía la lluvia, me han acompañado durante un mes estos dos volúmenes debidos a la pluma del marqués de Lema—«De la Revolución a la Restauración», el segundo de los cuales acabo de cerrar.

UN LIBRO CON VOCACION ANTIMILITARISTA

Se trata de un ensayo histórico. Los libros de historia suelen ser útiles a condición de que pueda situárselos con cierta exactitud en el mapa de su propia circunstancia. Los accidentes más importantes de esta circunstancia suelen ser la personalidad del autor, y la ocasión en que el libro se publica. Las épocas de censura, por ejemplo, son, a menudo, fecundas en libros que utilizan la historia como clave criptográfica, elemental y muy transparente por lo común.

Así, cuando en uno de tales aparece cualquier episodio sin relieve, juzgado con calificativos duros que parecen, quizá, desproporcionados a la ocasión, suele ser fácil adivinar que el autor se está refiriendo a hechos recientes, y es por eso por lo que fuerza, a veces, la transparencia de la alusión, sino alterando los hechos, jugando hábilmente con los planos de perspectiva.

El marqués de Lema era un hombre cultivado y discreto; era también un viejo político. La exactitud de esta adjetivación se hace evidente en el hecho de que no sólo participa de la idea que Miraflores expresa en cierta carta a la Reina Isabel, ya destronada, acerca de la irreversibilidad de la corriente liberal, sino que, tácitamente, admite la correlación de «progreso» y avance democrático, en forma tal que si la Constitución de 1875 le parece mejor que la de 1845, es en razón de reflejarse en ella tal avance.

El libro del marqués de Lema se publica en Madrid el año 1927, es decir, durante la Dictadura del general Primo de Rivera. Es época de pasiones políticas contenidas que no podían traducirse en juicios, en opiniones y en censuras, sin riesgo de incomodidad; el celestinazgo de la Historia ofrece entonces un cauce practicable.

De ello, y sobre todo de la aflicción que al buen marqués produce la presencia del general en la escena política, viene a resultar que escribe un libro con vocación antimilitarista.

Sólo que la teoría del militarismo aparece aquí toscamente deformado por el prejuicio; pero como, a pesar de todo, las realidades tienen su fuerza propia algunas veces se escurren de la pluma del autor, al que, valga de ejemplo, sorprendemos en más de una ocasión computando como fuerza política «confesable» el arraigo en el Ejército—el prestigio—de este o de aquel general.

CONDICIONES PREVIAS PARA LA RESTAURACION

Pero no son las pasiones ni la falta de rigor crítico del marqués—que en otra ocasión pudieran suscitar un comentario—las que atraen la atención de esta piácidá lectura. Porque si algunas de sus afirmaciones y la casi totalidad de las alusiones insinuadas son absolutamente recusables, en cambio el cuadro que traza de la política española durante los siete años corridos que siguen a la revolución de septiembre, es animado y parece invadido de luz.

Doña Isabel II, con su corte, al entrar en la iglesia de Santa María, ya arrojada, en la calle de Alcalá, frente a los Consejos



Revolución, perturbaciones constituyentes, Ministerio-Regencia, Monarquía saboyana, República presidencialista, no tenían otra desembocadura hábil que la Restauración. A pesar de eso, la Restauración—una Restauración con algún carácter de estabilidad—no hubiera podido realizarse sin dos condiciones previas: la abdicación de Doña Isabel II y una unidad de dirección encaminada a crear el indispensable ambiente favorable.

Al relato de las dificultades con que tropezaron uno y otro empeño dedica Lema una parte considerable de su estudio. Consideraciones muy respetuosas, finamente matizadas, le mueven al escribir. «Un fondo de egoísmo—dice en una ocasión—halló en el consejo de algunos avisados, interesados otros, una base en que apoyarse. Un velo oscureció el entendimiento de la Reina y estorbó en algún tiempo la acción de sentimientos más elevados.»

Desde el momento mismo en que salió de España (30-IX-1868), Doña Isabel se aplicó en la tarea de hacer valer sus derechos frente a la Revolución: sus personales derechos. Poco más tarde, hacia mayo de 1869, parecen preocuparle los derechos de su dinastía; es entonces cuando consulta a algunos de sus fieles acerca de la conveniencia de abdicarlos en su hijo. Los consultados son los generales Pezuela, Calonge y Gasset, el último presidente del Consejo de Ministros, González Bravo, y el conde de Girgenti, marido de la infanta doña Isabel. Salvo éste, todos los demás—influídos por

González Bravo—tratan de disuadirla de cualquier intento de abdicación. Algunos moderados, sin embargo, no ocultan las vacilaciones que les inspira el ambiente en torno. «Con pena—dicen—se oye a muchos que prefieren lo presente a lo pasado hasta que sea mayor de edad el señor Príncipe de Asturias; y son partidarios muy leales los que lo dicen. Cabe figurarse cómo pensarán los demás.»

Sin embargo, la influencia de la reducida corte isabelina de París—naturalmente opuesta a la abdicación—pesa decisivamente sobre el ánimo de la Reina.

EXPLORACION DE OPINIONES

No obstante, en junio de aquel mismo año de 1869, doña Isabel se dirige en consulta a los hombres más importantes de los partidos monárquicos. Dado el acuerdo de las Cortes Constituyentes de establecer la forma monárquica como la del Gobierno futuro de la nación, inmediata consecuencia de proceder en plazo relativamente breve a la elección de Monarca, y la necesidad por parte de la Reina de tranquilizar en este evento su conciencia, pregunta si la abdicación será o no conveniente.

Al mismo tiempo se explora también la opinión de los emperadores de Francia, que es, como la de la mayor parte de los consultados, favorable a la renuncia.

Lema extracta la respuesta de don Manuel Ber-



General Prim



Isabel II



Duque de la Torre

múdez de Castro, como característica de este modo de sentir. El cual dice a la Reina «con la más leal y respetuosa franqueza que considera casi imposible su restauración que expondría a la nación a los desastres de una guerra civil que ella debe evitar, que por este medio no se restablecerían tampoco aquellos antiguos lazos de reciproca afección entre la Reina y la Nación española, y que aun en el caso de que, vencidos todos los obstáculos, prevaleciera la Restauración, no ofrecería ya condiciones de duración a causa de la reacción de que vendría acompañada, aun contra la voluntad de la misma Reina».

En el mismo tono y de modo no menos concluyente contesta el fidelísimo marqués de Miraflores.

A pesar de todo, y en este momento justo es cuando la Reina, quizá recordando un poco a des-tiempo la Carta a los efesios, exclama: «He hablado con mi marido y ni ahora ni nunca abdicaré.»

Lo que ¡sonjeaba su propia inclinación encontraba, naturalmente, más propicios sus oídos. Sin duda presta más crédito a las palabras infundadamente optimistas del general Calonge, que le asegura (julio de 1869) que para el invierno siguiente estará de nuevo en Madrid y en el Trono, que a las lamentaciones que a Novaliches, «espejo de lealtad, sugieren las relaciones entre la real familia, o a las severas palabras con que Lersundi—el último capitán general de la Monarquía isabelina en Cuba—aludiendo al mismo espinosísimo tema, afirma que la indiferencia con que la nación vio su salida, se trocaría en otros sentimientos ante el fracaso de la revolución, sirviera a la Reina y a la familia seguir una conducta elevada».

EL PROYECTO DE MIRAFLORES

De este tiempo es el proyecto de Miraflores de que la Reina escriba al duque de la Torre insinuándole la posibilidad de que él asumiera la Regencia durante la minoría de Don Alfonso, proclamado Rey.

Era éste, quizá, un propósito excesivamente artificial, pero Miraflores insiste en la idea fundamental: «Ya sé—dice—que unos me llaman retrógrado; otros, alfonsino; los de París, traidor, y los más benévolo, iluso o chocho; pero mi grito es siempre «abdicación»; y, con ella, levantar la bandera bajo la cual se cobijarán todos los hombres en cuyos pechos suena todavía la voz de la justicia y el honor».

La Reina afirma entonces que estaría dispuesta a transmitir sus derechos a su hijo tan pronto como fuese proclamado Rey por las Cortes. Miraflores contesta, a correo vuelto, con innegable acierto: «Si Vuestra Majestad no abdica hasta ver proclamado al Príncipe, esta proclamación es semilimposible; sería un ataque directo al decoro de Vuestra Majestad, consagración del derecho de la revolución que la destronó, convertir la Monarquía hereditaria en electiva. La bandera de Don Alfonso ha de levantarse pura por la transmisión de los derechos de su madre. Las demás cuestiones, incluso la regencia, serán secundarias.»

Pero decididamente a la Reina—y quizá más que a ella a los que la rodean de cerca—repugna la idea de la abdicación. Cuando esta repugnancia no se expresa abiertamente, aun es peor; en diciembre de 1869, la corte de París concibe el proyecto maquiavélico de hacer que alguien proponga la abdicación y al mismo tiempo la Regencia, durante la menor edad de Don Alfonso, del duque de Montpensier. No es que la Reina ni sus inmediatos consejeros piensen seriamente en tal cosa, sino que contando con la general aversión que Montpensier suscita entre los españoles, se espera que ello puede despertar su hostilidad a la abdicación de la Reina.

Tan burda maniobra, que pone una vez más de relieve la proclividad de aquella Corte a las funciones de enredo y a las habilidades de menor cuantía, decide a muchos hasta entonces vacilantes a inclinarse al partido de la abdicación.

El mismo Calonge, contristado por tantos cambios de dirección y tantas alteraciones de rumbo, reconoce (10-I-1870) que la mayor parte de la opinión reclama la abdicación de la Reina. Ella misma, cuando le ofrece sus poderes a Lersundi (1 de marzo de 1870) se muestra dispuesta a no omitir ningún sacrificio, incluso «la transmisión de sus derechos a su muy amado hijo Alfonso».

Pero tiene que surgir la candidatura de un príncipe extranjero para el Trono español, y que comparecerse el decidido propósito de Prim de importar

un Monarca, para que la Reina se decida a abdicar. Cuando al fin lo hace (25-VI-1870) alega sus anhelos por el bien del país, y reconoce que el acto que realiza responde a los votos de la mayoría de los españoles.

FALTA DE UNA LINEA DE CONDUCTA

Sin embargo, aun después de haberla formalizado solemnemente, en más de una ocasión está a punto de dejarse vencer por la tentación de volver sobre lo hecho y de suscitar argucias de tipo legal que dieran lugar a causas de nulidad del acto.

Todo ello era debido a la falta de una línea de conducta y de un propósito definidos claramente. Los poderes de la Reina pasan del conde de Cheste al general Calonge, que sólo los conserva dos meses, más tarde los recibe, pero no los utiliza, el general Lersundi; el general Gasset los retiene muy pocas semanas; vuelven a manos de Doña Isabel, que, por los buenos oficios de la Reina Gobernadora, se los otorga, al duque de Montpensier, en manos del cual están apenas siete meses: de abril a noviembre de 1872; hasta agosto de 1873 no asume la dirección de los asuntos monárquicos don Antonio Cánovas. Independientemente de estos apoderados, la Reina usa y abusa de negociadores variados—don Jacinto María Ruiz, Merry del Val, Egaña, el marqués de Bedmar, don Tomás Rodríguez Rubí—, a los que se confieren comisiones diversas.

La misma educación del Príncipe padece de varenos semejantes. Del Colegio Stanislas pasa a estar bajo la férula del brigadier O'Ryan; más tarde tiene por jefe de estudios a don Guillermo Morphy, y los realiza en el «Theresianum» de Viena; Cánovas propone, y la Reina acepta, por profesores al coronel Velasco y al comandante conde de Mirasol; y cuando, influenciada por don Francisco de Asís, apunta en la Reina una tentación de disconformidad con la política de Cánovas, en lo primero que piensa—sin llegar a realizarlo—es en la sustitución de Velasco y Mirasol, demasiado canovistas, por Argüelles y Bernádez.

INESTABILIDAD DE CRITERIOS Y DE PROPOSITO

Con razón se queja Montpensier a la Reina Cristina—aunque fuera, en realidad el menos indicado para hacerlo—de esta inestabilidad de criterios y de propósitos. «Ha habido—dice—negociaciones de todas clases con hombres de todos los partidos, incluso el carlista, misiones dadas en secreto para países extranjeros que han paralizado o dejado sin efecto los trabajos que se hacen sin cesar para facilitar al advenimiento de Don Alfonso, y Vuestra Majestad misma ha oído de la augusta madre de este Príncipe declarar que no lo entregaría hoy a los que a mi lado defienden sus intereses, pero que lo entregaría a cualquiera que lo proclamase en España.»

Y por el mismo tiempo (16-VII-1873) escribe el marqués de Molins: «Los alfonsinos, sin verdadera dirección, se hallan dispuestos a coligarse con unos y otros; y más dispuestos a dividirse, acusarse y fraccionarse entre sí; transigen con Montpensier y luego con Caballero de Rodas, como ayer estuvieron dispuestos a hacerlo con Prim, y después con Serrano y con Gaminde, quizá con Cabrera; pero no transigen unos con otros.»

El panorama cambia bastante rápidamente cuando ocupa Cánovas la dirección de los asuntos. Se podrá discutir, a la vista de las consecuencias: su manera de proceder; pero es muy probable que entonces no se pudiera hacer más ni mejor que lo que él hizo. Hoy es lícito dolerse de su pesimismo, y de su radical desdén hacia sus compatriotas coetáneos; y quizá no es injusto lamentar que sus prejuicios doctrinarios de un lado, y sus habilidades oportunistas de otro, le condujeron a planear una política demasiado casera. Acaso la soberbia que no sin razón se le atribuye, le hizo pensar que no iban a ser capaces de entender otra los españoles de su tiempo. Acaso cedió a una tentación de humildad, satisfecha al concebir una política que alejara cincuenta años el fin que preveía inevitable.

Pero ni siquiera este modesto resultado hubiera podido alcanzarse sin una dirección hacia la Restauración clara, firme y serena; ni ésta hubiera podido tener éxito sin la previa abdicación de Doña Isabel, que, por tan dulcemente otorgada, mereció haber sido recibida con gratitud por los españoles de su tiempo.

(Fotografías de Mora y Torremocha.)

COSTA DEL SOL



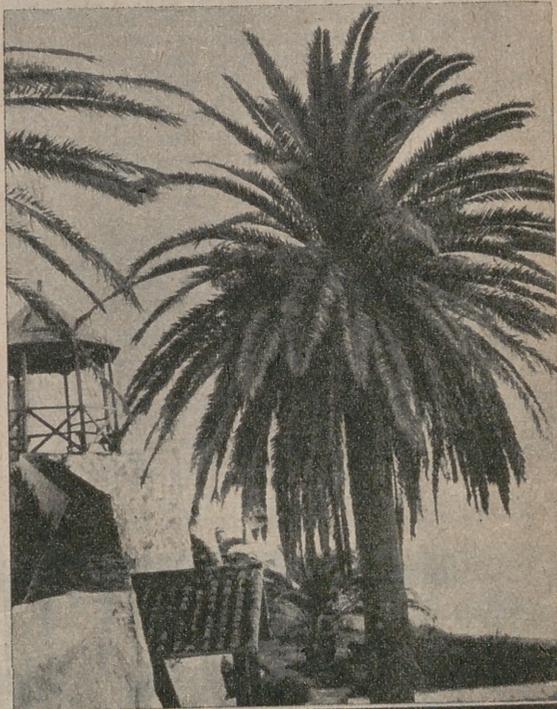
MÁLAGA, LA VENECIA DEL SUR, ENTRE LO ANTIGUO Y LO MODERNO

DESDE TARIFA A GATA SE EXTIENDE EL HAWAI ESPAÑOL

A CASO mi amigo el profesor del Liceo de B. me cree capaz de comunicar al prójimo experiencias y lecciones? Nunca he sido buen discípulo; sólo he escuchado en mi vida la voz de la ilusión y la curiosidad, y eso no me abona como maestro. Carezco de cuadernos, de apuntes, de esas anotaciones que apoyan nuestros conocimientos con datos precisos. Confié siempre las cosas a la memoria, a lo que hay de más sensible en la memoria, estimando que lo que de ella se borra es lo que merece olvidarse y lo que en ella queda es lo que debe perdurar. De conocer ese sistema, tan subjetivo y arbitrario, ¿hubiese osado el distinguido profesor recomendarme a la señorita Paulina Ferrand, su compatriota, para que yo la «guíe» en su viaje por la Costa del Sol?

UNA MADEMOISELLE QUE SUEÑA CON LA COSTA DEL SOL

He aquí uno de los párrafos sustanciosos de su carta: «Ella estuvo en Málaga hace tres años y allí asistió a los llamados «cursos para extranjeros». Aprovechó aquellos días en redactar una memoria sobre la guerra de la Axarquía. Soy amigo de esa familia. En este rincón de Francia, entre el Saona y el Doubs, el invierno es extremadamente crudo y la salud de esta joven es más bien delicada. El padre me ha rogado la recomiende a «alguien» en ese país, e interpretando yo los deseos de la señorita Ferrand he añadido que ese alguien puede ser un experto guía que le acompañe en un viaje por toda la Costa del Sol. Sueña con la Costa del Sol. Bajo la bruma del Jura, entre los abetos y los alerces nevados, la venturosa ribera donos de los antiguos, al igual que en otros dichosos lugares, situaron los Campos Eliseos, es como un trozo de ilusoria geografía. La señorita Ferrand es una amante apasionada de España, conoce algunos de sus pueblos y ciudades y habla a la perfección el idioma castellano... No se trata de esos «tipos de turismo», con la mollera vacía, que tripu-



Arriba: El litoral y puerto de Málaga, desde Gibralfaro. Abajo: Una estampa exótica de Torremolinos, con el Mirador de la Roca

lan automóviles o ruidosas motocicletas y hoy recorren el mundo, provistos de escafandra, como buzos que se sumergen en el mar, sin importarles nada lo que hay en sus profundidades... Es, por el contrario, una joven espiritual e inteligente, más intuitiva que otra cosa, muy observadora y siempre amante de la tierra que visita...»

La última indicación de la carta me hizo buen efecto. Aún quedan europeos en Europa, seres

atentos y pensantes que dan a la tierra que pisan más importancia que al vehículo que les conduce a ella. No han de ser todos «emigrantes del futuro», «robots» ignorantes y mecanizados.

Paulina Ferrand me convenció de éstas y otras muchas cosas... Físicamente no era alta ni baja, ni gruesa ni esquelética, ni bella ni desangelada. Me agradaron sus ojos grises, entre alegres y pensativos... Tenía manos muy cuidadas y una hilera de dientes perfectos. Vestía con suma sencillez un holgado traje de lana, tocábase con una boina blanca y gastaba zapatos de tacón bajo. Era un aspecto el suyo bastante tranquilizador. No hay mejor traje de viajero que aquel que no se despega, por ningún detalle, de la tierra que ha de medir con una mirada amante y comprensiva. De haber llegado a mí con pantalón de chófer y pañuelo de colorines anudado «a lo pirata», es seguro que hubiese declinado el honor de acompañarla.

Saludé a la joven con los antológicos versos que han servido de lema al Baedeker desde hace un siglo:

*«Qui songe à voyager,
doit soucis oublier,
des l'aube se lever,
ne pas trop se charger,
d'un pas égal marcher
et savoir ecuter.»*

Paulina hizo el gesto de los alumnos que se saben la lección.

—¿Cree usted que habrá que levantarse con el alba?

—No creo, no será necesario... Acaso alguna vez.

—Pues en lo de «savoir ecuter», vengo a eso... a ver y a escuchar.

—Y a hablar todo cuanto quiera, cuanto más mejor... Me asustan los monólogos con el oyente al lado.

MÁLAGA, EN UN ESTRADO CENTRICO Y ESTRATEGICO

Una vez en Málaga ascendemos al monte de Gibralfaro para buscar en la altura esa imprescindible rosa náutica que debe siempre acompañarnos. Desde Gibralfaro dominamos el hemicírculo de Málaga y una dilatada extensión del mar que la baña. Al Norte, los montes de la Axarquía; al Sur, la costa de Africa, alguna vez visible; al Este, las calas, y al Oeste, las playas de Torremolinos... El día es purísimo y en su transparente levedad se dibujan con firmeza los montes que forman la bahía, las notas de esmeralda del parque y la Caleta, las naves que se posan en la dársena, como si el mar, casi aéreo, no pudiera sostenerlas... Al Noroeste, el caserío de la ciudad, a uno y otro lado del Guadalmedina, y la torre de la catedral, amarilla y rosada, menos alta que la atalaya que nos la muestra.

—Ahí tiene usted un trozo de nuestra Costa del Sol. Málaga parece señorearla desde un estrado céntrico y estratégico. Está en el vértice de ese ángulo, cuyo lado de poniente llega a la punta de Tarifa y cuyo lado de levante se extiende hasta el cabo de Gata. Iremos, primero, hacia el Oeste, y al llegar a Tarifa prolongaremos el itinerario, pues también el litoral Atlántico es Costa del Sol hasta la barra del Betis, en Sanlúcar. Después, tornando a Málaga, nuestro punto de partida, nos dirigire-

mos a levante, hasta el corazón de esa recóndita Andalucía (la tierra urciana), que es todavía uno de los misterios de España.

—De Málaga—dice Paulina—me gustan el clima, el ambiente, los árboles, las flores y el mar... La ciudad, menos. Parece como si en ella lo antiguo estuviese sepultado bajo lo viejo.

—Málaga es tres veces milenaria, pero lo que en ella cautiva es lo eterno (esto es lo natural) o bien lo que comenzó a crearse hace un siglo. Es su luminosa ribera sembrada de florestas la Málaga que, como Venecia y Holanda, se mece sobre las olas y ha sido ganada al mar, palmo a palmo.

—También resulta encantador ese aire dichoso que tienen aquí las mujeres y los niños... ¿Es que son en Málaga tan felices?

—Veo que ha sentido usted el «andalucismo», y el «andalucismo» de Málaga y la Andalucía de mar, menos espiritual que el de Sevilla, pero sin duda alguna más lozano...

—Sí, veo brillo y lozanía en muchas caras, y flores en las viviendas más humildes...

—Apetito de vivir y de gozar, despego por el dinero, respeto sin límites a la ociosidad (¡la divina ociosidad, Paulina!), aprecio a la jerarquía moral...

—Me han dicho que la vida en América hoy ya no es alegre... También los europeos parecemos ganados por la tristeza y la inquietud.

—Una pavorosa nube ha entoldado nuestro siglo, apagando sus horizontes y reduciendo la vida humana al rígido automatismo de la lucha por la existencia. La nube está suspensa sobre Europa, los pueblos que cubre viven sin ilusiones ni esperanzas, vegetan en un medio apático o amenazador... Pero Andalucía ha cambiado poco y no hay esa nube en su cielo.

—¿Qué es entonces el «andalucismo»?

—No es fácil de explicar y sin embargo es lo primero que se siente cuando se llega a Andalucía... De pronto la vida se vuelve ligera, ligerísima, pierde toda pesadumbre; de atormentados deudores de la responsabilidad nos convierte en acreedores de la dicha... Es un éter que nos envuelve con sus iridaciones misteriosas. Hemos varado en la cala de Circe, donde el recuerdo se ha dormido. Aquí todo es simple e inorgánico... ¿Hay nada más sencillo que una copla frente a una sinfonía de Beethoven?

—¿Entonces el andaluz es un superviviente de la humanidad antigua?

—Nadie sabe cómo trascurrió la vida en Knossos, en Creta o en Tartessos, más fueron los continentales los que concibieron la existencia como drama o como tragedia... Esos mismos sobre cuyas cabezas hoy se extiende la sombría nube.

—¿Probará entonces bien a mi salud este sanatorio de Europa?

—Yo se lo aseguro a usted... Hay una inmanencia curativa en el aire que aquí respiramos... por lo que todo es eventual y pasajero menos la gracia de Dios derramada sobre las cosas.

UN FERROCARRIL DE CORNISA

Un tren de vía estrecha, graciosamente primitivo, conduce al viajero por casi toda la costa malagueña... Del mismo puerto de Málaga parten sus dos ramales: el de levante hasta Ventas de Zafarraya, entre las sierras de Alhama y de Tejada, ya en la provincia de Granada; el de poniente hasta el pueblecito de Fuengirola, al pie de la sierra de Mijas, en la ensenada que cierra la punta de



CALMANTE VITAMINADO

*Quita el dolor
y tonifica los nervios*

PRECIOS	
UNA TABLETA ...	0,75
CAJA DE DOS ...	1,50
TUBO.....	8,90



REMEDIO EFICAZ
CONTRA DOLORS
NERVIOSOS,
DE CABEZA,
REUMATICOS,
CATARROS, GRIPE,
ETC.

LABORATORIOS
PEREZ GIMENEZ
AGUILAR DE LA FRONTERA
(CORDOBA)

Calaburras. Otra pequeña línea, por Churriana, Alhaurín de la Torre y Alhaurín el Grande, sube hasta Coín.

Desde Torre del Mar a Fuengirola el trenecillo es realmente un ferrocarril de cornisa, que cife el mar y bordea las montañas. Es el transporte preferido por los pescadores, los campesinos y el modesto vecindario de la costa. La marcha del convoy no excede en velocidad al trotecillo pescador del cenachero.

Yo sé que a Paulina Ferrand no le seduce la velocidad, prefiere el tren al automóvil y sólo subiría a un avión en los casos de extrema necesidad. No se trata del miedo que nuestras abuelas profesaron al ferrocarril, trasladado al avión por las abuelas del presente, sino del amor al propio viaje, a la sustancia de la tierra que han de aprehender nuestros sentidos, esa vivaz geopolítica que excita nuestra curiosidad y nuestro instinto de vida. Tampoco echa de menos la clase de lujo en los viajes; perdería en ella la compañía y la animación de las gentes sencillas que rien y conversan y cuya vida se mezcla a la nuestra llena de color.

Por eso hemos preferido ir a Torremolinos en el tren de vía estrecha, clase única, junto a una turba de viajeros cargados de cestas y paquetes, que mueven el consiguiente bullicio.

—El autocar nos hubiese conducido antes a Torremolinos, pero la carretera se aleja del mar unos kilómetros, mientras el tren sigue casi siempre la línea de la costa.

Con nosotros han subido al vagón una graciosa chiquilla que vende bollos y roscos de aceite, una anciana que reparte papeletas para una rifa y un «toacor», que empieza a templar su guitarra.

CATORCE KILOMETROS DE PLAYA

Parte el tren, dejando a un lado el muelle de Heredia y orillando la barriada del Bulto, con sus casitas de pescadores... Son las playas de Huelin y San Andrés, anticipo de la de Torremolinos, y, en realidad, una sola y única playa de catorce kilómetros. En la linde del mar, las casitas del Bulto tienen algo de esos juguetes que fabrican los niños pobres con latas, cañas y alambres. Las hay, no obstante, sonrientes, pintadas de rosa, azul o malva, o deslumbrantes de blancura, con sus ventanas adornadas de geranios rojos y blancas clavellinas; la puerta deja ver una cocina y un vasar, donde la dueña, con flores al cabello prepara la humeante cazuela de pescado. De una y otras salen chiquillos desnudos a chapotear en los charcos de agua salada y fuerte olor a marisma. Tras esas casitas se ensancha el mar de afil y el casco de una vieja traíña o de una barcaza preparada para el desguace, asoma el trinquete nido de gaviotas, por cima de las frágiles techumbres. Cerca, una cruz sobre un pedestal ilustra la vieja estampa del fusilamiento de Torrijos, en un romántico escenario de pescadores.

Paulina se hace explicar el simbolismo de la cruz en aquella callejuela.

—Conmemora el lugar donde Torrijos y sus compañeros fueron fusilados por mandato de Fernando VII... Hay un conocidísimo lienzo de Gisbert inspirado en el trágico suceso. Aun se percibe en esta costa el aroma de la leyenda romántica la del cabecilla, el insurgente, el bandolero y el contrabandista.

—Vuestra historia del siglo XIX está llena de temerarias aventuras y gestos gallardos.

—Casi siempre perjudiciales y estériles Torrijos intentó restaurar la Constitución de los doceañistas, sin «enmiendas ni raspaduras», mas no tuvo tiempo de sublevar al Ejército... Era demasiado joven e impetuoso para preparar bien las cosas; muy valiente y arrebatado. Partió de Gibraltar rumbo a Levante, en una barca valenciana, con cuarenta y seis hombres armados, esperando embarcar en la costa de Vélez, adonde la guarnición de Málaga iría a sumársele... La intención fracasó. Su nave fué tiroteada antes de promediar la ruta y varó en el Charcón, cerca de la punta de Calaburras... (Ya le señalaré el lugar en Fuengirola.) Desembarcó con su séquito y se echó a trepar por la sierra de Mijas, hasta hallar un cortijo, donde se hizo fuerte. El y su gente fueron cercados e hechos prisioneros. Del convento del Carmen del Perchel fueron conducidos al lugar de la ejecución, en la playa de San Andrés... El



Una vista de la concurrida playa de Torremolinos



Panorámica de la ciudad de Málaga, conocida en todo el mundo como la Venecia del Sur



Los jardines de La Caleta y al fondo el puerto, visto desde Gibraltar

cuadro de Gisbert se entona con el decorado de la serranía y de las torres de Málaga.

EL EMBELESO DE LAS PALMERAS

A la otra banda de la playa, los montes retroceden en hemiciclo para formar «la hoya de Málaga», donde corre el Guadalhorce hacia el mar, fertilizando la campiña malacitana. El abrigo de los montes, el suave aliento del mar y el agua pródiga del río hacen de la vega de Málaga ese feracísimo campo del que se recogen cuatro cosechas. Paulina sigue con la mirada las líneas de esbeltas palmeras que hilvanan los bancales de caña de azúcar, los setos de pitas, bambúes y nopales que guardan los riachuelos y las sendas. En la vega crece el chirimoyo, el platanero y el árbol de la pimienta, y hay residencias, como en la propia Caleta, donde se alzan venturosos árboles ornamentales, los gigantescos ficus, los laureles de Indias y las delicadas araucarias.

El embeleso de las palmeras inunda de gozo a la muchacha del Norte. Dice que vió en Niza la primera palmera y le hizo soñar con los oasis de Argelia, Marruecos y Andalucía.

—Los ejemplares más bellos de toda España —digo a mi amiga— están en la ciudad de Alme-

ría, guardando sus antiguas murallas y engalanando sus plazas silenciosas... Pero ahora veamos las de Málaga, que no son sólo africanas, sino también americanas, pues aquí África y América parecen estrecharse en un lazo fraternal.

—¿Siempre hubo palmeras en España?

—Sobre eso hay una vieja leyenda... Dicese que al constituirse el califato de Córdoba, Abderramán I, a quien acompañaba la nostalgia de su ciudad, soñó una Córdoba parecida a Damasco, la ciudad de las palmeras...

—La palmera—dice Paulina—está santificada en el Corán y es un árbol sagrado para los árabes...

—Esa es otra historia, que explica esta primera. La Biblia nos refiere que Agar e Ismael, arrojados de la casa de Abraham por celos de Sara, hallaron paz y cobijo a la sombra de una palmera, en medio del desierto de Beer-Sebá. Allí encontraron la fuente milagrosa que les dió aliento y vida para proseguir su éxodo y fundar el gran pueblo del Islam. «¡Honrada—había ordenado Mahoma a sus fieles señalándoles la palmera—, es vuestra tía materna!» Lleno de ese amor y veneración, Abderramán incorporó la palmera al paisaje de España. La primera palmera de Córdoba habíase plantado en aquel lugar donde Julio César puso de su mano un plátano oriental. El plátano oriental, árbol un tanto académico (¡como que es el árbol del jardín de Académico!) era sustituido allí por la palmera islamita.

La palmera aparece, en efecto, como heraldo de «El Andalucía», al pasar los desfiladeros de Sierra Morena, y al saltar la segunda muralla, la de la Penibética, se une a su hermana tropical, la palma de América, para adornar los bellos jardines de la Costa del Sol.

TORREMOLINOS A LA VISTA

Durante breves momentos el tren se aparta de la costa para aparecer nueva vez cerca del mar, dominando la playa de Torremolinos desde una gran altura. El pueblo y la vega están sobre un gran acantilado, que es aquí el remate de la Sierra. El trenecillo de la costa ha recorrido los catorce kilómetros que separan a Málaga del pueblo de Torremolinos (hoy barriada de la capital) en treinta y cinco minutos. Pero no se ha hecho largo el viaje y hubiese sido imperdonable realizarlo en la mitad de ese tiempo, embutidos en uno de esos coches donde uno se repantía y no acertaba a ver sino el cielo y la monótona línea del camino, como una cinta métrica que va enrollándose en su estuche.

Muy poco hay que ver en Torremolinos, pero es una estación obligada en la ruta de la Costa del Sol. En la plaza del pueblo, donde paran los coches y los carruajes de línea, existía antaño una bulliciosa fonda, la fonda de Parodi, que ha desaparecido ya hace muchos años. Frente a ella existe una fuente, a cuyo pilón se acercan las caballerías y los mulos de reata y de cuyo herrumbroso caño se llenan los cántaros y botijos de las viviendas del pueblo... El manantial está a tres kilómetros, y sus finísimas aguas, de que se surte Málaga, movieron en otro tiempo los catorce molinos y el batán de este próspero lugarejo. Esos molinos y la torre de Pimentel (Torre de los Molinos) han dado nombre al pueblito deslumbrador, de casas enjalbegadas con su pequeño huerto interior y su cisterna. La más importante de sus

calles, la de San Miguel, conduce a la plaza donde se alza la iglesia parroquial de San Miguel, muy sencilla, con su techumbre de madera y su pequeña torre. La de Pimentel se halla tras la iglesia, dominando la playa y la ensenada que remata en la punta del castillo de Santa Clara. Es una de esas torres medievales, tan numerosas en España, que evocan los azares de nuestra Reconquista y alude al nombre de uno de los condes de Benavente.

EL CASTILLO DEL INGLÉS

En la punta de Torremolinos está el castillo de Santa Clara, popularmente conocido por el castillo del inglés. Enorme y complicado caserón de múltiples dependencias, ha dedicado un ala a residencia de turismo (el hotel Santa Clara, con sus hermosos jardines y venta de flores), y el acantilado en que se asienta avanza en proa sobre el mar, dividiendo en dos la playa de Torremolinos: la que corre a Levante (con sus instalaciones balnearias) y la de Poniente o de la Carihuela, playa de pescadores donde los jabegotes remiendan sus redes y aperciben las artes de pesca. Data el caserón del rey Carlos III y fué uno de las baluartes erigidos para la vigilancia del Estrecho.

—¿Por qué le llaman entonces castillo del Inglés?—pregunta Paulina.

—En el curso del tiempo ha tenido innumerables propietarios, ha sido cuartel de carabineros y hasta residencia de un alcalde de Málaga... En los últimos tiempos fué propiedad de un inglés, notable personaje, que alcanzó en Torremolinos una gran celebridad. Había sido oficial en la India; llegado a la madurez y en posesión de una fabulosa herencia, adquirió el castillo con sus jardines y sus huertas, y allí se dió a predicar la doctrina teosófica. Aun hay viejos en el pueblo que recuerdan al inglés rodeado de animales domésticos, a los que era muy aficionado, y de pájaros y palomas, que plegaban las alas sobre sus hombros y cabeza, como si se tratase de un nido o del ramaje de un árbol. Se hizo una gran turba de prosélitos compuesta de mujeres y niños, ya que los hombres (se ignoran las razones) estaban excluidos de aquellos conciliábulo. Sábese que pagaba una peseta a cada concurrente, lo que, dada la afluencia de éstos, que no faltaban un solo día, debió constituir un fabuloso subsidio. Aunque excluidos del cenáculo, los hombres se mostraban muy satisfechos de aquellas pesetas, que aumentaban su presupuesto.

—Son muchas las torres que hay sobre las lomas y acantilados de la costa—dice mi joven acompañante.

—Las torres irán acompañándome a lo largo de toda la Costa del Sol. Encaramadas a los pequeños promontorios, vigilan el mar y la costa de África. Por ahora no nos amenaza el peligro de los piratas turcos o argelinos, o de los moriscos de Boabdil con el sueño de la revancha... Sólo la economía del Estado, administrada por su Hacienda, es incandescentemente asediada por esos pequeños piratas del contrabando que hacen sus alijos en Tánger o Gibraltar. De ahí que muchas de esas torres sigan siendo atalayas y vigías... y verdaderos puestos de carabineros, sobre todo cuando cerca de ellas hay algún venero de agua que pueda aprovisionar al piquete.

Visitamos el suntuoso hotel La Roca, con su espléndido parque tropical y sus luminosos miradores sobre la playa. Estos hoteles poseen los mejores accesos a la playa, mas son tan accidentados y tortuosos que casi requieren el entrenamiento del alpinista.

De entre las dos playas, Paulina prefiere descender a la de la Carihuela. Allí, un equipo de pescadores remienda sus redes, que exhalan el intenso aroma de la brea. Acostada en la arena, una jábega, recién calafateada, recibe el beso del agua en la carena, mientras la amura se tuesta al sol, trascendiendo a sal y a pintura. Hacia la raya del horizonte rutila el mar, hirviendo en un tejido deslumbrador de ópalos y diamantes vivos... A dos millas de la playa vira con lentitud un velero, empapado en el levante tibio, dispuesto a doblar la punta de Calaburras, rumbo al peñón de Calpe.

—¿Ve usted?—digo a Paulina—. Nada ha cambiado en este cuadro desde hace muchos siglos.

Y no hay emoción más dulce y sedante que la que infunde al corazón la idea de la constancia y permanencia de las cosas...

Ledesma MIRANDA



Una escena típica en Torremolinos durante las fiestas veraniegas

YO HE VIVIDO TRES DIAS ENTRE LOS LEPROSOS



Con humor festivo los enfermos presiden una «corrida de toros»

Penas y alegrías en el mundo aislado de Trillo

EL REGIMEN DE COLONOS PARA LOS ENFERMOS TAL COMO ESTA IMPLANTADO EN TRILLO, NO EXISTE EN NINGUNA LEPROSERIA DEL MUNDO

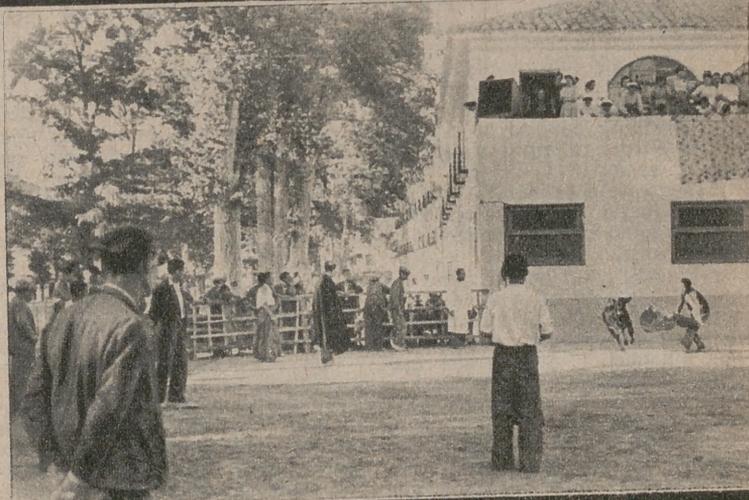
Por Blanca ESPINAR
(Enviada especial)

LA madrugada terriblemente fría que he pasado escribiendo debió de entumecerme toda, porque esta mañana la campana de la misa de las lazarinas no ha tenido poder para despertarme como otras veces. Está ya el sol alto cuando me arreglo y desayuno rápidamente, porque quizá me están ya esperando para subir a El Soto. Saltando por encima del rumor del río llegan hasta mi habitación las voces y las risas de mis amigas las leprosas. Ya me parece que no las temo, y casi deseo bajar para conversar con ellas.

Mientras viene el subdirector, yo paseo ante la puerta del pabellón de mujeres. Ellas, como acudiendo a un cita, vienen junto a mí y, como siempre, me cercan, se cierran en torno mío en un círculo que cada vez se aprieta más. Siento sobre mi piel sus respiraciones, y están tan cerca de mí que debo de estar sucia de roces.

COSAS DE GITANAS

Hoy conozco a Encarnación, la gitana muda que vino rebelde y discal a la Leprosaría y hoy es alegre y simpática. Tiene veinticuatro años, pero la enfermedad la ha desfigurado hasta hacerla



Los valientes «toreros» en un momento de la becerrada que celebran en la explanada del Soto



Los enfermos no se privan de nada, y aquí los vemos disputando un partido de fútbol con verdadera clase

parecer una mujer de cincuenta. Ella, aunque no oye ni puede hablar, con un enorme sentido de observación sabe, sin embargo, todos los recovecos sentimentales de sus compañeras. Por señas que las otras me traducen, Encarna me explica que Clotilde, la dulce enfermita de Almería, se ponía roja de emoción cuando estaba levantada y veía a cierto enfer-

mo de El Soto. Luego, entre las risas y algazara de todo el grupo, me va señalando a las lazarinas que están enamoradas. Las muchachas a que Encarna alude para avergonzarla a ella me cuenta que la gitana se quiso hacer una vez la cirugía estética (que aquí la suelen realizar con las enfermas muy desfiguradas), y en su ignorancia se creía que

sólo consistía en aplicarle sobre su nariz, rota por la enfermedad, una nariz nueva que traerían de Madrid, y cuando vió que la iban a tender en la cama de operaciones para anestesiaria, salió corriendo y ya no ha querido nunca más tratar de embellecerse.

Ahora viene Carmen Reyes, otra gitana como de unos cincuenta años reales, no como la pobre Encarna. La enfermedad no la ha desfigurado aún nada más que los brazos y las manos. Es tan graciosa que me hace reír hasta saltármeme las lágrimas. En un endiablado argot me va diciendo sus cualidades:

—Míe usted: «mi gracia y mi aquél» estaban en que yo sabía engañar mu bien al personá. Y aquí pazo mu malo ratos zin poder trabajar. Pero descuide, que antes de irme con el arta, tengo que engañar a la madre Fernanda y a tó el que ze encarte.

—Pero bueno, Carmen—pregunto—, ¿y qué engaño es el que usted hace?

—¡Anda mi arma!, ¿pero no ze lo calcula usted, zeñorita? Poz hija, que yo vendía tela blanca y tengo mucho zalero pa a io que me ha costao dos duros zacrle cinco. Y las tontas que lo compraban se creían que era una tela zuperior y cuando la lavaban ze les quedaban mismamente como un colaor.

Las otras la jalean.

—Y cuando te cogieron, Carmen, ¿cómo fué? Cuéntaselo a la zeñorita.

—Po ná: igual que si fuera un perro tífoso. Engañándome y casi con lazo. Yo estaba mu tranquila poniendo un buen puchero pa mis muchachos, que ya son mayores y también venden por la calle, cuando apareció un municipal y me dice: «Hala, que te tienes que venir conmigo pa el Retén». Yo empecé a chillar:

—¡Guardia, por tu mare, que yo no he hecho ná, que yo trabajo, pero no afano! Y él que zí y yo que no, hasta que a la fuerza me llevó ar Retén. Y ya no me dejaron salir, y al día siguiente me metieron en el tren y me mandaron pa acá. Y era que el tío malage del médico había dicho que yo tenía esta enfermeá. Totá, la cuestión, que me dejaron sin poder comerme mi puchero.

LOS CONEJOS Y EL PATO LEPROSOS

Una lazarina de expresión aviesa me dice con un rictus de crueldad en los labios:

—¿No sabe usted? También hay un pato y varios conejos enfermos como nosotras...

La curiosidad me tienta y quiero ver a los animalitos. Efectivamente, hay un pato y varios conejos y muchas ratas en el laboratorio, inoculadas del bacilo de Hannsen, pero no les ha prendido y me explican los médicos que parece que el bacilo no prende en los animales, pero no se sabe nada en concreto, y puede ser que cualquier día los inocentes patos y los conejos aparezcan tarados con sus deformes lepromas, para que estos hombres de ciencia que aquí trabajan puedan estudiar sobre ellos el terrible mal de San Lázaro.

Pero ya ha llegado el subdirector y en una furgoneta emprendemos la ascensión por esta carretera estrecha y monte arriba hacia el término de esta inmensa finca. Vamos, pues, camino de El Soto, pueblo, colonia y confinamiento de 230 hombres a los que la sociedad rechaza.

CERCA DEL CIELO

El Soto parece estar muy lejos del mundo, y tan alto, que por un momento recordamos a Grilo cuando decía de las hermanitas de Córdoba:

«... para llegar al cielo, cuán poco falta...»

Efectivamente, el cielo aquí parece más transparente, más limpio, y, sobre todo, le creemos más cerca de nosotros, los que en la ciudad no tenemos tiempo de mirar hacia arriba.

El poblado de El Soto es inmenso, luminoso, y tiene una luz cenital hiriente. Por la vertiente izquierda se baja a un valle donde están las granjas y las huertas, que los enfermos cultivan y explotan por su cuenta en régimen de colonos.

Cuando llegamos hay una enorme expectación. Y cientos de pares de ojos se clavan en mí. Por un momento yo quisiera achicarme y desaparecer. Alguien susurra a mi lado:

—Estos hombres, cuando ven que alguien no les teme; son fieles hasta la muerte. Ellos ahora

serían capaces de hacer por usted los mayores sacrificios. Ya durante mucho tiempo hablarán de los días que usted vivió en la leprosería como de algo soñado e inconcebible. Y mientras la recuerden le estarán agradecidos.

Me quedo parada oyendo a mi interlocutor, y siento que la emoción me quiebra la voz en la garganta. No contesto nada, no digo nada, sólo miro a la lejanía, donde, como un espejismo, me parece ver las caras rotas que hace un momento me han recibido a mi llegada a El Soto.

MAS CANCIONES

De pronto, con dimensiones de eco, me llega una voz con un desgarrar atormentado:

«Me coronaste de espinas y me clavaste en la cruz. Este calvario que paso lo tienes que pasar tú...»

Me vuelvo. Es un hombre que canta sobre un altozano. Su silueta parda se recorta sobre el azul del cielo. Siento el mismo escalofrío que la noche en que oí a una leprosa cantar una canción de amor. Como subyugada, voy hacia él y le pregunto:

—¿Por qué canta usted eso?

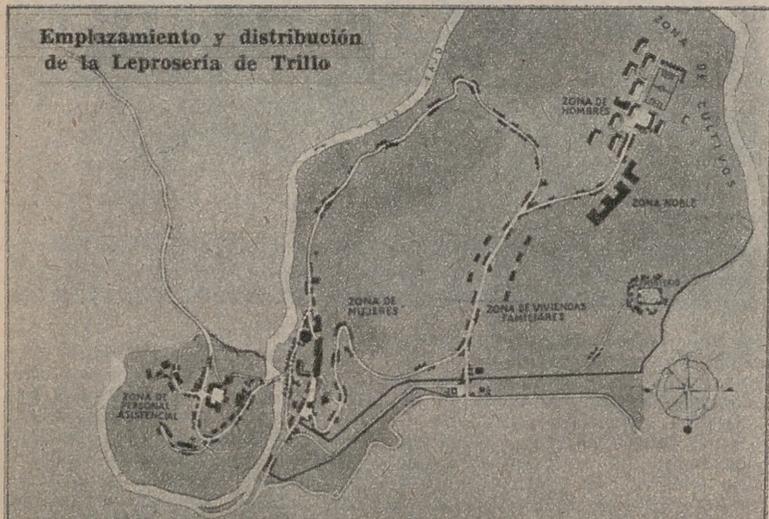
El lazarino se me queda mirando con infinita tristeza. Luego, despacio, como si le produjeran dolor sus palabras, me dice:

—Porque así me consuelo. Me parece que me puede escuchar ella. Es una historia muy triste. Ella era para mí la vida, el aire, el agua, todo. Me dijo que me quería y de pronto me lo quitó todo. ¡Usted no sabe cómo es esta agonía del alma de no poder vivir sin una persona! Yo pensaba matarme porque no podía estar sin ella, y de pronto me apareció la enfermedad. Ya entonces no hice nada, porque sabía que estaba destinado a morir. Luego ha venido el Promín. Y yo no quiero que me lo pongan... Es mejor la muerte para mí. Y canto siempre esa canción en que le reprocho a ella lo que hizo conmigo. Ninguna podrá expresar mejor lo que siento...

Dejo al hombre porque me llaman de parte del subdirector. Me hacen embutir en una bata blanca, y con este atuendo sanitario recorro con el subdirector y los practicantes el Hospital de la Colonia de El Soto: esto es, donde yacen los enfermos atacados por las graves reacciones de la lepra. Estas reacciones se suelen producir en los enfermos con relativa frecuencia. Durante su curso la fiebre es alta, y los dolores casi más fuertes que los del cáncer. No hay muchos enfermos ahora en estas condiciones, sólo ocho, y los demás están levantados y haciendo su vida normal y de trabajo. Los que se encuentran levantados viven en sus pabellones residenciales.

Todo está en el hospital, igual que en el pabellón de mujeres, inmaculadamente limpio. No hay el más pequeño olor, pero no puedo remediar el sugestionarme y que me invada otra vez la sensación de aire compacto y espeso que me ahoga y angustia como la primera tarde de mi estancia en la Leprosaría, cuando me perdí en el jardín acotado de las mujeres. La nota singular la da

Emplazamiento y distribución de la Leprosaría de Trillo



en este hospital el que los enfermeros son también leprosos y discurren de un lado para otro, con sus batas blancas y atendiendo a sus compañeros más aquejados del mal que ellos.

Vemos a un enfermo portugués, muy viejo, que estaba avecindado en Pontevedra y lleva ya muchos años en la Leprosiería. Está muy deshecho, acabado por la lepra. Sin embargo, es muy simpático y parece estar alegre aun en medio de sus espantosos sufrimientos. Los practicantes bromean con él: —¿Qué hay, portuguésíno? ¿Cómo va eso?

—Ya ven, no tengo paciencia ahora. Se me fué al mar y ya la he perdido para siempre...

Y dice esto riendo y como si no sintiera sus dolores.

Hay también otro viejo que lleva veinticinco años, entre Fontilles y Trillo. Está ciego ya por el mal y me cuentan que tiene una resignación extraordinaria. Me acerco a él y le digo:

—Abuelo, a ver si con el Promin puede usted al fin volver a su casa...

He debido de decir alguna incongruencia para el pensamiento de este hombre, porque socarrón e irónico me contesta:

—Yo a donde voy a ir va a ser allá, a los pinos.

Y señala hacia una dirección que él, a pesar de su ceguera, debe saber.

—Y allí, ¿qué hay?—inquiero. —Aquello es el cementerio—me contesta un practicante, y luego me aclara—, un cementerio sólo para ellos, y a donde se conduce a los muertos, a hombros de los enfermos.

Cuando salimos del hospital me hacen lavar bien las manos con agua y mucho jabón, que es el mejor desinfectante para esta enfermedad, según me dice, y yo me froto fuerte, porque de pronto me he acordado que inconscientemente me así al pasamanos de una escalera.

Despojada ya de la bata blanca recorro El Soto. Vamos a la escuela, donde los lazarinos analfabetos aprenden a leer y las cosas más elementales. Les sirve de maestro Manuel Bernal, cordobés, fino, agradable y triste. Estaba en un convento de capuchinos de novicio cuando se sintió enfermo. Me dice que ya no volverá al convento, que ha perdido la vocación. Está seguro de que con el Promin podrá salir muy pronto. Su ilusión es la Escuela Laboral.

—En cuanto empiece a funcionar—me dice—yo me prepararé en ella para ser practicante. Cuando salga, quiero ganarme la vida así.

—¿Y se establecerá usted en su tierra?—pregunto.

—Todo menos eso. Usted no sabe lo que es que la gente conozca que ha tenido uno esta enfermedad. Me harían la vida imposible, a mí y a mi familia. Mis padres han sufrido mucho aun sin estar yo allí. Solamente por si ellos podían tener algo hubo comerciante que se negó hasta a venderles. La gente reacciona muy mal contra nosotros.

Ahora vamos a los talleres. Aquí se tejen todos los géneros que la



He aquí los muchachos que componen el equipo de fútbol de Trillo



Esta fotografía recoge el momento de la actuación de los Coros y Danzas de la Sección Femenina en la Leprosiería

Leprosiería necesita para los hombres. Mahón, mil rayas y tela blanca para sábanas y manteles. Todos estos enfermos que aquí trabajan ganan su sueldo. El jefe de los talleres es Juan Andújar, que me explica que lo que gana lo envía a su familia para que puedan mantenerse.

Ahora conozco al padre Ignacio Omaechevarría, franciscano también, que con el padre Vicente son los dos capellanes de la Leprosiería. El padre Ignacio es erudito, filólogo y ameno conversador. El me cuenta que la extraordinaria resignación de estos hombres y mujeres que casi alegremente llevan su mal, estriba a que casi todos son andaluces, y, por tanto, son estoicos, pero no con el estoicismo filosófico y pre cristiano, sino con una fortaleza para el dolor y las penas que verdaderamente edifica. El padre Ignacio me lleva a la capilla y me explica que tiene en el Sagrario dos copones. Uno, para dar la comunión a los médicos y los practicantes, y otro, para los enfermos:

—Un día escribiré yo algo—me dice—sobre este copón que sabe tanto de la paciencia y de los dolores de estos pobres enfermos. Luego me explica la tremenda emoción que experimentaba antes al oír cantar a los enfermos en la capilla.

—Verá usted, es que cuando no

existía el Promin y la sulfona «Madre», la lepra atacaba espantosamente a la laringe, y al cantar ellos eran sus voces rotas, voces leprosas e inconfundibles. Ahora ya es diferente, el mal se ataja y muchos se curan. Antes no había salvación.

Salimos a la explanada de este pueblo de espectros. De pronto, un torrente de música invade El Soto: es que han conectado el altavoz. Es un altavoz potente y último modelo que el padre general de los franciscanos ha traído de Norteamérica para regalarlo a El Soto. Como al conjuro de la música van saliendo enfermos con rostros alegres. Unos canturrean, otros silban al compás de la música. También llega un chaval de doce años en quien la lepra ha hecho ya su presa. Todos carecen de cejas, y tienen las manos abultadas, deformes. Estas dos características de la enfermedad se aprecia más en los hombres que en las mujeres. Un enfermo, al saludarme, me tiende su mano. Hay un momento de tremenda tensión que yo salvo dejando caer mi bolso. Me inclino rápida a recogerlo y cuando me levanto un practicante oportuno habla animadamente con el enfermo, que ya ha retirado su mano.

Después traen un acordeón italiano, magnífico, y tocan para mí. También llaman para que me cante flamenco a Miguel Santia-

go, un gitano rico de Córdoba, a quien llaman aquí el «Príncipe Gitano». Me cuentan que Miguel acaba de vender unas viñas y que es muy rumboso con sus compañeros. Miguel va vestido como si tuviese que pasear por una calle céntrica. Lleva un traje gris impecable, una bonita canadiense, camisa de cuello duro, una corbata vistosa, la gorra hacia un lado y un medio puro en la boca. Es simpático, y la enfermedad aun no le ha desfigurado. Habla un andaluz con dejo, pero sin desfigurar las palabras. Al verle tan atildado, le pregunto:

—Miguel, ¿tiene usted novia?

—Tenía una allá en Córdoba, pero cuando cogí este «resfriao» me dejé...

Luego, todos a una, atropellándose casi, me hablan de sus esperanzas de curarse y de que desean ardentemente que funcione ya la Escuela Laboral.

El padre Ignacio me aclara:

—Antes eran indolentes porque sabían que no tenían remedio. Pero ahora, como confían en curarse, les ha entrado la fiebre de estudiar y aprender. Como muchos vinieron de jovencitos y han estado completamente apartados de todo, no saben nada, y ahora quieren tener un oficio para defenderse en la vida.

Ahora pasamos al edificio casi terminado de la Escuela Laboral. Es un local de dos plantas, amplio y bien acondicionado, y en el que se instalarán talleres para varios oficios y aulas para diferentes enseñanzas.

Y por fin bajamos a las granjas. En total hay mil quinientas gallinas, repartidas en proporción de treinta por granjero. Estas casitas granjas han sido hechas con material suministrado por la Dirección de la Leprosaría, y después adjudicadas a los enfermos. Hay una Cooperativa, cuyos miembros todos son lazariños, que se encargan de pedir y pagar los camiones de pienso a la Dirección. Luego, los huevos los venden los propietarios de las granjas, al precio que están en el mercado, a la intendencia de la Leprosaría.

Me dicen que aquí se maneja mucho dinero y que estos enfermos pueden mandar cuantiosos giros a sus familias. Pasamos por una granjita cuyo dueño está en aquel momento dando de comer a sus mallinas. Alguien se extraña y nos dice:

—En esta granja hay otro enfermo—y a continuación pregunta al que vemos—. ¿Pero ahora eres granjero?

—Sí, ¿no lo sabe? Es que el antiguo dueño se ha ido hace unos días con el alta y me la ha vendido a mí.

—¿Por mucho?—inquirimos.

—Por ocho billetes de cien.

—Barata.

—Es que iba muy contento y la ha dado por nada.

De la misma forma cultivan en las huertas hortalizas, que venden también a la Leprosaría. Igualmente tienen economatos, y hasta un alcalde que rige este pueblo, y al que la Dirección elige. Para que todos participen en este cargo, el mandato sólo dura dos meses.

También tienen un taller de planchado, donde hoy los enfermos forman cola para que les planchen sus trajes nuevos porque mañana es domingo.

EL SOTO POR LA NOCHE

La furgoneta se ha averiado y hemos tenido que subir andando a El Soto de noche. En el edificio en obras de la Escuela Laboral han improvisado un teatro y los leprosos se han empeñado en que subamos a ver la representación. Cuando por fin llegamos, El Soto parece un enorme campamento. Han encendido una hoguera para calentarse mientras empieza la función, y a la luz rojiza de las llamas estos rostros cobran la visión perfecta de espectros. Son caras parecidas a la de Lon Chaney en la primera versión de «El fantasma de la Opera». Nos quedamos sorprendidos contemplándolos. Alguien dice:

—Las primeras impresiones aquí son terribles.

—Todo es acostumbrarse, como en la guerra—dice otro.

Y el primero que habló vuelve a decir:

—Sí, pero esto es peor que la guerra, esto es el infierno.

Yo discrepo por un momento de la opinión del joven. No, el infierno, no, ¿por qué? Estos enfermos están alcanzando el cielo con sus dolores y con su resignación.

Dentro del local del improvisado teatro vemos a José María Tatay, que está de director y me explica que una sola hermana que tenía la ha perdido con su enfermedad, pues ya la muchacha, por miedo al contagio no quiere tratarle, aunque le den el alta. Se ha hecho técnico de radio por correspondencia y piensa perfeccionar sus conocimientos en la Escuela Laboral.

Con insistente cortesía, José María me ofrece su silla para que cómodamente pueda ver la función. Según dicen, nadie debe sentarse en la silla de un leproso, pero yo no puedo rechazarla. ¡Dios me libraré! Espero que representen alguna pieza de humor, pero no ocurre esto, sino todo lo contrario, y en el escenario los enfermos viven las trágicas escenas del melodrama «El soldado de San Marcial». Me extraño de ello y un médico me explica que a estos enfermos les gusta y atrae todo lo trágico y morboso.

En los entreactos la orquesta de El Soto toca ritmos modernos. Los componentes de la orquesta están impecables dentro de sus chaquetas blancas, que recuerdan la etiqueta filipina. No tienen cejas, pero el pelo lo conservan lustroso y bien planchado. Cuando tocan hay en sus ojos una enorme pena y nostalgia; y es que sobre la alegría de música y canciones se adivina aquí siempre la tragedia íntima de estos hombres dolientes.

Al terminar, y cuando ya hemos recorrido un buen trozo de carretera, encontramos a un jovenzuelo. Su voz no cae en la noche con un eco triste. Suena a alegría verdadera cuando canta:

«Tú eres pa mí la gloria,
tú eres la gloria, oí,
tú eres la gloria...»

—¿Contento?—le pregunto.

—Es que me dan el alta dentro de dos días. El Promín me ha curado.

Cuando vuelvo a mi alojamiento tengo que pasar por un puente que cruza el río. A los lados, dos cerros pelados están hoscos y negros con sus enormes jorobas taladrando la noche. El río corre en un ruido acompasado y tenebroso. El paisaje me parece ahora trágico: Es que Trillo sin la luz del sol es así terriblemente trágico, como sus habitantes.

LA ESPERANZA DE TRILLO

Ha llegado por fin de Madrid el director, don Manuel Suchs. Con él el departamento sobre la eficacia del régimen de colonos para estos enfermos, y me dice que tal como está implantado aquí no existe en ninguna leprosería del extranjero. También me explica que además de pagarles todos los servicios que prestan en la Leprosaría los enfermos perciben también los Seguros de Invalidez y de Vejez. Luego me habla entusiasmado de sus proyectos de reeducación y de la labor social que preparará a la Leprosaría la Escuela Laboral. Esta Escuela estará sometida al régimen general del Estatuto de Formación Profesional vigente, y las enseñanzas se desarrollarán en cuatro cursos de diez meses de duración, correspondientes a los períodos de orientación, aprendizaje, especialización y perfeccionamiento profesional, y al término de los estudios se expedirá el certificado de aptitud profesional.

El doctor Suchs habla de sus enfermos con un cariño que emociona, e igual su esposa, que dedica su tiempo libre a confeccionar prendas de punto para las leprosas. Los dos parece que han consagrado sus desvelos ya en el declive de la vida a estos enfermos del terrible mal.

Se acabó. Mañana nos vamos, y hablo en plural porque el padre Ignacio tiene que ir a un convento de Madrid y me acompañará en este viaje.

Cuando al día siguiente dejamos la Leprosaría, son las seis de la mañana. La furgoneta nos conduce a Trillo para tomar el coche de línea. Ahora, a pesar de esta madrugada livida no encuentro al pueblo tan desolador como a mí llegada. Y capto la belleza de sus casas colgadas sobre el río, a semejanza de la encantada Cuenca.

Si me guardaran el secreto, diría que llevo un poco de pena al dejar este mundo de Trillo donde el dolor purifica. También llevo miedo de haber escrito todo lo que he visto ¡Y, por Dios, que EL ESPAÑOL no llegue a la Leprosaría! Todas mis amigas y mis amigos los leprosos no me perdonarían nunca el que les haya llamado de esta manera. Yo les quiero de verdad, pero no tenía más remedio que expresarme así.

Al subir al coche me asalta un último pensamiento.

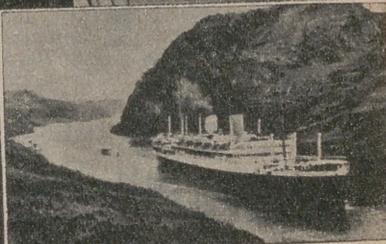
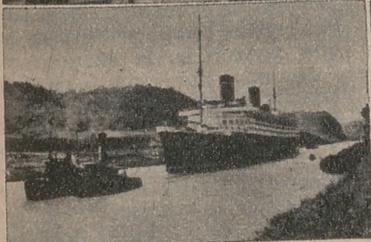
—Padre Ignacio—digo—, ¿no cree usted que en Madrid habrá mucha gente que ya no me quedará saludar dándome la mano?

LA REVISION DEL TRATADO DEL CANAL DE PANAMA

Entrada al Canal por el puerto de Balboa, en el Pacifico



EL «RURALISMO» EN LA ECONOMIA PANAMEÑA CREADA EN TORNO AL CANAL Y LA ZONA



LA CURVA DEL GRANDE OCEANO ES UNA RIBERA DE LUCES Y COLORES

HA vuelto a la actualidad la revisión del tratado del canal de Panamá. El viaje a Washington de una Comisión presidida por el ministro de Asuntos Exteriores de Panamá, don José Ramón Guizado, ha puesto de relieve todo el interés de los panameños cifrado en torno al Canal. El telegrama cursado por el Presidente coronel Remón a los comisionarios, es terminante: «No queremos millones, ni limosnas, queremos justicia».

Vuelve a removerse un viejo expediente, que ha sido el caballo de batalla de todas las campañas políticas de los Presidentes panameños. Hace más de dos años que la Prensa panameña viene reflejando en sus páginas todo un estado de opinión. Anteriores Jefes de Estado y ministros de Asuntos Exteriores hicieron surgir de sus archivos todo lo concerniente a los tradicionales deseos de revisión del actual tratado, para justificar con datos ante los lectores, cuál había sido su gestión. Por encima de los distintos partidos políticos, con sus matices diferenciales, la empresa revisora se hizo popular.

LOS «RURALISTAS»: PANAMA NO LO ESPERA TODO DEL CANAL

Frente a este estado de opinión, se alza un nuevo criterio joven, mantenido por escritores e intelectuales. Es el de no esperarlo todo del Canal, ni del arrendamiento. Son los que piensan a fondo en la colonización del país cuya vida se orientó principalmente en los beneficios del Canal y de su Zona. A este movimiento, sus partidarios le llaman «ruralismo» y en el que llevan la voz cantante, escritores jóvenes de tanto prestigio, como Ramón H. Jurado, José María Sánchez, Rodrigo Miró, Gil Blas Tejeira; pintores como Eudoro Silvera y el compositor De Castro.

Esta tesis—mantenida en «La Estrella de Panamá» y «Panamá-América»—sostiene que la economía panameña no debe girar exclusivamente en torno a las dos ciudades de los accesos al Canal, Colón en el Atlántico y Panamá en el Pacifico, inmediatas a las dos ciudades de la Zona, Cristóbal y Balboa. Sus argumentos

más firmes son la falta de explotación de sus fuentes naturales de riqueza y en los ejemplos estimulantes donde se ha demostrado el rendimiento de los cultivos y la cantera inagotable de regiones forestales casi inexploradas como el Darién. Los naranjales de Cerro Campana y los cultivos del Boquete de Chiriquí evidencian esta afirmación.

LA CIUDAD DE PANAMA

Después de haber cruzado América del Norte desde Canadá hasta Miami y haber volado en medio de una fuerte tempestad sobre el Golfo de Méjico, Panamá nos brindaba la hospitalidad generosa de su hidalguía. Pisábamos la tierra firme donde llegó Colón en su cuarto viaje, remontando las Bocas del Toro. Por allí se encaminó Vasco Núñez de Balboa, para el descubrimiento del Mar del Sur, en la más genial aventura que conocieron los siglos y que embelleció el romance de la princesa india Anayansi.

Recostada en la inmensa bahía que tiende su arco en el Pacifico, entre Punta Mala y el golfo de

San Miguel, para abarcar el archipiélago de Las Perlas, la ciudad de Panamá vive bajo las copas de las enormes ceibas. Toda la curva del Grande Océano, es una ribera esmaltada de luces y colores.

Barrios residenciales de moderno trazado por Bella Vista y El Cangrejo. Calles de reminiscencia española con sus amplios balcones. Zonas urbanas de apretada humanidad, patios ruidosos y chillones, con gentes de pelambreira rizosa y piel morena en el «Chorrillo» y Calidonia, donde se instalaron los que fueron para trabajar en las obras del Canal desde la isla de Jamaica. La Avenida Central, abigarrada y cosmopolita, con bazares y gentes de los siete mares. Las torres gemelas de la catedral y las ruinas de iglesias y conventos, con el famoso arco chato única en su género. La Avenida del Tivoli—una acera panameña y otra de la Zona del Canal—y sus transversales J y K, ruidosas de cantinas y apuestas, frente al zoco permanente de la calle de «Sal si puedes». Los parques, de árboles copudos con revuelo de golondrinas, donde se conversa de lo divino y de lo humano, con antigua afición mediterránea, de foro y de ágora.

Dominándolo todo, como índice fundamental, el suave acento, y el color moreno de las gentes. Y el espectáculo, único, de las inmensas mareas del Pacífico, los rápidos crepúsculos de contraste violento en el horizonte y la flora del trópico como un presente de la selva.

PUENTE DEL MUNDO

Al lado mismo, junto a la Avenida del Tivoli, comienza la Zona del Canal. Ancón, a la falda del cerro y Balboa, el puerto del Pacífico. La historia del Canal, nos sale al paso, a cada momento: En el mismo paseo de las Bóvedas, a lo largo de la bahía, o con el monolito a los héroes de las primeras obras, los monumentos y las lápidas. Allí está escrita toda la historia en brillante y emocionado estilo por el rector y fundador de la Universidad don Octavio Méndez Pereira. Buen lu-

gar para seguir paso a paso el Canal, en el tren, la carretera trastiástica o en barco. De todas formas lo conocí. Cada uno con sus encantos. En el tren, por la belleza de los esteros, en automóvil, por poder hacer alto en el camino de Cruces, hoy devorado por la selva y por el que se hacía todo el tráfico antes de la construcción del Canal entre las dos riberas y a bordo de un barco, por subir y bajar niveles en las tres esclusas y seguir a lo largo del Corte Culebra.

Panamá, «Puente del Mundo», «Corazón del Universo», lo debe todo al Canal. Mejor dicho a su privilegiada situación en la esfera—desde los tiempos de España—como cruce y pase obligado para ir al Perú y lo mismo cuando la fiebre del oro de California en su perpetuo valor de comunicación intercontinental y estratégica. España, después de tantas exploraciones para buscar un paso entre los dos océanos, ya piensa en la rotura del istmo en 1529, con el estudio concienzudo de Alvaro de Saavedra y posteriormente, en 1771 y 1787.

LA HISTORIA DEL CANAL Y SUS TRATADOS

Proyectos e intrigas en torno al Canal llenaron todo el siglo XIX. El Congreso de Colombia hizo la primera concesión para construirlo al barón Thierrri en 1835. En 1838, la concesión pasa a la Compañía General Francesa. La resolución del mismo y el monopolio para la construcción recayó en 1878, en el proyecto Wise, quien traspasó la concesión a la Compañía Universal del Canal Interoceánico, fundada y presidida por el ilustre Fernando de Lesseps.

Los trabajos emprendidos en 1880, fueron suspendidos en 1888 por quiebra de la Compañía. De aquí parte esta polémica actual sobre invocación de derechos por parte de los panameños. En 1894, surge la Compañía Nueva del Canal, que cesa en 1895. Panamá se independiza de Colombia en agosto de 1903 y el 1904, los Estados Unidos, se hacen cargo de las obras. El 3 de agosto de 1914, el

«Ancón», vapor de bandera norteamericana, atraviesa el Canal.

En virtud del tratado Thompson-Urrutia, entre los Estados Unidos y Colombia, los primeros pagaron a esta nación la cantidad de veinticinco millones de dólares por daños y perjuicios con motivo de la separación de Panamá y por los derechos que tuviera sobre el Canal.

Panamá recibió diez millones de dólares por todos esos derechos como sucesora de Colombia.

A la Compañía francesa le fueron compradas sus propiedades por cuarenta millones de dólares.

A la citada Compañía le habían costado las obras doscientos millones. En concepto de peajes en el Canal y ventas en los comisariatos de la Zona, en los cinco años transcurridos desde 1947 a 1952 Norteamérica ingresó la cantidad de doscientos cincuenta y dos millones tres mil setecientos treinta y un dólares. En ese mismo tiempo el arrendamiento del Canal y su Zona han producido a Panamá cuatrocientos treinta mil dólares.

A LO LARGO DEL CANAL Y DE LA ZONA

Como en un itinerario sentimental siguió a lo largo del Canal el proceso de su construcción desde la plaza de Francia, donde se alza el obelisco conmemorativo de los que cayeron en la empresa.

Las ocho horas que se tarda en cruzar el istmo en barco son suficientes para saciar el interés que despierta la genial obra de ingeniería. Los «ferrys», las enormes esclusas de Pedro Miguel y de Gatún, la represa Madden para abastecer de fluido a toda la enorme maquinaria, las «mullas», máquinas que tiran de los cables de los barcos; el tremendo corte de Culebra, el lago Gatún y el río Chagres, junto a cuya desembocadura se alzó el fuerte de San Lorenzo. Un subir y bajar de niveles desde el puerto de Balboa, en el Océano Pacífico, junto a Panamá, hasta Cristóbal, en el Atlántico, inmediato a Colón. Y es una sensación inédita, cuando al bajar los niveles, nos sentimos caminar en el tajo producido por la mano del hombre entre las dos riberas. La vida quedó allí arriba, y vemos a las gentes moverse por los andenes laterales mientras nosotros nos vamos hundiendo.

Pero pronto cambia la impresión y ahora es al revés. El barco se va elevando; ahora parece navegar entre pantanos o por la espesura de la jungla. La carretera, a lo largo del Canal, al atravesar el istmo, se hace inolvidable. A veces se acerca el ferrocarril, el tercer medio que pone en comunicación las dos riberas. Las casas de madera dan con su trazado colonial una estampa del trópico. En ellas viven los funcionarios del Canal—unos 45.000 ciudadanos de los Estados Unidos—.

Cinco millas de profundidad a cada lado de la ruta interoceánica: la Zona es esa estrecha faja de tierra, que se divisa a uno y otro lado del agua, arrendada por



Soldados yanquis y panameños presencian la llegada de un buque al muelle de Cristóbal

noventa y nueve años. Detrás de esta tierra están los potreros con más de 25.000 cabezas de ganado.

A la izquierda queda la esclusa de Miraflores con su puente giratorio, que cruza los dos brazos de agua del Canal. Dejamos a nuestra espalda el «ferry», tan utilizado como el puente metálico. El declive de la cordillera al doblar el Cerro del Oro, el famoso Corte Culebra, tiene varios kilómetros de longitud, y más de noventa metros de anchura. Sobre nosotros la selva; una reserva forestal en la Zona donde el verde se hace más intenso, y los corpulentos árboles treznan sus ramas entre sí mientras las lianas que llenan todos los espacios parecen subir al cielo. Y las raíces de los manglares parecen una decoración daliñiana.

Al llegar al río Chagres nos hallamos ante la represa Madden, doce millas más arriba de la confluencia del río con el lago Gatún y cercano al poblado de Alhajuela. Gigantesca obra de ingeniería con cuatro compuertas que basta para abastecer de energía eléctrica todas las instalaciones del Canal. Treinta mil kilovatios-hora suponen muchos kilovatios al día. El agua encerrada en el embalse ocupa una superficie de 1.092 kilómetros cuadrados. El volumen obtenido como reserva de agua a nivel normal es de 660.000 millones de metros cúbicos.

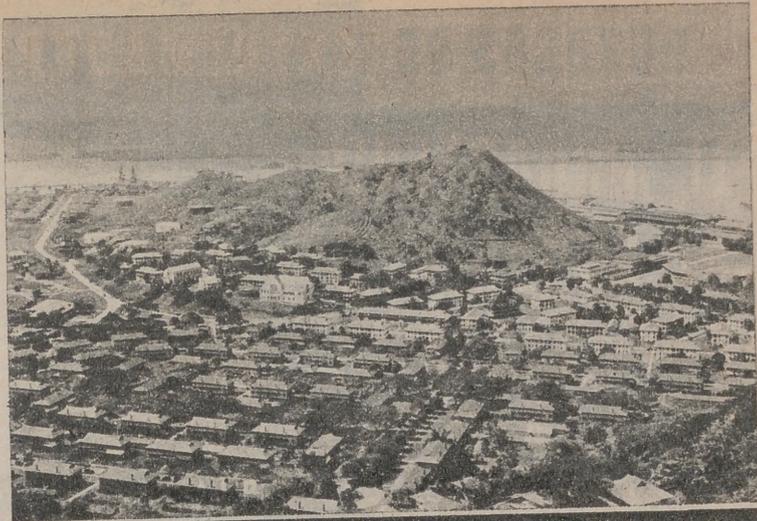
PERIS MENCHETA EN VIGOR

Al construirse el Canal vino por aquí el ilustre periodista barcelonés don Francisco Peris Mencheta, que escribió «De Madrid a Panamá».

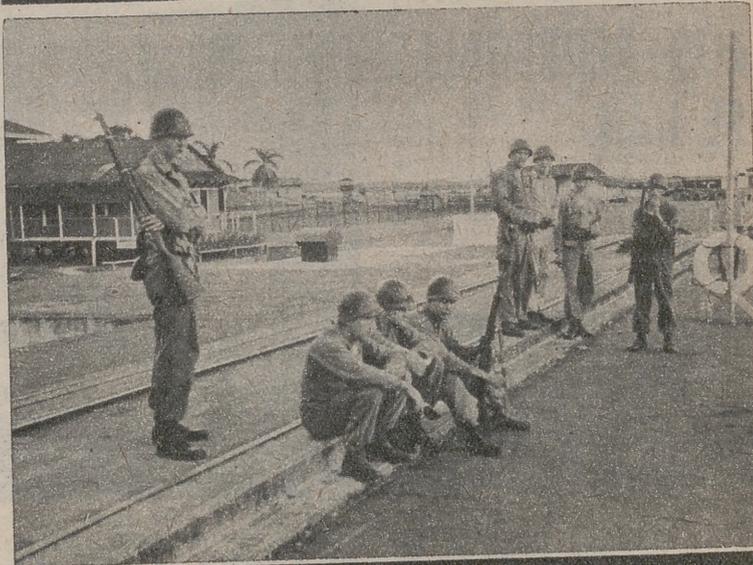
Aquello se debió a un noble gesto del prócer español don José del Campo y Pérez, marqués del Campo. Fué en 1886, cuando los trabajos del Canal, comenzados en 1881 llegaron a causa de la insalubridad del clima, y por fallo de los cálculos, a hacer temer la bancarrota, y cuando Fernando de Lesseps, el genial realizador de los mismos, hubo de trasladarse desde París a Panamá, a pesar de sus ochenta años de edad, para ver si su presencia podía remediar la situación.

Fueron invitadas para acompañarle representaciones de diversos países, España quedó excluida. El marqués del Campo, herido en sus sentimientos patrióticos, fletó el mejor de sus barcos para enviar una Comisión que pudiera informar a España. Marineros, militares, ingenieros y médicos formaban la expedición. Y con ellos, el cronista don Francisco Peris Mencheta.

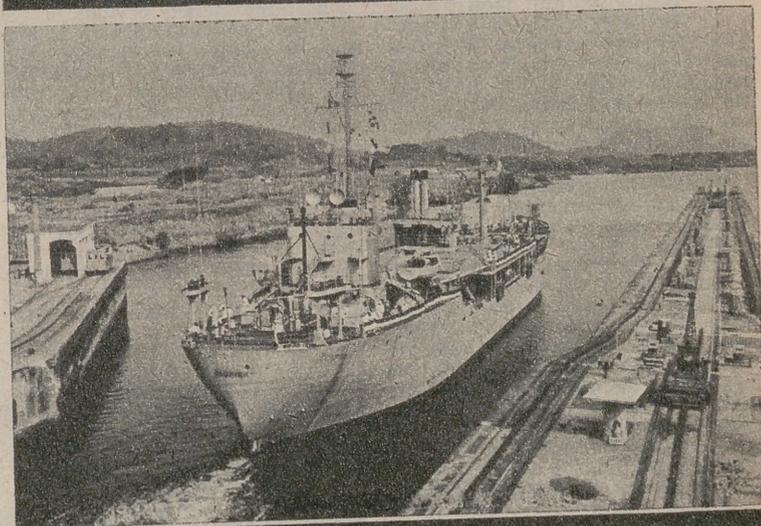
El «Magallanes» zarpó del puerto de Vigo el 10 de marzo de 1886. Sesenta y siete días duró la navegación. Puerto Rico y Cuba, fueron escalas donde el agudo periodista supo captar el ambiente para reflejarlo en su libro. Todas las jornadas fueron estudiadas minuciosamente, así como el



Vista aérea de Balboa, en la zona del Canal



Soldados norteamericanos de vigilancia en el Canal



Un barco francés efectuando la travesía del Canal

resultado de las obras, donde supo profetizar el resultado de la liquidación judicial de la Compañía del Canal.

Hoy, cuando se habla de la posibilidad de nuevos canales a nivel por Nicaragua y Colombia, desde el golfo de Urabá a lo lar-

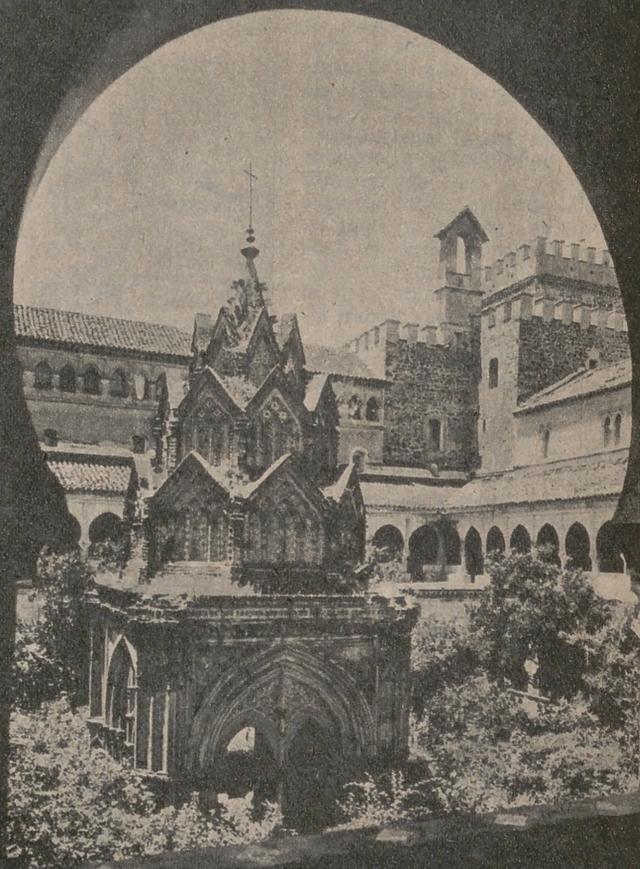
go del río Atrato, hasta el golfo de Cupica, en el Pacífico; cuando está sobre el tapete la posible revisión del tratado, el libro «De Madrid a Panamá» tiene la vigencia y la actualidad de un libro de consulta.

José DEL CASTILLO

EL MONASTERIO DE GUADALUPE, SANTUARIO DE LA HISPANIDAD

EN MIAJADAS, LOS PEDREGALES SE HAN CONVERTIDO EN VERGELES

Castañares y ganaderías frente a la sierra Mariánica



YA estamos en el monasterio de Guadalupe, como uno de tantos turistas que lo visitan al año, atraídos por mil motivos; tengo entendido que cada temporada visitan el santuario y el pueblo muy cerca de las 30.000 personas, que vienen, visitan el monasterio, comen en la hospedería y se van, haciendo todo en un día, aunque algunos apuren los tres que permite el Reglamento, y unos pocos prolonguen su estancia aprovechándose de la artimaña de despedirse y volver a entrar. Entre los visitantes extranjeros, los que más abundan son los franceses, que, como es sabido, hacen un turismo barato. Entre los americanos acuden más estadounidenses que hispanoamericanos, fenómenos que ya comprobé en Trujillo. Entre los españoles, los que más vienen son los de Badajoz y los de Cáceres, Ciudad Real, Córdoba y Toledo. La mayoría echan un vistazo relámpago. Un fraile lo define como «turistas embalados». Muchos van al monasterio con motivo de unas bodas, que aquí se celebran al año de 60 a 70, festejándose luego con un infalible e inefable banquete, en la hospedería, al que asisten corrientemente de 50 a 80 comensales.

Existe una hospedería real, que se fundó en 1485, y hay que cumplir la tradición, aunque, según tengo entendido, a los frailes bien

les placiera que se construyese un parador en el pueblo y les librase a ellos de la servidumbre de las comidas, que no debe ser leve, a pesar de que para estos menesteres tienen criados.

Ya no hay jerónimos en el monasterio, sino franciscanos, que vinieron a conservarlo a fines del año 1908. Pertenecen a la provincia bética de su Orden, y eclesiásticamente a Toledo. Son 40 en total, entre sacerdotes y estudiantes de un Seminario franciscano que han fundado aquí. Casi todos son naturales de la región o de las provincias del Norte.

Como buen turista, ahora debería hablar de la aparición de la virgen a Gil el vaquero en 1317,

de su intervención en la batalla del Salado, cuyo ganador—Alfonso XI—le mandó construir una iglesia mayor; del Priorato secular; del Priorato regular, bajo los jerónimos; de Enrique IV, cuya momia, recientemente descubierta, fué estudiada por Marañón y se encuentra detrás del retablo de la iglesia; del paraíso de los Reyes Católicos, del bautizo de los primeros indios, del claustro mudéjar, de la sacristía, del museo de miniaturas y bordados, de la pajarera, de la acemilería y de tantas otras cosas y detalles, que los buenos extremeños me reprocharían si no mencionase, porque todas son únicas en el mundo y dignas de elogio; pero yo, sintiéndolo mu-



Vista general del monasterio

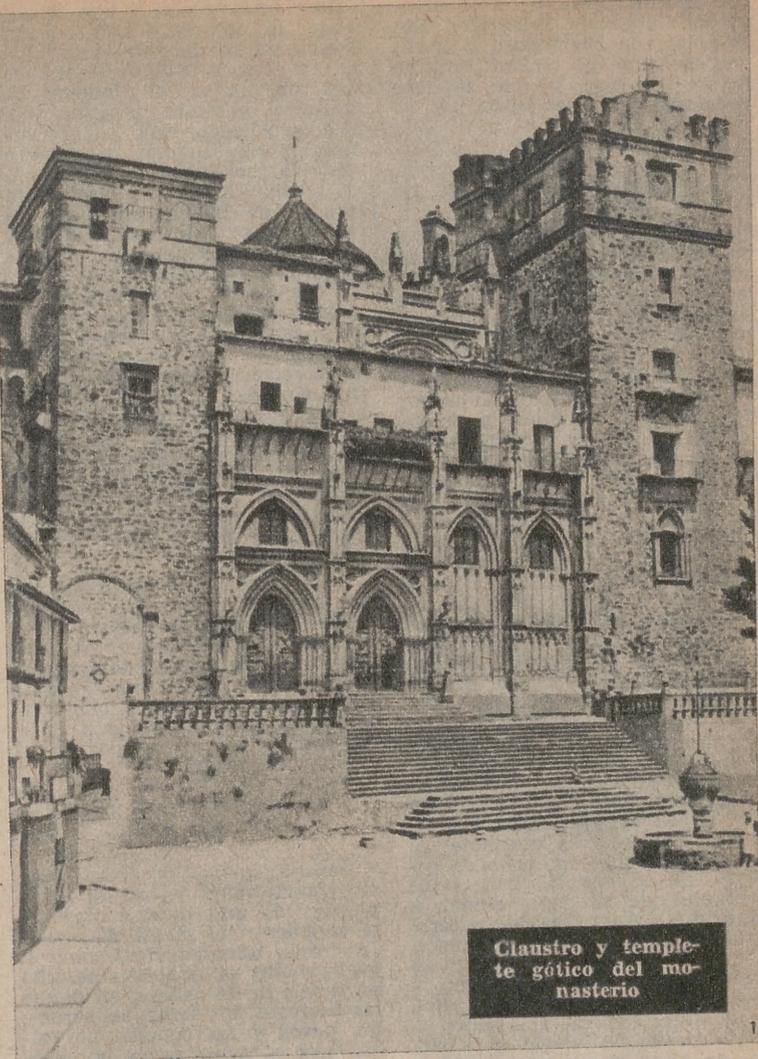
cho, tengo que hacer como esos «turistas embalados» de que me hablaba el fraile.

En el fondo coincido íntimamente con los frailes. Me interesa, sobre todo, el eterno tesoro del monasterio, su Virgen. Ante su rostro ennegrecido por el tiempo y el humo de tanto cirio piadoso, me rindo henchido de fervorosa emoción. Si he de ser sincero, no sabría añadir otra sensación ni observación alguna, a no ser la noticia, a estas horas ya vieja, de la inauguración de su sexto Trono, costeado en su mayor parte por suscripciones populares y hecho en los talleres madrileños de Félix Granda Betancour. De los cinco Tronos precedentes, los cuatro primeros fueron donados al Estado para hacer frente a necesidades de la Patria, y el último fué robado por la horda francesa. En la composición de este Trono, que se inauguró el pasado 12 de octubre, entró los metales más ricos, intervienen la plata, el oro y las piedras preciosas, habiendo sido adornado con infinidad de esmaltes representativos de escenas religiosas y de la historia de la imagen.

LOS CANTAROS DE COBRE

Al entrar en el monasterio, el fraile que me recibió me dijo que, aun en recorrido rápido, no tardaría menos de cinco horas en dar un vistazo a todo; la verdad es que ni cinco, ni diez, ni veinte horas bastan para percatarse de lo que aquí se guarda con mimo exquisito. Como no bastan para visitar el pueblo, que, agrupado en torno al santuario, a cuyo calor se fundó, tiene su plaza Mayor delante de la fachada principal. En medio de esta plaza Mayor hay, como en la de Trujillo y en la de Logrosán, una fuente, a la que acuden las mujeres a por agua. Si la de Logrosán se caracteriza por sus ciertos caños y sus largas cañas, que las mozas enchufaban a sus cántaros, la de Guadalupe se distingue por los recipientes que las mujeres usan para acarrear agua. No se trata de unos vulgares y quebradizos cántaros de barro, sino de unos estupendos cántaros de cobre, que, eso sí, conservan la anforiforme gracia que lucen todos los de la provincia de Cáceres. En cada casa de Guadalupe hay un cántaro de cobre, por lo menos como en Logrosán hay una larga caña. Y lo hay, a pesar de que hoy día cuesta el que menos 50 duros, porque toda madre que se precie de bien, cuando se casa una hija, tal vez no le dé ajuar, pero siempre, siempre, le regalará dos cántaros de cobre. Es la costumbre. Y si puede, también le dará un brasero del mismo metal.

Si se preocupan tanto por los cántaros en Guadalupe no es porque escasee el agua, que, gracias al espíritu previsor de Toribio Fernández de Mena y de su curiosísima «arca de agua», corre en abundancia, sin que falte nunca a los hombres, a las bestias y a las huertas. Si prevalecen en el pueblo los cántaros de cobre, como también las ánforas, calderos, braseros y otros utensilios, se debe a que hay una floreciente industria artesana del



Claustro y templo gótico del monasterio

cobre vinculada a los apellidos Sierra y Collado. A pesar de que ya no existe el martinete que antes laminaba el cobre, todavía en buen uso en 1850, según Madoz, la industria no ha decaído, pues el turista se lleva muchas ánforas y cántaros como recuerdo, lo que, entre otras causas, trae consigo que en el pueblo haya más comercio de lo que debiera en relación a su vecindario.

UNA RED DE AGUA POTABLE DEL SIGLO XIV

La mencionada «arca de agua», que abastece al monasterio y a la Puebla, no es de cobre, sino de barro y piedra viva, y es una grandiosa obra de fontanería del siglo XIV. Está en las laderas de la primera Villuerca, a cinco kilómetros del lugar, y la realizó hacia 1350 ó 1353 Toribio Fernández de Mena, segundo prior secular del santuario, treinta años después de que se apareciera la Virgen, gastándose en su construcción más de 30.000 doblas de oro. Según fray Acemel, fué necesario horadar la sierra, cavar galerías en busca de los veneros, construir arcas para depositar el agua y extender una cañería de barro por debajo de Miramontes. Tan original y maestra obra fué una de las cosas que más admiró el barón de Romisthal, cuñado del Rey de Bohemia, cuando visitó España en 1465. En el siglo XVI, el maestro Alonso de Placencia la amplió y perfeccionó.

Hoy día, tras seis siglos justos de servicio, se trata de reconstruir, para lo que hay dos consignaciones.

Me acerco a la fuente a charlar con una de estas mujeres de los cántaros. Una de ellas se apellida Sierra. Esto es, pertenece a una de las familias que trabajan el cobre. Me da de beber un agua potable muy buena y luego me lleva a su casa. Se cree que soy un turista y que le voy a comprar un cantarino. Vive en una calle en cuesta que baja de la misma plaza a no sé dónde. Es una rúa típica, con amplios balcones y miradores voladizos de madera, resguardados a veces por un tejadillo de tejas. La calzada está empedrada y tiene unos soportales con pilastras o columnas de madera. El conjunto de la Puebla de Guadalupe es bastante singular y se distancia mucho de la corriente fisonomía de los pueblos cacereños. Se achacará a su ambiente serrano, pero tan serrano como éste es Montánchez (que visitaré dentro de poco) y no se separa tanto de la línea general extremeña.

La Puebla de Guadalupe, situada junto al monasterio, en la falda meridional del cerro Altamira, de la sierra de las Villuercas, se recorre pronto. Es un Municipio pequeño, cuyos vecinos no llegan a las 4.000 almas (3.900 exactamente), que en los últimos años sólo ha aumentado en unos 500 habitantes. De edificios nuevos sólo oigo hablar

del Ayuntamiento y de la oficina de Correos y Telégrafos. Sin embargo, no tiene paro y hasta absorbe una población flotante de 50 personas, lo que se debe seguramente a las castañas.

LOS ARBOLES, PRINCIPAL RIQUEZA DE GUADALUPE

Guadalupe vive en gran parte de los castaños y de las castañas, aunque también posea, aunque sólo sea potencialmente, minas de hierro, plomo, fosfato y manganeso y canteras de pizarra. Esto es, en su suelo quizá se esconda un tesoro, como se escondió durante seis siglos la Virgen traída por San Leandro de Roma y descubierta por Gil el vaquero, y como se esconde el río que a todo da nombre, que Guadalupe significa «río escondido» en árabe. Pero, hoy por hoy, su principal riqueza no anda por debajo del suelo. La suya es una economía forestal que don Eusebio González ha transformado en una industria moderna, basada fundamentalmente en un castaño de 600 hectáreas, antigua finca de la Casa Riscal, que, al venderse, se tasó en tres millones de pesetas y que al poco tiempo valía 30. Eusebio González, empezando con un contrato de tala de castaños, hace ahora toneles, muebles, adereza aceitunas, produce electricidad y mueve un voluminoso y creciente capital de muchos millones de pesetas, en el que la madera de castaño, que se suele enviar a Madrid, tal vez sea la materia prima esencial. Por lo menos, ahora lo es en Guadalupe y en manos de Eusebio González, si bien desconozco el tiempo que predominará el castaño sobre la flora de Las Villuercas y la sierra de Altamira, ya que el Matorero de Mérida, que tiene intereses por todos estos pueblos, como ya se vió en Logrosán, está haciendo una repoblación forestal a base de pines y eucaliptos en La Raña, a 12 kilómetros del monasterio.

Aparte de los abundantísimos y variados frutales—cerezos, ciruelos, claudias y melocotoneros, que ya describiera el padre prior Gabriel de Talavera en el siglo XVI—, en el término guadalupano hay además «copiosas olivas», como él decía, hasta el punto de que en la actualidad producen 600.000 kilos de aceite al año, por lo que posiblemente sea ésta la segunda riqueza del pueblo, y, como se ve, también arbórea. Por lo demás, no falta el vino por estas tierras de Santa María, y el ganado cabrío trisca por las montañas y sus peñas, en cuyas hondonadas paca sosegadamente el vacuno, y el de cerda se encnaga en las charcas.

En Cáceres, como no hay mar, abundan por doquier para la cría y conservación del pescado o «pesca», según dicen aquí. Hasta en el mismo monasterio, en el huerto de la «Pajarera», los buenos frailes poseían estanques para esta industria, que no puede tenerse en menos, ya que en los años corrientes hay quien gana 25.000 duros a la temporada criando y pescando tencas en las charcas de uno de los pueblos de Cáceres.

Con unas cosas y con otras, tengo la impresión de que en Guadalupe se debe de vivir bien. Ya en el siglo XV los jerónimos supieron resolver el problema de la tierra, y ahora, preguntándole a su Alcalde, Luis López Cordero, si hay alguno, se echa a reír. No, no deben sufrir ninguno grave. En 1945 se discutió la reforma del pueblo, que tiene, ya lo dije antes, un comercio muy próspero y dos cines, en vez de uno que había antes. El cine no ha desplazado, sin embargo, la vieja costumbre de la becerrada, en la que participa todo el mundo una vez que están recogidas las cosechas; como tampoco el «bahiao» de «Ana» ni el «panjanmon», traídos y llevados por las radios, cada vez más abundantes, no han acallado los tradicionales villancicos que se cantan en Nochebuena por las calles del pueblo desde la lejanísima época de los frailes jerónimos.

A la caída de la tarde salimos del pueblo Orgaz y yo, bastante más silenciosamente que saliera el general carlista Gómez en 1826. Vamos en dirección a Miajadas y Montánchez, por lo que durante 56 kilómetros tenemos que desandar lo ya corrido hasta Zorita, volviendo a cruzar por Cañanero y Logrosán.

CAMPOS Y PUEBLOS EXTREMEÑOS

Resulta curioso observar cómo se transforman y varían estos pueblos de una hora a otra. Si se atraviesan al medio día, parecen como abandonados, como si los hombres se hubiesen perdido en medio de la dehesa, en donde los borregos, los toros, los cerdos, los pavos y los conejos no faltan nunca. Acaso se ve un viandante o un pastor sentado en la cuneta del camino. También se presiente a los carboneros por la humareda que levantan a lo lejos quemando la leña. Pero lo que predomina en el campo extremeño durante el día es la bestia: el toro, el borrego y el cerdo. En cambio, al oscurecer ya es otra cosa. Los caminos se llenan de carros, de mulas y de bicicletas, de hombres, que regresan del campo con el hato vacío al hombro y la carga de hierba. En las afueras de los pueblos, las parejas de novios y las jovencitas en edad de presumir, y ya dentro de las calles, las viejas y las ma-

tronas, sentadas en los trancos de las puertas o en sillas de anea, pelando patatas, desmochando verdura o desgranando maíz. Y en mitad del arroyo, cerrando el paso, la mocina en compactos escuachones y la chiquillería que juega a los toros y al «F. B. L.»

Así encontramos a Zorita. A duras penas, tras muchos bocinazos, llegamos a una gasolinera, en donde nos detenemos para hacer repuesto. No está el encargado. Llamamos y viene corriendo. Mientras echa la gasolina al coche le interrogo, pero no está para conversaciones. Alterna el despacho de carburante con la albañilería, y por atendernos a nosotros ha dejado un tabique a medio rematar.

Zorita es un pueblo grande. Tiene unos 7.000 habitantes, que se dedican a la agricultura y a la cría de ganado. También hay fábricas y talleres. Si él tiene prisa, nosotros mucha más, y seguimos carretera adelante por un terreno casi llano, con reguercos y barrancos. Atravesamos Alcollarón, dejamos a un lado Abertura y a otro El Campo, pesamos por Escorial y poco después llegamos a Miajadas.

LOS PEDREGALES DE AYER SON LOS VERGELES DE HOY

La gente de Miajadas tiene fama de valiente y de trabajadora. Lo de valiente lo demostró el héroe de Valer, don Saturnino Martín Cerezo, natural de aquí, en cuyo Ayuntamiento se guarda su bayoneta, y los voluntarios que lucharon en nuestra Cruzada. Lo de trabajadora lo está proclamando a ojos vistas la tierra estupidamente labrada del término, que hace un siglo, según Modcoz era de mediana e infima calidad, de secano y con peñascos de piedra berroqueña común. Pero los infatigables miajadeses, a fuerza de pico y azadón, han convertido los campos de piedras y retamas en fertilísimas huertas, transformando los contornos del pueblo en un verdadero oasis.

Tan extraordinario entusiasmo por la tierra tal vez se deba a que no tienen ninguna afición por la mecánica. En Miajada no hay ninguna industria, apenas uno o dos talleres mecánicos, y la poca artesanía que prospera es la que está relacionada con la agricultura, como ocurre con la carretería, herrería y guarnicionería. Y como quiera que han de vivir 10.000 almas, en todo el término unas 12.000, y la población sigue creciendo desde la guerra a esta parte en unas 2.000 personas, los miajadeses se entregan de lleno a la tierra, con la que hacen verdaderos milagros y alardes de productividad, porque si bien no vienen muchos forasteros (la población flotante no llega a 25 individuos), los miajadeses no se van ni a empujones, y eso que, con su fama de trabajadores y excelentes obreros, reciben muy buenas ofertas, sobre todo de Badajoz.

AHORRAR Y TRABAJAR

La vida del miajadeses se reduce a dos cosas. a trabajar y a ahorrar. A ahorrar y a trabajar.

TODO EL PANORAMA DE LA POESIA CONTEMPORANEA EN

"POESIA ESPAÑOLA"

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración: Pinar, 5. — MADRID



Panorámica de
Miajadas

En realidad, los dos afanes persiguen un solo fin: mejorar de condición, tener un hogar, hacerse ricos. Cuando se casan, procuran reunirse cuatro o cinco parejas para celebrar la boda y el convite juntos, pues así la iglesia, la música, los dulces, les sale bastante más barato, casi de balde. Suelen pagar de 20 a 25 duros entre todo. Por lo que se ve, se deciden a ahorrar desde el principio. Al día siguiente de la boda, como quien dice, buscan el modo de hacerse con un solar, en el que en seguida empiezan a construirse una casita, su hogar, que a lo sumo tarda diez años en acabarse.

Esta gran afición del miajadeño por poseer una casa propia, de la que nadie pueda echarle, hace que en el pueblo se edifique mucho y que de la guerra a esta parte haya variado mucho su fisonomía. Se ha construido por iniciativa particular un 30 por 100 de la población actual.

Y ya con su hogar en gestación van haciendo poco a poco una heredad, a costa de sacrificios, de no pisar el café ni la taberna (negocios ruinosos en Miajadas) y de no ir al cine, que sólo hay uno, mientras en Guadalupe, con la mitad de habitantes, hay dos. En fin, que no descansan ni paran un momento, trabajando de noche con la luna, procurando concluir cuanto antes todo el que tienen entre manos. En el agosto se pagaron jornales de 18 y 20 duros.

LA RUEDA SIN FIN DE LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

En Miajadas ocurre un hecho, de la máxima importancia, y es que el ciclo de producción no tiene lagunas, con lo que los hombres nunca están de mano. El año económico empieza con las transacciones de ganado, que duran desde marzo a mayo. En Miajadas predomina el ganado vacuno, sobre todo toros, que dan muy buen rendimiento. Yo no sé si la abundancia de ganado repercutirá sobre los mataderos; pero sí sé que en el pueblo existe uno municipal muy bueno. Lo que entre los miajadeños pierde algún terreno es el ganado de tiro. En su afán de ganar tiempo y dinero, prefieren las bicicletas, de las que hay cerca de 300, sin que ninguna de ellas necesite piense, creo yo. Después del período del ganado viene el de los cereales, con su recolección, que dura hasta el 15 ó el 20 de agosto. A fines de este mes, cuando las cosechas ya están en los gra-

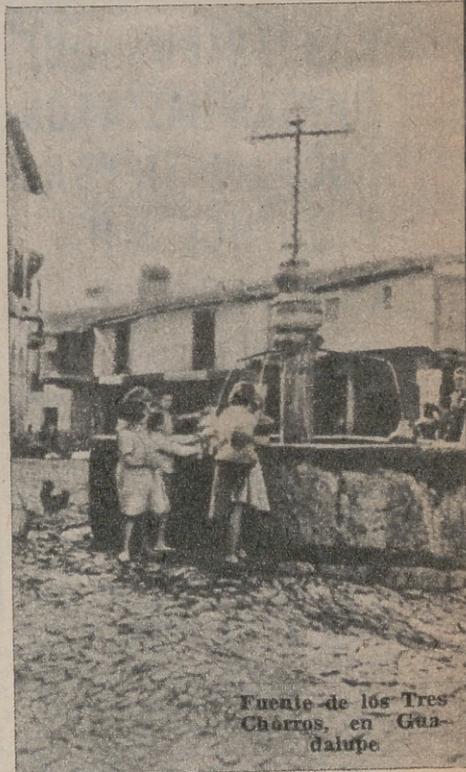
neros, en Miajadas la época de los higos está en pleno apogeo. Son unos higos riquísimos, que no desdican de los de Fraga. Su producción, de 40 a 50 vagones, es tan considerable, que puede equipararse en volumen económico a cualquiera de las otras del pueblo. A continuación de los higos, de septiembre a octubre, viene la uva, y, por último, la aceituna, de diciembre a enero, con una producción anual de 800.000 kilos.

En suma, que con tanta faena y negocio no existe paro permanente en Miajadas, y el estacional sólo afecta a cien obreros, que hallan empleo en dos obras municipales, que, si no fuera por ellos, nunca se realizarían, ya que aquí, como se ha visto, cada uno posee algo propio de que preocuparse.

DESPUES DE LA CASA, LA HUERTA

Después de la casa, o a la par, todo buen miajadeño trata de adquirir un pedazo de tierra. Aquí una fanega de tierra vale alrededor de las 12.000 pesetas, que pueden amortizarse en tres o cuatro años, si se les saca de 20 a 30 fanegas de trigo. Lo malo es que el término es pequeño y tanto sus 8.000 hectáreas de plantío, en las que crecen higueras, cepas y olivos, como sus 300 huertas con sus 300 pozos y sus 300 norias movidas por tracción animal, no pueden dar más de sí ni, por otra parte, nadie desea desprenderse de nada, ni siquiera de una vara cuadrada. Esto obliga a los de Miajadas a extenderse por los términos colindantes, apropiándose de cuantos campos se declaran en venta. Y decididos a adquirir fincas, puesto que el de la tierra es el único negocio que conocen a fondo, las compran hasta en Don Benito, Santa Amalia y Medellín. Algunos poseen tierras en dos o tres lugares distintos, y lo curioso es que no las arriendan, aunque estén lejos entre sí, sino que van ellos mismos a labrarlas, dedicándoles dos días a una, a la otra tres y a la tercera cinco o los que hagan falta.

La Obra Sindical de Colonización coopera con los naturales de Miajadas, ayudándoles en la transformación de sus tierras y en la adquisición de otras. Por intermedio de la Hermandad se han adquirido fincas por valor de 20 millones de pesetas; una de ellas, repartida entre cien labradores, costó diez millones de pesetas (a 10.000 pesetas la fanega), que han abonado o tienen



Fuente de los Tres
Cerrojos, en Gua-
dalupe

que abonar en tres años. Esta finca está en el término de Don Benito y pertenecía a doña Jacuina.

El pueblo de Miajadas anda ahora muy entusiasmado con varias obras que afectarán notablemente a su economía. Una de ellas es la del ferrocarril a Villanueva de la Serena a Talavera de la Reina, del que han salido a subasta unas obras por valor de 33 millones de pesetas. También preocupa bastante la traida de aguas, de la que ya se ha hecho la captación.

Antes de abandonar la localidad, sus vecinos me enseñaron con mucho orgullo la iglesia parroquial de Santiago, que Herrera empezó y que no la remató, abandonándola, según parece, para ir a construir el monasterio de El Escorial. En la puerta principal, con un arco de medio punto, me muestran una cruz de piedra de una sola pieza. Me hubiera interesado girar una visita detenida a su interior, pero he de partir inmediatamente para Montánchez y Valdefuentes, cuya famosa feria de ganado no quiero perderme.

Octavio APARICIO LOPEZ
(Enviado especial.)

LOS BEDUINOS, HEROES ANONIMOS DEL DESIERTO

LA VIDA Y LA MUERTE EN LAS INMENSAS LLANURAS DE ARENA

HAY TRIBUS QUE CUENTAN HASTA CON CINCO MIL TIENDAS Y QUINCE MIL CAMELLOS

EN el curso de un viaje por Oriente Medio hemos tenido ocasión de familiarizarnos con muchos de los temas que nos eran antes completamente ajenos. De todos ellos, ninguno tan apasionante como el gran tema del desierto.

Es curioso recordar aquella definición ingenua que del desierto daba mi libro de Geografía, aquella definición que había que leer con un poco de cantinela y que no expresaba en absoluto la entraña bravia de estas inmensas llanuras de arena. La definición decía aproximadamente: «El desierto es una gran extensión de tierra despoblada por carecer de condiciones habitables». Después de haber visto ese desierto podemos afirmar que esta es una definición equivocada porque no se refiere al aspecto más importante del desierto que es, precisamente, el hecho de estar poblado por unos hombres que más que en ninguna parte mantienen una durísima lucha contra la naturaleza inhospitalaria.

Pero es imposible olvidar la faz de ese desierto o dejar de tener presente la majestad con que nos aparece. A mediodía, bajo el sol que se precipita sobre la arena como el soplete de un soldador, el desierto se convierte en un inmenso lago plateado en la ilusión óptica de nuestra retina. Entonces creemos encontrarnos perdidos en un mar y llegamos a temer que de un momento a otro quedaremos encharcados en los espejismos. De madrugada, rubio y suave como los cabellos de una adolescente. A la tarde, cuando el sol cae detrás de las cordilleras de España, el desierto se vuelve dorado y brillante como un plato de bronce y nos hiere los ojos hasta que se va muriendo con estremecimientos grises para quedar convertido, bajo la luna, en un inmenso campo de ceniza.

Hemos atravesado muchos desiertos. Arenas voladoras del oeste de Egipto que destrozan caravanas y—un estado más humilde—mondan nuestro automóvil



Un pastor transjordano que después de cruzar el desierto de Siria ha llegado con sus ovejas a los pastos de invierno

de su pintura americana. Extensiones como las que encontramos de El Cairo a Alejandria, cubiertas con el césped verde de la mata baja, pero donde no puede crecer un árbol. Montañas desérticas de los alrededores de Damasco, defendidas por una coraza la arena compacta, donde resbala el agua que podría fecundar las tierras. Desiertos, en fin, en que nos encontramos siempre a seiscientos kilómetros del vaso de agua que aquí es el símbolo de la civilización cuando seguimos las antiguas rutas de Petra y de Palmira o la pista de Bagdad o nos adentramos en la arena blanca de Arabia Saudita.

LOS HIJOS DEL DESIERTO NOS DESPRECIAN

Decíamos que la característica principal del desierto no es, como decía mi libro de Geografía, la despoblación a causa de las condiciones inhabitables, sino por el contrario, la población a pesar de las condiciones inhabitables. Desde tiempos inmemoriales viven en el desierto unos pueblos pastores, acostumbrados a la vida más dura, que conocen el desierto como nosotros conocemos los rincones románticos de nuestras calles o los árboles, inolvidables, de nuestras costas.

Nosotros llamamos a estos pueblos los beduinos que procede del vocablo árabe «baduín» que significa «pastores». Pero ellos apenas entienden esta palabra y se conceden a sí mismos la denominación orgullosa de árabes». En consecuencia no reconocen a los demás pueblos de Oriente Medio



como descendientes del purísimo tronco de los árabes y se atribuyen a sí mismos toda la tradición y los rasgos esenciales de la raza.

Estando en conversación con el jefe de la tribu siria de Jaffa pude darme cuenta del olímpico desprecio que los beduinos tienen por todos los que no sean lo que ellos llaman pomposamente «árabes». Me hablaba de lo que había visto él en su última visita a Damasco y al enjuiciar las costumbres de las gentes, sobre todo de las mujeres que han perdido su antigua austeridad musulmana, me decía con desprecio: «Ya sabes, son «fellahin», es decir, agricultores, gente sedentaria y absurda que se encuentra siem-

Paisaje de un desierto beduino se encuentran los pastores y sus respectivos animales en las invernadas de Arabia, que de tránsito al desierto



La silueta de esta caravana a la puesta del sol aparece en el corazón del inmenso desierto como un testigo de la victoria del hombre sobre la naturaleza

pre en el mismo sitio y que lleva una vida fácil. Me contó las veleidades de un joven «fellah» que había seducido a una beduina de la tribu. Con la despreocupación que les caracteriza me relató la venganza que los árabes habían tomado. Dijo: «Los árabes amenazaron quemar todo el pueblo del «fellah» si no entregaba todas sus riquezas a la tribu de los árabes de Jaffa. Cuando el «fellah» entregó sus riquezas los emires (los príncipes) hermanos de la muchacha mataron al hijo del perro». Lo contaba con una naturalidad impresionante, como si estuviera haciendo aquellas cosas todos los días.

Esto no significa que los beduinos sean propensos a asesinar a la gente. Normalmente las incursiones en los poblados no son sangrientas, sino que tienen un fin de robo. Algunos beduinos se enorgullecen de no haber matado a nadie durante su vida. En el monte Nebo, el lugar donde Moisés vió la tierra de promisión, hay una familia beduina encargada de la custodia del museo y de las ruinas del templo. Mohamed, como se llama el beduino, que por cierto está bastante cansado de su vida sedentaria, me contaba que «alhamudillah» (gracias a Dios) nunca había matado a nadie con el máuser antiguo que sacó para demostrarnos su maravillosa puntería. Al preguntarle para qué lo utilizaba nos dijo que para defender a los pastores beduinos del ataque de los lobos. Desde el altozano del monte Nebo que domina la pradera, Mohamed dispara contra los animales rapaces que persiguen a los corderos. De todo ello se muestra extraordinariamente orgulloso.

LA POBLACION BEDUINA DE ORIENTE MEDIO

Las cifras de la población beduina no pueden darse más que con ciertas reservas. Por temor a los impuestos los jefes de tribu no declaran nunca las cifras exactas de sus tiendas y los Gobiernos no pueden hacer nada para evitarlo, dada la gran importancia que tiene la paz entre nómadas y sedentarios para el normal desarrollo de estos países. Se cuentan en Siria alrededor de cuatrocientos mil beduinos; en Irak unos doscientos mil y en Jordania unos ciento noventa mil

sobre una población total de un millón de habitantes. En Egipto y en el Líbano son muchos menos y es imposible determinar exactamente la población beduina de Arabia Saudita aunque debe aproximarse al medio millón. En Siria están determinadas con la mayor precisión posible los nombres de las tribus y el número de tiendas de cada una de ellas. Fisher da las cifras que no repetiremos aquí.

Una serie de problemas se derivan de la existencia de estos beduinos en Siria y Jordania y los principales se refiere a los problemas de fronteras entre estos dos países y Arabia Saudita. Las legislaciones modernas tienden a declarar que los nómadas que cruzan a veces dos países durante el año tienen la nacionalidad del país donde se encuentra en cada momento. Por eso la nacionalidad no cuenta para ellos y si le preguntamos a cualquiera de ellos de qué país es nos dirá sin titubear: «Soy árabe», sin que quepa lugar a comentarios.

CINCO MIL TIENDAS Y QUINCE MIL CAMELLOS

Hay tribus que cuentan hasta con cinco mil tiendas y quince mil camellos, aunque lo más corriente, es que no sobrepasen de las seiscientas tiendas, siendo muy frecuentes también las de los pequeños jefes que no quieren estar sometidos a otros grupos más numerosos y forman una tribu con los miembros de su familia declarándose independientes y luchando contra sus enemigos más fuertes.

Las tribus ocupan los campos donde encuentran pastos para los ganados durante el verano y la primavera, y en invierno emprenden la marcha hacia el Sur, no



Una «señora» y su hija ataviadas con el traje beduino y engalanadas con las coronas de piastras vuelven al campamento después de haber hecho algunas compras en la ciudad. Con este atuendo causarán la admiración de los hombres de la tribu



Las cuatro mujeres del Cheik Suleiman fotografiadas ante su tienda. Obsérvese que la de la derecha es ya vieja, y, por tanto, debe sufrir el desprecio de nuestro buen amigo. Por su actitud coqueta, la segunda de la derecha parece ser la preferida, y a nuestro modo de ver la que más lo merece. La realidad, sin embargo, es que este título pertenece a la última según se deduce de todos los signos exteriores

distinguiéndose en esto de las demás comunidades trashumantes. Los científicos hacen una distinción entre trashumantes y nómadas y consideran a los primeros como los pueblos que emprenden desplazamientos anuales dentro de la misma región, mientras que los segundos son los que pasan de una nación a otra. Entre los primeros podemos incluir a los beduinos del Líbano que permanecen en territorio libanés y pasan solamente desde las montañas hasta los confines de la frontera siria. También son trashumantes las actuales tribus beduinas de Israel, a las que el Gobierno ha obligado a no cruzar las fronteras si quieren quedarse

en el país y con los que se está acometiendo un proceso de transformación en agricultores que favorecerá más a la región desértica que habitan que la estéril trashumancia con escasos ganados y con sistemas completamente primitivos. Los beduinos de Siria y Jordania, son por el contrario, casi siempre nómadas ya que pasan a Arabia Saudita y crean, como antes apuntábamos, una serie de problemas políticos. Un fenómeno más curioso que interesante ha sido la formación en Israel de una cooperativa socialista de judíos trashumantes. Vinieron de Europa, donde pertenecían a todas las clases sociales y se decidieron a hacer una vida nómada con unas cuantas cabezas de ganado.

Como íbamos diciendo, el campo de esta tribu beduina está dividido en barrios llamados «ferigs», o sea, familias. Cada barrio tiene un número determinado de tiendas donde viven los miembros de la familia. La tienda que suele ser negra, de pelo de cabra, está dividida en dos compartimentos, uno para los hombres y otro para las mujeres. Es muy notable ver con qué orgullo muestra un beduino su tienda a los visitantes y cómo la considera la forma más perfecta de casa. Hasta tal punto esto es cierto, que cuando el beduino va ocasionalmente a la ciudad lo hace una vez al año en todo caso para comprar los regalos de las fiestas del «bairam», mira los modernos edificios de Damasco y de El Cairo, con el mismo desprecio con que la gente cursi de las ciudades contempla las casas de los labriegos.

EL AMIR, DUÑO Y SEÑOR

En cada una de estas tribus beduinas hay un Amir, un príncipe que rige los destinos de la comunidad. Se comprende que esta clase de vida de lucha contra los elementos y contra las demás tribus exija un mando único. De esta manera el jefe de la tribu, el amir o cheik, se convierte en el dueño y señor de los miembros del grupo. El decide los emplazamientos de las tiendas, la dirección más apropiada para los baños, los momentos oportunos para emprender una escaramuza. El hace justicia y reparte botines. Puede decirse, en resumen, que tiene a su cargo todos los ministerios de su pequeño país nómada.

Nadie se atreve a contradecir sus órdenes, y si se produce alguna discordia, es solamente por razones de sucesión en el mando entre los pretendientes. En los cuentos beduinos se narran historias salvajes en los que los hermanos se llevan al hijo de la favorita, que es considerado como

el heredero, a un paraje apartado con el pretexto de la caza. Una vez allí se deciden a matarle durante su sueño. Hay un hermano menor que se apiada de él y propone que el heredero sea abandonado en medio del desierto a fin de que las tempestades de arena y los buitres se encarguen del fin propuesto. La escena tiene un impresionante patetismo. Los hermanos deliberan y discuten bajo la luna la suerte que ha correr Imhammed dormido. Por fin, la decisión del hermano menor es adoptada y furtivamente el grupo abandona el campamento dejando solamente una jarra de agua y llevándose todos los animales cargados con las provisiones. Imhammed se despierta de madrugada y contempla en su soledad el desierto limpio y sosegado. Es un momento de una gran poesía aquel en que Imhammed se lamenta de la traición de que ha sido objeto por parte de sus hermanos e invoca a los espíritus de la arena a fin de que se predispongan a su favor. Durante tres días y tres noches va caminando Imhammed hasta que llega a la tienda de una esclava negra que le da agua y dátiles. Las alabanzas que de esta cebra buena hace Imhammed nos muestran toda la austeridad de la vida del desierto. Una vez repuestas sus energías Imhammed defiende a la niña de los ataques de un viejo esclavo negro que pretende poseerla por la fuerza. La noticia de su valor llega a oídos del cheik de la tribu, quien expresa sus deseos de conocerle. Imhammed le visita en su tienda y el cheik ve en él inmediatamente las dos grandes cualidades de un beduino. La destreza en el manejo de las armas y el dominio del caballo con las que el joven podrá conquistar la riqueza y la prosperidad para su pueblo. En el curso de dos meses de residir en la tribu, Imhammed consigue conquistarse la confianza del cheik y forma una patrulla de cincuenta caballeros y camelleros con los que dará ataque a su propia tribu. Toma por sorpresa su campamento y aparece radiante ante los ojos de su gente que le creían muerto. Su padre, el cheik, le reconoce y manda castigar a los pretendientes. Imhammed los perdona, pero conoce la causa de su traición y descubre que el viejo criado de la actual favorita de su padre había despertado la ambición en el alma de los hermanos por medio de sus palabras envenenadas. Entonces manda que le corten la lengua a fin de nunca más pueda expresar el odio y la envidia que residen en su pecho.

«TU ERES TU PROPIO CABALLO»

Las tribus beduinas suelen hacer un promedio de dos mil kilómetros por año a través del desierto. Los médicos de que disponen para esto son muy limitados, aunque la realidad demuestra que son suficientes y que les proporcionan esa alegría de la libertad que tanto envidian los hombres de las ciudades que viven estúpidamente encasillados en los departamentos, todos iguales, de los edificios modernos.

Los viajes a pie son muy frecuentes. Para un viaje de veintiséis horas que es el de tipo medio, todos sus pertrechos se reducen a un bastón, tres litros de agua y diez onzas de harina. Caminan a una velocidad de ocho kilómetros y medio por hora, lo que no deja de ser extraordinario. Entre estos pueblos la velocidad en la marcha es muy apreciada, ya que es la única solución para esquivar los rigores del sol o de las tempestades. Uno de los cumplidos con que se recibe al caminante que llega de un viaje de esta categoría es: «Tú eres tu propio caballo», es decir, tú has prescindido del caballo porque tú mismo alcanzas la velocidad del caballo.

Nuestro actual cónsul en Jerusalén, Pedro Antonio Cuyas, que conoce muy bien el mundo árabe, me contaba una anécdota que detrás de su gracia encerraba una profunda realidad. Haciendo el viaje por carretera desde Damasco a Bagdad encontró en una posada donde se detuvo a un beduino que hacía la misma ruta. Le ofreció llevarle en el coche hasta Bagdad y recibió con gran sorpresa suya la negativa y hasta la indignación del beduino que le dijo que la boda de su hijo para la cual iba a Bagdad no se celebraba hasta dentro de doce días. «Si voy en el coche llegaré esta tarde a Bagdad, ¿y qué voy a hacer allí durante doce días?» El había calculado que llegaría a Bagdad el día antes de la boda y que sería recibido con los honores del camitante. Para ello tenía que andar durante doce días.

EL CAMELLO, VENCEDOR DEL DESIERTO

Nada hay para un beduino tan importante como su camello. Los «meharistes» o camelleros cuidan a los animales con un cariño que no dedican, ciertamente, a sus hijos. A fin de evitar que los animales se cansen, marchen a pie la mayor parte del tiempo.

Las condiciones naturales del camello hacen de él el animal indispensable en estas tierras inhospitalarias. El camello puede cargar hasta 250 kilos y tener reservas de agua para todo un viaje por largo que éste sea. Proporciona, además, con su boñiga el combustible necesario para hacer el café. Cuando el camello es viejo es de una gran utilidad porque se lleva en las caminatas como simple almacén de agua y como reserva de alimentos y cada día se mata a uno de ellos para dar de comer a la tribu, y sobre todo, aprovechar el agua almacenada. Fischer asegura que todo beduino de treinta años ha tenido que beber por lo menos una vez el agua del estómago del camello.

Uno de los espectáculos más impresionantes que pueden contemplarse es el de una caravana de beduinos en medio del desierto. La mínima velocidad es la de ocho kilómetros por hora, pero frecuentemente alcanzan los doce y quince, sobre todo cuando la caravana es perseguida por otra tribu. Sin embargo, estas marchas destrozan las fuerzas de los ca-



Una caravana de beduinos llega al pie del monte Sinaí, después de atravesar el desierto. Es probable que acampe en este lugar, donde encontrará la única fuente de su largo camino. Descansarán tal vez una noche, pero contra toda lógica, según nuestro modo de ser, continuarán a la mañana siguiente desafiando las tempestades de arena.

mellos que a veces mueren de cansancio. Por eso los beduinos procuran someter a los animales a una alimentación especial mucho más abundante que la que se reservan a sí mismos y a su familia.

EL NACIMIENTO DE UN CABALLO DE RAZA

Si el camello representa la resistencia ante los rigores del desierto, el caballo es aquí el símbolo de la selección y de la calidad. De todas las cosas que rodean el reducido mundo del beduino la más querida y respetada, aunque no la más importante, como hemos dicho, es su caballo. Representa para él la pureza de la raza árabe. Mercier, afirma que en algunas regiones del África del Norte el caballo tiene derecho de asilo en las mezquitas, aunque esto no he tenido ocasión de comprobarlo en Oriente Medio.

Lo que sí es cierto es que los beduinos comen carne de caballo viejo para contagiarse de las virtudes de la raza árabe.

Una de las pocas fiestas que celebran los beduinos durante el año es la del día en que nace un caballo de pura sangre árabe. El jefe de la tribu y sus pretendientes tienen el derecho de mantenerlo en brazos cuando ha nacido y no dejarlo en el suelo hasta que ha adquirido la fuerza suficiente para mantenerse sobre sus patas. La ceremonia dura varias horas y es acompañada de gritos y cantos beduinos.

LA CAZA Y LOS ANIMALES SAGRADOS

La caza es uno de los principales quehaceres de los beduinos. Los animales del desierto son muchos y los procedimientos para cazarlos también muchos. Desde que los beduinos adoptaron las



Los pastores del desierto llegan a la Puerta de Herodes de Jerusalén para vender sus ganados. Obsérvese que mientras las ovejas pacen en las pequeñas matas que todavía se encuentran junto a las murallas, los beduinos discuten el precio con los hombres de la ciudad.

armas de fuego que manejan con una extraordinaria destreza, se ha simplificado mucho la caza que antes se hacían con flechas o lanzas. Los animales más perseguidos son la gacela, en los confines del desierto; la liebre, la perdiz, la paloma y la avutarda que los beduinos comen. Están prohibidos, en cambio, por una extraña ley de tradición, la mayoría de los animales carnívoros. Otro grupo son los animales sagrados que los beduinos no tocan a causa del inmenso cúmulo de sus supersticiones. Se citan el gato, el perro, el chacal, el zorro, el cerdo y el jabalí. Un animal que goza entre los árabes de una consideración es la cigüeña. Cuando alguna cigüeña se pone enferma se cura y se devuelve a su bandada. En el fondo hay en esto una simpatía hacia un animal que lleva la misma vida nómada de los beduinos.

Cuando se mata una pieza hay que desangrarla, ya que de lo contrario sería impura conforme a los ritos. Esta costumbre, que ha perdido algún rigor en el desierto donde cunde a veces el hambre más espantosa, ha quedado, sin embargo, reducida a la otra costumbre de pronunciar la fórmula de: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso» en el momento de la muerte de la pieza.

Ultimamente, los beduinos más avanzados que han adoptado todas las ventajas de la vida moderna, excepto la vida sedentaria—si es que la vida sedentaria es una ventaja—cazan las gacelas y las avutardas desde sus «Cadillacs» o persiguen a los animales con sus «jeeps», hasta hacerlos caer rendidos.

Los occidentales que residen en Oriente son a menudo invitados por esos cheiks para la caza. Aquí se desconocen los perros y se emplea para cazar a un beduino, que levanta la pieza y va a buscarla cuando ha caído. También estos

hombres están muy orgullosos de su cometido.

LA EDUCACION DE LOS HALCONES

Lo que aquí llamamos «educación de los halcones» es una complicada técnica que procede de la época del Imperio persa.

El halcón que ha de ser el principal auxiliar de la caza en el desierto se apresura con trampa y se guarda en una cámara oscura donde se le deja en ayunas. Al cabo de unas horas se le hace oír un grito especial y se le da inmediatamente un pedazo de carne. Esta operación se repite varias veces a fin de que el ave asocie el grito con el alimento. Después se le entrena con un pichón pero se le mantiene todavía atado por la pata para que no esté tentado de recuperar su vida libre de los aires. La operación del grito se repite con el pichón hasta que se tiene la seguridad de que el halcón pondrá siempre atención al grito o al sonido del tambor que también se emplea en algunas regiones.

Una vez entrenado, se lleva atado en el puño con una correa de cuero, aunque algunos cheiks lo dejan simplemente sobre su hombro. Cuando se avista una gacela se suelta al halcón que se dirige hacia donde está el animal y le rodea con sus círculos en el aire. Finalmente, cuando la gacela está cansada se abate como un rayo sobre su cabeza y le saca los ojos. Entonces el tirador puede cómodamente disparar. A continuación hace oír el grito y el halcón vuelve al hombro del cazador. Si se trata de una perdiz el halcón la trae entre sus garras sin que haya necesidad de emplear las armas de fuego. Esta historia de los halcones proporciona a los cheiks que los adiestran una aureola de misterio y de poder oculto. Para nosotros, occidentales que ya hemos olvidado estas prácticas, un beduino revestido con su manto negro y su turbante de gran señor que lleva en su hombro o en su puño a un halcón de mirada siniestra, nos hace pensar que, en medio de nuestra civilización de comodidad, hemos perdido la primitiva fuerza del hombre sobre la naturaleza.

Aparte de la caza que podríamos llamar mayor, se practica también entre los beduinos la caza de la langosta, especie de saltamontes de gran tamaño que los beduinos comen frita con grasa. Las plagas de langosta son terribles en Oriente Medio. Sobre todo en Arabia Saudita, nubes de millones de langostas se abaten sobre las cosechas destruyéndolas antes de que haya tiempo de luchar contra ellas. Los árabes suelen decir que estas nubes de insectos cubren completamente el sol y que la noche más cerrada se extiende sobre los campos cuando viene la plaga. Es esta una imagen debida a la efervescente imaginación de los árabes, pero el hecho es que los Gobiernos han de luchar con los medios más modernos contra estas plagas que añaden a las malas condiciones del suelo un serio incon-

veniente para la prosperidad de estas tierras.

SESIONES DE DIVAN

Alrededor del café, que se hace siempre a la puerta de la tienda, transcurre la vida íntima de la familia beduina. Allí se prolongan las veladas en las conversaciones sobre los caballos de raza o se proyectan y aconsejan las próximas escaramuzas. Allí el padre cuenta a sus hijos varones las historias antiguas y los hechos de armas o de caza de los jefes más populares del desierto. Allí, finalmente, se recibe al huésped con una hospitalidad y una cortesía de que carecen ciertamente muchos pueblos de Europa.

Las mujeres no asisten nunca a esta ceremonia del café, que está reservada al padre y a los hijos varones, y cuando llegan los invitados se retiran prudentemente a la parte de la tienda que les está reservada.

Las mujeres muelen el café sobre los camellos durante las marchas. El molino es muy primitivo y se compone exclusivamente de un mortero de forma alargada con un mango de piedra o de bronce. La preparación del café es un privilegio del jefe de la tienda. En el pequeño hornillo alimentado por la boñiga seca de camello, el jefe de la tienda coloca la cafetera y vierte el agua sobre el café. Después, en la misma taza lo va sirviendo a los invitados primero y a los asistentes. El es el último en beber. Cuando se está invitado en casa de un beduino, la tienda también es una casa, se pueden tomar cuantas tazas de café se quieran y el jefe no deja de servirnos hasta que ocultemos la taza entre las manos en señal de estar servido. Entonces debe pronunciarse la fórmula «Daimen» que significa literalmente «siempre» y expresa nuestro deseo de repetir tan agradable velada en la tienda de nuestro anfitrión. La mayor falta que se puede cometer cuando se está invitado, en general esto ocurre en todo Oriente, es rehusar la comida o bebida que nos ofrecen. Ellos consideran que sólo cuando dos hombres han bebido un café juntos pueden hablar de ser amigos para toda la vida.

Si, yendo de excursión por el desierto, nos detenemos de improviso en la tienda de un beduino, quedará muy honrado de recibirnos, pero pese a él no podrá ofrecernos otra cosa que el pedacito de queso y los dátiles que él come habitualmente. Si avisamos con unas horas nos preparará el «mansaf» o plato de las grandes solemnidades. Consiste este plato en una simple fuente de arroz con un cordero asado encima. Nos colocan alrededor de la fuente, sentados en la forma arabe, como disimulados cuando podemos acostumbarnos, sobre los mejores cojines de Damasco, reservados para los días grandes. Detrás de la primera rueda que está sentada hay una segunda rueda de los que han de comer el «masraf» en el otro turno. El jefe de la tienda trae la llamada «charab» o salsa de leche y mantequilla, que derrama sobre la fuente. Después va cortando pedazos de cordero

Una preciosa muchacha beduina bailando al son del pequeño tambor que bate el hombre con los dedos. Esta chica ya es casadera, y está bailando seguramente con el propósito de que la vea algún pastor y la anteponga a todas sus esposas, llamándola «gacela del desierto» u «oveja preferida de mi rebaño»



y repartiéndolos entre los invitados. El arroz se ha de comer con las manos, haciendo bolas compactas. Esto es, desde luego, completamente excesivo para nosotros y procuramos excusarnos, alegando torpeza de manos. Cuando hemos terminado, el tropel del segundo turno se precipita sobre la fuente con una agilidad mucho más sincera que la nuestra.

CUANDO UN BEDUINO SE ENAMORA

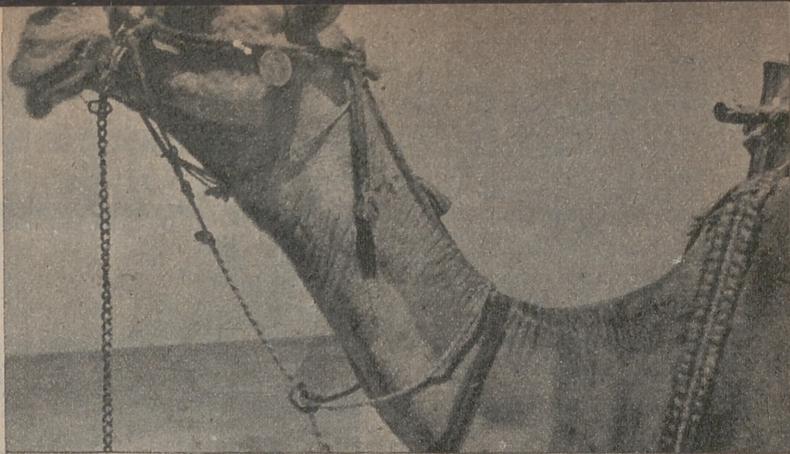
A pesar de ser un pueblo de una total rigidez y austeridad de costumbres, obligadas en la vida del desierto, los beduinos han sabido crear una poesía inefable alrededor de las relaciones amorosas. Cuando un muchacho ha visto a una beduina de otra tribu o también de la propia va a pedirle inmediatamente al jefe, quien le pone en contacto con el padre. Se concerta el precio que vale la chica —también usted puede comprarla si quiere, ya que es como si la pidiera en matrimonio— y se fija sin más la fecha de la boda. Tres días antes la novia toma el primer baño de su vida y acto seguido se echa sobre su «tapiz de soltera» y se cubre con siete mantas, haciendo caso del refrán árabe: «Duerme después de tu baño y tu belleza será completa».

El día de la boda su novio viene a buscarla con un tropel de músicos, montados en camellos y asnos, y colocándola sobre el camello más joven se la lleva a su tribu, sin que ni su padre ni su madre se emocionen por eso, como ocurre entre nosotros, donde las hijas se consideran miembros predilectos de la familia en razón de su mayor debilidad.

Cuando la caravana llega a la tribu del novio, se debe hacer un alto para comer en la primera tienda que encuentran en su camino. El propietario de esta tienda tiene el derecho de exigir este privilegio y de utilizar incluso las armas para conseguirlo. Después de comer, la novia es trasladada a casa del novio, donde antes de la consumación del matrimonio permanece escondida en un rincón de la tienda durante una semana. No es esto ninguna exageración como las que se atribuyen a todo lo que en España está puesto en letra de imprenta. Sólo después de esta semana entrará a formar parte de la vida normal de la familia.

«ESTA USTED MUY GUAPA, SEÑORITA»

El vestido de las beduinas es uno de los más originales en Oriente Medio. Sobre la vestidura negra aparecen las trenzas larguísimas y sobre todo las llamadas coronas de piastras, que están hechas con monedas de bronce. Para las fiestas se ponen anillos de cristal en los brazos y en las piernas. Todas estas cosas se han de colocar con gracia. La corona de piastras ha de salir de las sienas para cruzarse delante de la nariz y continuar después hasta ambos lados del cuello. Cuando la corona está bien colocada, sólo entonces el beduino se aventura a decir «está usted muy guapa, señorita», iniciando con ello las normales relaciones que han de llevarle al matrimonio.



El camello, el único animal que desafía al desierto. Nadie sino él resiste las tempestades de arena o sostiene su carga de media tonelada bajo el sol espantoso sin inmutarse. Con su cara de filósofo antiguo parece respirar los mil kilómetros que le quedan todavía por andar con la naturalidad de quien sale de paseo.

Una mujer beduina bien vestida es objeto, por parte de su enamorado, de los más galantes cumplidos, que desde luego no oyen nunca las mujeres europeas, pero que han pasado en cierto modo a formar parte de la maravillosa charlatanería española. El beduino, que desprecia a su hija y que no siente literalmente nada cuando muere por efecto de la dureza de la vida nómada, cuida y halaga infinitamente a su novia y esposa, sobre todo en los primeros años de su matrimonio.

Conforme al Corán, un hombre puede tener cuatro mujeres. Es el privilegio llamado «Nikialhus». A pesar de que se cree corrientemente que Mahoma es el inventor, o poco menos, de la poligamia, es preciso decir que el Corán vino a frenar esta costumbre, que en las épocas anteriores al Islam se había convertido en un abuso. Por eso podemos asegurar que dió a la mujer, en su escala, una categoría superior a la que gozaba anteriormente, aunque las condiciones de la vida de estas gentes no permitieron una reforma más completa.

Entre los beduinos, la mujer está mucho más emancipada que en las regiones agrícolas o incluso en las clases humildes de las ciudades. Colaboran verdaderamente en la vida diaria y hasta presenciaban las batallas gritando y cantando en señal de victoria o de derrota.

EL EXTRAÑO DEPORTE DEL ROBO

No hay palabras para describir el aburrimiento de la vida del desierto. Todo el día andando durante una parte del año y durante la otra la distracción que pueda proporcionar cuidar de los rebaños, preparar el café o contar

historias a los pequeños. La caza es uno de los deportes de los beduinos, y es, además, la fuente de la mayor parte de los alimentos de la tribu. Pero el verdadero deporte está constituido entre los beduinos por las llamadas «razas», que son una especie de incursiones por sorpresa en los poblados sedentarios o los ataques rápidos a las otras tribus. En estos ataques, que suelen hacerse los días de descanso, los beduinos suelen limitarse a saquear y a robar, evitando en lo posible la muerte de sus enemigos, que dado el carácter deportivo de la incursión más bien podríamos llamar contrincantes.

Durante la noche anterior se decide la forma más apropiada para efectuar el ataque y se dividen las fuerzas en grupos, a fin de preparar un completo plan estratégico. Al alba, cuando se avista a la caravana señalada y a una orden del jefe empiezan las mujeres a prorrumpir en gritos estentóreos y los hombres a fustigar a sus caballos y camellos, a fin de que superen la velocidad de la caravana perseguida, que, si no puede defenderse por inferioridad numérica, no tiene más remedio que huir hacia el centro civilizado más próximo. En el fondo, toda esta maniobra medio guerrera y medio deportiva es en el desierto lo que el abordaje debía ser en el mar en la época de la piratería. Y si los piratas, al menos los piratas de pata de palo, han sido suprimidos de los mares, ninguna fuerza política ha conseguido hasta ahora anular la fuerza de estos beduinos, que tienen ganas de divertirse con el más productivo de los pasatiempos.

«SOY ARABE Y PAGO EN ORO»

Así es el beduino. Libre, con una libertad sólo condicionada por la naturaleza, pero nunca mermada por los intereses y exigencias de los demás hombres. Lejos de estar encerrado en el asfalto de nuestras calles, tiene ante sí la perspectiva del inmenso desierto que en justicia puede considerarse suyo, puesto que nadie, sino él conoce sus secretos.

No tiene apego a nada, como

Asegúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas

solicitando una suscripción.

si adivinara en su alma primitiva la interinidad de todas las cosas. Monta su campamento en un paraje, sigue después hacia el Sur buscando los pastos para sus ovejas y cuando vuelve, al año siguiente, las dunas han cubierto su primitivo emplazamiento sin dejar rastro de los enseres olvidados, cambiando como mágicamente el paisaje familiar que fue testigo de sus luchas y de sus alegrías. Por eso entierra a sus hijos en la arena sin acordarse de dejar un talismán que le sugiera la imagen del ser querido, porque sabe que todo ha de tragarlo el desierto. Ni un gemido, ni un llanto se escapa de su boca en la desgracia. Todo es frío, nada tiene sentido cuando se cambia de lugar a cada instante. Tampoco nosotros añoramos la ciudad donde hemos estado de paso.

Por eso también el beduino ha abandonado toda práctica religiosa aun cuando en su lenguaje corriente esté haciendo continuamente profesión de fe musulmana. No reza como los hombres de las ciudades cuando el muezzin llama a oración desde los minaretes. No oye ni escucha otra cosa que la amenaza de los vientos que pueden sepultarle en la arena. No ayuna como está prescrito por el Corán, porque su existencia entera es un ayuno obligado. Mahoma le llamó «el más terco de los infieles», al darse cuenta de su tibieza en las prácticas religiosas.

Pero en su vida de hombre del desierto, llena de peligros y privaciones, la lucha diaria le ha dado un orgullo que no se encuentra en el resto de los habitantes del Oriente Medio. Su única salvación está en su fuerza, en su habilidad, en el fondo en la confianza que ha depositado en sí mismo. Cuando su tribu acampa en un lugar no demasiado alejado de la ciudad, se acerca a hacer compras para obsequiar a sus mujeres. El mercachifile de Damasco le mira con sus ojos vivos e interesados y pone a toda la tienda en movimiento. En la cara del beduino aparece en aquel momento todo el desprecio hacia la raza de los hombres sedentarios que se avienen a pasar su vida en una oscura calleja. Sin que se lo pregunten dice: «Quiero el mejor tapiz de la casa. Soy árabe y pago en oro», y acentúa virilmente las palabras importantes. En el curso de la conversación insiste todavía: «Vosotros no sois árabes y no tenéis oros en vuestras bolsas». Su generosidad se muestra en la tienda y en el café y para las gentes de Damasco y Bagdad más gran señor es el beduino que el turista. A veces, y si el campamento está instalado no lejos de la carretera, el beduino toma un taxi para volver a su tienda. A su llegada le rodearán sus mujeres y sus hijos esperando el regalo. Después le preguntarán sus impresiones sobre la ciudad que ellos no conocen. El beduino se limitará a decir: «Hena akhsan», «aquí es mejor», señalando su tienda de pelo de cabra y el inmenso desierto que se extiende ante sus ojos.

Luis CARANDELL

CASTILLOS ESPAÑOLES EN LA MARCA HISPANICA PRIMITIVA



Fachada de occidente del palacio de Perelada

PERELADA Y SUS INNUMERABLES TESOROS

UNA OBRA CULTURAL VIVA Y LLENA DE ALIENTOS ANIMA LA MANSION SEÑORIAL

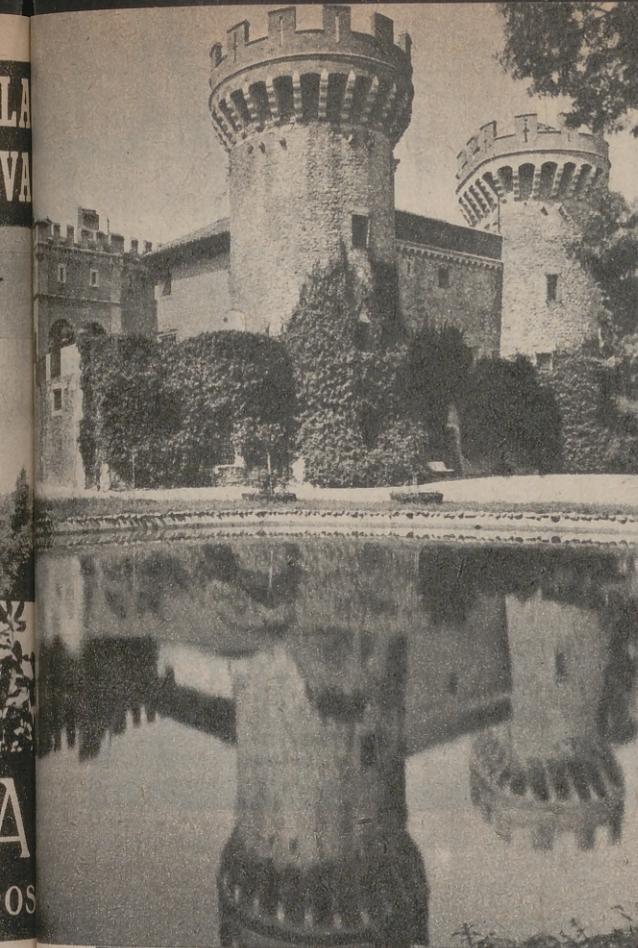
A veinticinco kilómetros de la frontera, en la provincia de Gerona, en el centro de tres grandes explanadas, que le dan magníficas perspectivas, se alza el castillo de Perelada. Castillo construido en el siglo XIV por los condes de Perelada, en sustitución del que hasta finales del siglo XIII fué propiedad de los vizcondes de Rocabertí, señores de la villa por aquel entonces. Durante el transcurso de todo este tiempo ha sufrido varias reformas, y tiene como fachada más noble la de Occidente, de puro estilo Renacimiento español, de línea muy severa, aparejo de grandes sillares, y con los indispensables elementos ornamentales sabiamente distribuidos para producir una impresión de conjunto equilibrada y armoniosa. La fachada oriental, de una más aparatosa monumentalidad, presenta dos grandes torres, con unos remates almenados que se continúan por la fachada de mediodía, muy del gusto francés del siglo XIX. Las dependencias del palacio, sobre todo las del primer piso, están destinadas a museo, y en él se conservan en un número sorprendente retablos, cuadros, grabados, tallas, tapices, muebles, piezas de vidrio y cerámica, porcelanas, etc., de épocas y procedencias muy diversas, de un gran valor histórico, arqueológico y artístico. Dar detalles de las colecciones que atesora el palacio de Perelada nos obligaría a una extensión excesiva.

SEPULCROS, ESCULTURAS Y CAPITELES

A Oriente, formando un recinto aparte y comunicándose por un hermoso puente, aparece un antiguo convento carmelita, que fué víctima de las leyes de expropiación del año 1835. Después de algunos decenios de incuria y abandono, según la tónica general que inspiró la política de los gobiernos liberales del siglo diecinueve en relación con los edificios religiosos expropiados, los condes de Perelada recuperaron la propiedad de los inmuebles. Estos procedieron inmediatamente a la restauración de la iglesia, que llevaron a cabo con muy buen gusto y acierto, y a adaptar las dependencias para instalar en ellas, en el primer piso, la biblioteca del palacio, y, en la planta, una escuela pública para niños, con un teatro espléndido, una imprenta y un gimnasio, que constituye una experiencia cultural y social de un gran mérito histórico.

50.000 PIEZAS DE VALOR

En el primer piso del antiguo convento se encuentra también la actual biblioteca, con un número de volúmenes que sobrepasa los cincuenta mil, entre ellos unos ciento cincuenta incunables, una buena colección de manuscritos góticos, códices miniados, ediciones príncipe, ejemplares únicos y numerados; un buen fondo de obras de teología, literatura y arte, y varias secciones muy com-



La fachada oriental, de aparatosa monumentalidad



Salón principal



Biblioteca

pletas de historias generales y particulares, nacionales y extranjeras, y de obras de consulta y colecciones diplomáticas. En uno de los departamentos de la actual biblioteca se encuentra el Archivo Histórico, con más de veinte mil documentos, pergaminados y papeles, y gran número de manuales.

Las dependencias de la planta están todas ellas, con el claustro, dedicadas a museo, y abundan los sepulcros, lápidas, laudas, esculturas y capiteles. Las colecciones de vidrios, cerámica y hierros artísticos que se conservan en sus diferentes secciones son de incalculable valor.

UNA AUTENTICA OBRA CULTURAL

Pesada y enojosa es siempre la descripción de lo que no vive ni se mueve, y poco interesante sería todo cuanto se conserva en la mansión señorial de los antiguos condes de Perelada, si no fuera complementado por una obra viva y llena de aliento que anima y hace activos los distintos elementos.

El centro de toda esta animación se encuentra en la biblioteca. Hemos podido observar muy de cerca la actividad y la eficiencia con que se mueven los distintos servicios. Aparte la labor oscura de la clasificación y catalogación de libros y documentos, la biblioteca ha creado una sección de publicaciones, ha organizado y colaborado en Exposiciones bibliográficas y documentales, y ha

al estudio de los problemas culturales y técnicos de la comarca, con excelentes premios.

PUNTOS POSITIVOS

En una relación al vuelo de algunas de estas actividades, pueden figurar la publicación del catálogo de las obras cervantinas, de don Miguel Mateu; las monografías sobre el monasterio de Santa María de Vilabertrán, y sobre el convento del Carmen de Perelada, de don Miguel Golobardes; la organización de una Exposición de libros y documentos y grabados de arte y de historia militar, en el año 1951, en la ciudad de Figueras, con el

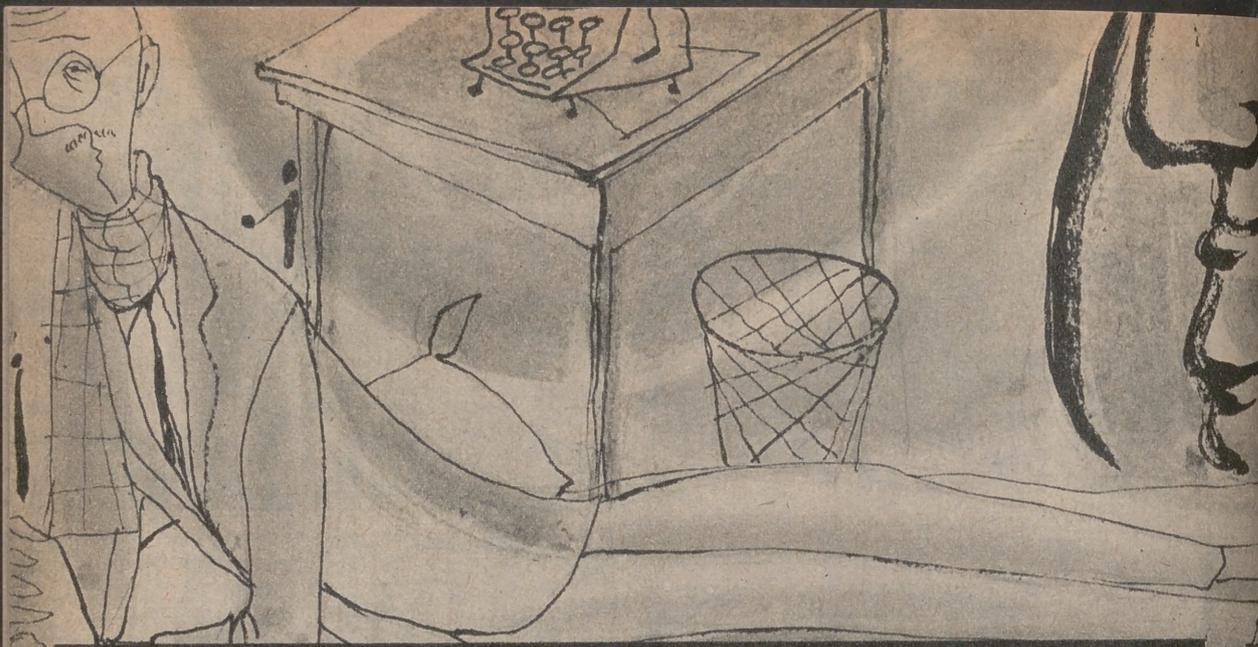
correspondiente catálogo; la colaboración prestada con la aportación de un buen número de libros y documentos para la Exposición que organizaron los Amigos de los Museos de Barcelona, en el Salón del Tinell, para conmemorar el quinto centenario de los Reyes Católicos, también con el correspondiente catálogo; y la publicación de varias obras menores destinadas a la divulgación de aspectos aun más concretos y particulares. El certamen histórico-literario celebrado este verano, cuyo Jurado estaba presidido por el ilustre historiador doctor don Jaime Vicens Vives, tuvo un éxito insospechado a tono con la simpatía con que es mirada la obra cultural que realiza la biblioteca de Perelada. Fueron presentadas en él gran número de obras de una cualidad excelente algunas de ellas. Actualmente se está preparando la publicación de aquellas que merecieron los primeros premios.

Quizá sea más importante aún en una visita a Perelada lo imponderable, lo que no se ve, lo que se capta del ambiente y lo impregna todo de la amabilidad y simpatía que allí se respira. La obra cultural que se realiza en Perelada es, sin duda alguna, una obra inspirada en una fe auténtica en la eficacia de los valores espirituales, con la mejor buena voluntad puesta al servicio del engrandecimiento y la dignificación de la Patria.

IBERUS



Claustro del Carmen



EL HOMBRE QUE LEÍA EL PENSAMIENTO

NOVELA, por Luis de CASTRESANA

TODOS ustedes recordarán, sin duda, el curioso caso del hombre que leía el pensamiento. Los periódicos de todo el mundo hablaron largo y tendido sobre aquello, exponiendo las más extraordinarias y absurdas hipótesis. La verdad es que pocos conocen la historia de lo sucedido. Yo, sí.

Puesto que lo mejor es, según parece, comenzar las cosas desde el principio, les diré a ustedes que yo conocí a Daniel Valcárcel, hace cosa de tres años, en la Redacción de un periódico madrileño. Entonces no era todavía famoso. Aun no poseía el misterioso don de leer los pensamientos ajenos y su nombre aparecía tan sólo de vez en cuando al pie de unos articulitos que casi nadie leía y que se publicaban, inexorablemente, en la quinta página, allá en un rinconcillo cualquiera...

Daniel rondaba entoncés los veintiocho. Era alto, delgado, y tenía una mirada tristísima. Por aquel entonces nunca le salían las cosas bien, y nosotros solíamos llamarle «Malapata».

Era buen muchacho y buen compañero: sencillo, de trato cordial, bastante culto y, gracias a Dios, nada pretencioso. Durante meses nadie se fijó en él. Era un hombre bueno, sincero, y creía que los demás también lo eran. No llevaba ni traía chismes, no intrigaba, llamaba a las cosas por su nombre... Era, en suma, un ejemplar rarísimo.

Un día vino a la Redacción, muy triste, y nos dijo que su novia le había dejado plantado.

—¿Por qué?—le preguntamos.

—Me dijo—respondió— que yo no comprendo a las mujeres.

Y era cierto. Daniel no comprendía a las mujeres. Tampoco comprendía, a decir verdad, al director del periódico. Cuando le pedía a Daniel su opinión, éste respondía infaliblemente lo contrario de lo que el director esperaba.

—Debiste haberle dicho otra cosa—le aconsejábamos—. ¿No te has dado cuenta de lo que el director esperaba de ti? Estaba claro como el agua.

—Es que—decía Daniel, invariablemente—yo no sé leer los pensamientos de los demás.

Así hasta que un día se le suplicó a Daniel, pretextando contar con «exceso de originales», que no enviase más artículos al periódico...

Aquí comenzó toda la historia, porque, en realidad, fué entonces cuando intervino el Angel de la Guarda.

II

El increíble asunto se inició cuando una mañana, mientras yo me hallaba escribiendo no sé qué, Daniel Valcárcel vino a mi casa. Cuando

mi madre lo anunció, presuí que algo extraño le ocurría, y le recibí inmediatamente.

—Pasa, Daniel. Pasa y toma asiento.

Parecía enfermo, muy abatido. Tomó asiento y encendió un cigarrillo desganadamente. Durante largo rato quedamos en silencio.

—¿Ocurre algo?—pregunté, al fin.

—Me ha pedido que no envíe más artículos al periódico—dijo de sopetón.

—¿Quién? ¿El jefe?

—Sí.

—Y ¿por qué?

El seguía fumando lenta, lentísimamente.

—Lo de siempre. Me pidió mi opinión sobre un asunto, se la di, y se enfureció. Al día siguiente me quedé sin colaboración.

—Debiste haber sido un poco más diplomático—observé—y haber salvado la papeleta diciendo algo que le hubiera gustado oír. O que, por lo menos, no le hubiese desagradado.

Daniel se exasperó.

—Pero, ¿cómo puedo yo saber lo que él quería que le dijese? ¡Yo no sé leer los pensamientos de los demás!

—Bueno, la cosa no tiene remedio. ¿Qué piensas hacer?

—Tengo algún dinero—musitó—. Lo suficiente para poder aguantar hasta que salga algo por ahí.

—Ya.

De nuevo permanecimos en silencio, mirándonos. De pronto él estalló:

—No deseo mal a nadie, no ambiciono nada del otro jueves, trabajo con buena voluntad... Y, sin embargo, mi novia me deja plantado, el director me pide que no le mande más artículos. ¿Y todo por qué, por qué?

—Dímelo tú—intervine—. ¿Por qué?...

—Pues porque no he sabido leer sus pensamientos. Si hubiese adivinado lo que ellos pensaban, si yo hubiese sido adivino, hubiera dicho o hecho aquello que no les hubiera enfurecido. Si el director me pedía mi opinión, le hubiera mirado un instante, hubiera visto lo que él pensaba, y, ¡zas!, hubiera hablado de acuerdo con sus pensamientos...

—Pero leer el pensamiento de los demás tan al pie de la letra—comenté—sería terrible.

—Sería maravilloso—me corrigió Daniel, con vehemencia—. ¿No te das cuenta? Eso es lo que yo necesito para triunfar, para reconquistar a mi novia, para escribir y publicar cuanto quiera. Imagínate: le miro a un tío a los ojos y leo perfectamente sus pensamientos. Voy a hacerle una entrevista a un personaje y sé lo que «dice» y lo que «piensa». ¡Qué artículos, qué reportajes, qué éxitos!... Sí, eso es lo que me hace falta: saber leer



el pensamiento de todo el mundo, de hombres y de mujeres. Me haría famoso. Hablaría con cualquiera y le diría: «Usted es un tal y un cual, porque me dice una cosa y piensa que esto, lo otro y lo demás allá...» ¡Imagínate, imagínate! ¡Quién pudiera poseer ese don, quién pudiera leer los pensamientos ajenos...!

Yo le escuchaba, observándole. Hablaba con alegría y excitación, frotándose jubilosamente las manos.

—No te hagas ilusiones, Daniel—le dije—. Eso es imposible.

—Nada hay imposible, nada. Mira, ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Yo le rezo cada noche a mi Angel de la Guarda. Y voy a pedirle que me otorgue ese don, que me permita ver y leer con claridad los pensamientos de todas las criaturas humanas.

Me alarmé. Casi con angustia me acerqué a mi amigo y le puse una mano sobre los hombros.

—Daniel, no hagas esa petición—le supliqué—. No le pidas eso a tu Angel de la Guarda.

—¿Por qué no?

—No sabría explicártelo. Pero, mira, adivinar el pensamiento de los hombres con sólo echarles la vista encima sería una carga demasiado tremenda, demasiado pesada. Hay que ser muy fuerte para poder cargar con la responsabilidad de ese poder. ¿Tienes tú esa fuerza?

—Quiero tener ese don—grité—; quiero tenerlo al precio que sea. Lo conseguiría todo. Reconquistaría a mi novia, escribiría artículos y libros como nadie ha imaginado, presentaría al desnudo el pensamiento de la criatura humana...

—Dostoevsky ya lo hizo—insistí—y fué muy desgracia...

Daniel me interrumpió violentamente.

—¡Al diablo con Dostoevsky! Lee el pensamiento de los hombres sería triunfar, conseguirlo todo...

—Menos la felicidad.

—Todo—insistió él—. Voy a pedirle a mi Angel de la Guarda que me conceda este don, este maravilloso poder. ¿Crees tú que me lo concederá?

—Espero que no—respondí solemnemente.

En este preciso momento, lo recuerdo muy bien, me llamaron por teléfono, y como éste se hallaba en otra habitación tuve que dejar solo a mi amigo durante unos instantes. Fué cosa de pocos minutos. Me reuní con él y me asombró de súbito la extraña expresión que observé en su rostro, en todo él.

—Daniel, ¿qué te pasa?—pregunté—. Te encuentro, de pronto, diferente...

El rió. Luego, con premeditada lentitud, explicó: —Es que ahora, ahora mismo, mientras hablabas por teléfono...

—¿Qué?

—Le he pedido a mi Angel de la Guarda que me conceda el don de poder leer el pensamiento.

—Es una locura, una verdadera locura—dije—. No debiste haberlo hecho.

—Hecho está—dijo con firmeza—. Y, ¿sabes?, tengo el presentimiento de que me lo va a conceder.

Daniel salió de mi casa poco después, sintiéndose muy satisfecho y riéndose de mis temores. Y al día siguiente, en efecto, el Angel de la Guarda bajó a la tierra, tuvo una breve charla con mi amigo y el trato quedó concertado.

La cosa tuvo lugar, como digo, al día siguiente de haber estado Daniel en mi casa, y, poco más o menos, sucedió así:

III

Mi amigo vivía entonces en Ventas, y tenía la costumbre de darse una vuelta, a eso de las siete de la tarde, por un café de Recoletos, donde solíamos reunirnos un grupo de amigos.

Aquella tarde tomó el Metro, como de costumbre, y quedó impresionado por la presencia de un anciano que estaba en el mismo departamento. Era un hombre grueso, de barba blanquísima, de limpia y jovial mirada. Daniel, a su pesar, se le quedó mirando durante todo el trayecto.

Bajó en Banco y el anciano también. Siguió Daniel, con paso rápido, por Recoletos, llegó al café... y allí estaba el anciano. Daniel quedó perplejo. ¿Cómo era posible? Había venido de prisa, casi corriendo, y, sin embargo, el anciano había llegado antes que él... ¿Qué extraño fenómeno era aquél?

Más perplejo quedó todavía cuando el anciano, con voz dulcísima, le llamó por su nombre y le invitó a tomar asiento.

—Hermanito, Hermanito—le dijo—, siéntate.

Daniel, asombrado, tomó asiento.

—No comprendo...—comenzó.

El anciano sonrió con beatífica expresión.

—Yo estaba muy bien allá, Hermanito—dijo con ligero reproche—, pero ayer insististe tanto en que te concediera un don, me hablaste con tanta vehemencia que... Bueno, aquí estoy, aquí estoy, Hermanito.

Daniel Valcárcel le miraba con infinito estupor, sin saber qué hacer. Y de pronto comprendió. Se puso en pie, emocionado, trastornado por completo.

—Entoncés usted es... usted es...—musitó atropelladamente.

—Sí, Hermanito—declaró el anciano con sencillez—, sí, yo soy tu Angel de la Guarda. Pero siéntate, Hermanito, siéntate.

—¡Santo Dios!—exclamó Daniel—¡Santo Dios!

—Alabado sea su santo nombre—pronunció el anciano.

—Pero, pero... si parece imposible. ¿Es usted de verdad?

—Sí—dijo el viejecito—, yo soy tu ángel guardián, sí.

—¿Y ha venido usted desde... desde allá... sólo para... hablar conmigo?

—Eso es—le confirmó el Angel—. Yo estaba allí, siguiendo tus pasos, y al oír tu súplica me dije. «Rafaelillo (me llamo Rafael, ¿sabes, Hermanito?),

Rafaelillo, tienes que hacer algo por esta criatura». Conque... bueno..., aquí estoy.

—¡Dios mío!—musitó Daniel, confuso.

—Alabado sea su santo nombre, su santísimo nombre—pronunció el anciano con infinito júbilo.

—Bueno—dijo al fin Daniel, calmándose—, y ahora, ahora..., ¿qué?

—Lo que quieras, hermanito, lo que quieras. Si-gues deseando que se te conceda el don de leer el pensamiento de los demás, ¿no es eso?

—Sí, sí.

—Eso, hermanito, sin duda te hará sufrir mu-cho. ¿Estás seguro, seguro de que lo deseas?

—Sí, sí, con verdadera ilusión.

El anciano bebió su café a pequeños sorbos.

—Esto quema como..., como...

Hizo la señal de la cruz y calló. Al cabo de un rato sonrió muy suavemente y miró a su alre-dedor.

—Es curioso todo esto, ¿eh? Hombres de carne y hueso, y árboles, y... ¿Qué es eso?—preguntó de pronto, indicándolo.

—¿Eso? ¡Ah! Una «Vespa», una motocicleta.

—Moto... moto... bicicleta. ¿Se dice así? ¿Y para qué sirve?

—Para ir de prisa.

—¿Para qué? ¿Dónde?

—Pues... para ir a cualquier sitio cuanto antes, ¿comprendes?

—¡Ah!—musitó el anciano—. Es raro, muy raro todo esto. En mis tiempos era muy diferente, sí, muy diferente... Pero, dígame, ¿en qué año viven ustedes?

—¿Año? Pues en 1950.

—¿1950? ¿Es posible? ¡Qué de prisa pasa el tiempo!...

Mi amigo, todo turbado, preguntó:

—Don Rafael, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí, sí, hermanito.

—¿Usted puede leer los pensamientos de las cria-turas humanas?

—Sí, hermanito, sí—suspiró el anciano.

—¿Y qué piensan? ¿Qué piensan de verdad las personas?

El anciano se ruborizó.

—¡Oh, oh!—suspiró—, tengo que irme, hermani-to, tengo que irme. Ya verás por ti mismo cómo son los pensamientos del prójimo. Pensé que podría convencerte de lo pesada que es la carga del don que me pides. Pero ahora te conozco mejor... Di-me una vez más, ¿deseas verdaderamente que te lo conceda?

—Sí.

El anciano cerró los ojos y pareció musitar una oración. Luego se puso en pie.

—Ahora, me voy, hermanito. Tengo que volver. Y recuerda, hermanito, recuerda que sólo de un mo-do podrás volver a ser el que fuiste. Ahora ya pue-des leer el pensamiento de los demás. Cuando me pidas que te arrebaté este don, cuando lo solicites con lágrimas en los ojos, con fe y con angustia, igual que lo solicitaste..., entonces serás complacido.

—Cuando tenga ese don, ¿para qué voy a que-rer desprenderme de él?

—Tu eres bueno y me pedirás que te arrebaté ese poder. Lo solicitarás, hermanito—dijo enigmá-ticamente el anciano—. Así se lo pido a Dios.

—Entonces..., ¿puedo ya leer el pensamiento aje-no?—preguntó Daniel.

El anciano afirmó con un triste movimiento de cabeza. De pie como estaba, quedó buscando algo en los bolsillos, después de haber llamado al ca-marero.

—Vine tan de prisa...—explicó, confuso—. Me ol-vidé que aquí, en este mundo, es preciso tener..., ¿cómo se llama?... Sí, dinero, dinero...

Daniel Valcárcel le consoló, explicándole que se hacía cargo y que él pagaría.

—Buen viaje, don Rafael—le deseó.

El anciano le miró con infinito amor. Le dijo, casi sollozando:

—Sé bueno, hermanito, sé bueno. ¡Se está tan bien allí, allí arriba!... Usa bien de este don que te he concedido. Adiós, hermanito, adiós, adiós.

—Adiós, don Rafael. Muchas gracias.

El ángel se fué lentamente, paseo de Recoletos abajo, y de pronto, de modo milagroso, se perdió de vista. Don Rafael había vuelto a ocupar su puesto de Ángel de la Guarda.

Aquella fué la primera tarde en que se concedió a Daniel Valcárcel el don de leer los pensamien-tos de todas las criaturas humanas. Fué, lo recuer-do muy bien, el 23 de octubre de 1950. Una semana después era ya famoso en el mundo entero.

He aquí, punto por punto, lo que pasó.

IV

Vino a la mesa en torno a la cual estábamos sentados los amigos de costumbre, una vez hubo marchado su Ángel de la Guarda, y tomó asiento junto a nosotros como si nada hubiese sucedido.

No recuerdo de qué hablabamos. Lo que no se me olvidará nunca es la sorpresa de un compañe-ro cuando, sin mediar palabra, le dijo Daniel.

—Deberías tomarla.

—Tomar..., ¿qué?—se asombró el otro.

—La aspirina. Estás pensando en tomar una as-pirina. Te duele la cabeza.

—Sí—confirmó el otro. Y preguntó de pronto—.

¿Cómo lo sabes?

—Lo leo en tu cerebro, en tus ojos. Leo también que esta noche tienes un compromiso y has de irte más temprano que de costumbre.

El compañero rió, confuso, y preguntó:

—¿Y sabes también el nombre de esa persona con la que estoy citado?

—Lo estoy leyendo.

Se lo dijo al oído. Comprendí que, en efecto, había «leído» aquel nombre en el pensamiento del amigo. Yo estaba asombrado, sin poder dar cré-dito a cuanto estaba sucediendo. Pensé: «¿Estaré en-loqueciendo?», y Daniel Valcárcel me dijo:

—No.

—¿Cómo?

—Que no te estás volviendo loco, no. Es que, ¿recuerdas lo que te dije ayer?...

—Sí.

—Pues bajó, ha hablado conmigo, y me ha con-cedido el don de leer el pensamiento.

—¿Qué bajó?—me sorprendí—. ¿Quién?

—Pues mi Ángel de la Guarda, hombre. ¿Quién va a ser si no?—se sulfuró Daniel—. He estado hablando con él hace un rato. Leo los pensamien-tos de todo el mundo.

«Menos los míos», pensé. Y él dijo, riendo:

—Sí, Luis. Los tuyos también.

—Así que has estado hablando con tu Ángel de la Guarda, ¿eh?—indagué, nervioso—. ¿Y qué tal era?

—Buena persona.

—Ya.

Durante un rato traté de no pensar en nada. Pe-ro en cuanto cualquier idea (aun cuando fuera inconscientemente) me cruzaba por el cerebro, Dani-el, como si ese pensamiento se hubiera concre-tado en palabra, lo «leía». Aquello se me hizo casi insoportable al cabo de unos minutos.

—¿Quieres que te diga lo que piensan los que están sentados a nuestro alrededor?—me preguntó.

—Sí. Anda, empieza por el gordo ese de al lado.

Daniel le miró un instante.

—Está pensando en unos chipirones que ha al-morzado hoy. Piensa: «Tomaré bicarbonato. Bi-carbonato».

—Pues nadie lo diría—observé—. Parece enfrascado en graves pensamientos.

Daniel reía gozoso como un chiquillo.

—Mira, ese otro ha enviado un poema a un con-curso. Está pensando quién podría prestale treinta duros.

—¿Para qué quiere esos treinta duros?

—Para invitar a cenar a uno de los miembros del Jurado.

—Y esa mujer que está ahí—le pregunté—, ¿en qué piensa? Viene por aquí de vez en cuando, siem-pre sola.

La miró, y, de pronto, vi cómo mi amigo se ru-borizaba y apartaba los ojos de ella.

—¿En qué piensa—insistí.

—Es una mujer de cuidado—silbó Daniel. Y lue-go, como pensando en voz alta—. ¡Qué inde-cencia!...

Así estuvimos durante largo rato. Mi asombro crecía por minutos. Y observé una cosa curiosa: y es que el verdaderamente asombrado, ahora que realmente sabía lo que pensaba la gente, era mi amigo Daniel.

El último incidente de la jornada, minúsculo, tu-vo lugar cuando ya nos disponíamos a abandonar el café. Mi amigo insistió en pagar también mi consumición y llamó al camarero.

—¿Cuánto?

Erán, me parece, doce pesetas y pico. Daniel le entregó trece y le reclamó la vuelta. El camarero, respetuoso, le entregó unos céntimos. Y ya se ale-jaba de nuestra mesa, con la carga de su bandeja llena de tazas, jarras y platillos, cuando Daniel, furioso, le gritó:

—Oiga. No le doy propina porque no me da la gana, ¿se entera? Y otra cosa: no estoy casado,

pero así y todo ese insulto que ha pensado se lo dirige usted a su padre, ¿comprendido?

Y nos fuimos.

Al día siguiente Daniel Valcárcel empleó su increíble poder en menesteres de más importancia. Fué entonces cuando armó tanto revuelo en el mundo entero, al publicar una entrevista realizada con un famoso político centroeuropeo, entrevista en la cual Daniel no solamente escribió lo que el personaje «decía», sino también lo que «pensaba».

Este fué su primer éxito. En realidad, yo también estuve presente en la entrevista. Nadie mejor que yo puede, pues, contar cómo se desarrolló.

V

Hacia dos o tres días que se hallaba en la ciudad un famoso político centroeuropeo. Se llamaba... Bueno, es mejor no decir cómo se llamaba ni qué nacionalidad tenía. Era un hombre muy culto, extremadamente cortés, y que poseía la habilidad de hablar durante horas y horas sin decir nada concreto.

Los demás periodistas le habían hecho ya la entrevista de rigor. Su país había roto las relaciones con la nación vecina y se rumoreaba que la guerra entre ambos podía estallar de un momento a otro. Era interesante, pues, oír su opinión sobre tal asunto.

El, siempre sonriente, accedía a ser interrogado y respondía a cuantas preguntas le dirigían los periodistas. Parecía, de pronto, que había hablado claro, que sus declaraciones eran sensacionales... Pero cuando sus palabras se ponían friamente sobre el papel, una detrás de otra, como Dios manda, resultaba que no había una sola frase de interés. Era un caballero y un gran diplomático, sí; nadie como él sabía tapar con palabras los pensamientos.

Daniel decidió en cuanto su Angel de la Guarda le hubo concedido el donde leer los pensamientos hacerle una entrevista.

—¿Me acompaña?

—Sí—dije—. Tengo curiosidad en comprobar la diferencia que existe entre lo que se dice y lo que se piensa.

—Todo el mundo podrá comprobarlo—me explicó Daniel seriamente—. Voy a publicarlo todo, ¿sabes?: lo que diga y lo que piense.

—La vas a armar—le advertí.

—Que se arme.

Le telefoneamos solicitándole una entrevista, nos la concedió gentilmente, y a la mañana siguiente nos presentamos, a eso de las once, en el «céntrico hotel» en el que se hospedaba. Era un hombre «de edad», bastante grueso, irreprochablemente vestido. Hablaba el español bastante bien, con singular acento, y se empeñó en hablar este idioma con nosotros, aun cuando le dijimos que si lo prefería podríamos hacerlo en francés.

—Me agrada perfeccionar este hermoso idioma de ustedes—nos dijo—. ¡Hermosa, hermosa lengua, la lengua del inmortal Cervantes!

Daniel, que desde que leía el pensamiento le había perdido el respeto a la gente, fué directamente al grano.

—¿Quiere decirnos qué opina sobre la ruptura de relaciones de su país con la nación vecina? Se habla de una posible guerra, y...

—Mi país ha sido siempre, y lo es hoy más que nunca, amante de la paz. Mi Gobierno se ocupa intensamente de la cuestión social, de crear una riqueza nacional que sea patrimonio de todos los ciudadanos. Dadas las actuales circunstancias, que, sin duda usted no desconoce, ha sido aconsejable proceder como se ha hecho. No obstante, mi Gobierno espera y desea llegar a un arreglo pacífico. La antigua amistad que con el país X venimos sosteniendo, y los grandes lazos de mutuo respeto y admiración que siempre nos han unido, inclinan a mi Gobierno a esperar que el triste incidente se resuelva por las vías normales entre los países civilizados de buena voluntad.

(¡Estos cretinos de X. Para estas horas ya estarán nuestros soldados listos en la frontera. Los eliminaremos del mapa. El 28 estallará la guerra. Están desprevenidos, confiados en nuestra palabrería. Todo a punto y en secreto. Mi Gobierno me dará instrucciones. ¿Qué tendré que decir a estos endiablados periodistas cuando el día 28 nuestras tropas invadan por sorpresa el país vecino? En fin...)

Daniel Valcárcel, impasible, escribía lo que el otro «decía» y lo que «pensaba». Yo, que observaba a Daniel atentamente, comprendí que algo impor-





tante había leído en el cerebro de su interlocutor.

—Parece ser que en las últimas elecciones celebradas por ustedes—prosiguió Daniel—, y en las cuales su actual Gobierno obtuvo abrumadora mayoría, tuvieron lugar ciertas arbitrariedades, difundidas por la Prensa del mundo entero. Se habló también de numerosos muertos, de luchas callejeras, de...

El político controeuropeo le interrumpió con gesto untuoso:

—Mi querido amigo—dijo, mi querido amigo... Nuestro partido es hoy en mi país el único fuerte y justo. Todo lo demás son falsedades. Intelectuales, militares, obreros... Todos votaron por nosotros. Las elecciones se desarrollaron con absoluta normalidad. Los partidos políticos enemigos fracasaron a pesar de su falaz campaña electoral. Hoy nuestro Gobierno cuenta con el amor y la confianza plenas de todos los ciudadanos. Apenas hubo altercado de ninguna especie. Sólo algún incidente sin importancia, debido a la injusta violencia de los resentidos enemigos políticos, que vieron fracasar estrepitosamente a sus partidos...

(Nuestras elecciones. ¡Vaya la que se armó! Unos 200 muertos. Gastamos dinero a espuestas, y aun así, ganamos por un pelo. Estuvo bien aquella campaña de difamación contra el jefe del partido contrincante más fuerte. Le dejamos hecho un guiñapo. Algunos idiotas se lo creyeron a pies juntillas. Peor para ellos. El caso es que hemos triunfado, que ha ganado nuestro partido. Y hay prebendas a montones. Este periodista me parece un poco tonto. En cuanto digo cuatro bobadas se queda con la boca abierta.)

Siguió así la entrevista durante casi quince minutos. Daniel, imperturbable, lo escribía todo. Al fin llegó la hora de la despedida.

—Ha sido una entrevista muy interesante, muy interesante—se despidió Daniel—. Adiós y muchas gracias.

—Encantado—dijo el otro, hay que servir a la verdad.

—Le prometo —anunció muy serio mi amigo— que el mundo entero sabrá la verdad.

Y el mundo entero la supo, efectivamente. La entrevista, con la sensacional noticia de que X invadiría territorio vecino el día 28, apareció en un periódico de la tarde, y poco después se difundía por todo el mundo.

La guerra, desde luego, no tuvo lugar. Se armó allí la de San Quintín, el político fué llamado urgentemente a su país y Daniel Valcárcel se hizo famoso en menos de veinticuatro horas.

VI

Ni que decir tiene que, al conocer el curioso poder que poseía Daniel Valcárcel, numerosos periódicos le hicieron tentadoras ofertas. El, que siempre había sido buen muchacho, volvió, sin embargo, a colaborar en nuestro periódico, porque le tenía cariño a aquella redacción, la primera que conocía desde que salió de la Escuela de Periodismo con su flamante carnet en el bolsillo...

Sus artículos se leían con inusitada curiosidad; en unas breves líneas, conociendo los pensamientos de su interlocutor, trazaba por entero su silueta, presentando las dos facetas de su personalidad; lo que aparentaba ser (lo que decía) y lo que realmente era (lo que pensaba).

A un escritor famoso le hizo una entrevista que dió también mucho que hablar, sobre todo entre la gente «del oficio».

—¿Confiaba usted en recibir este famoso premio?

—No, la verdad. A última hora se me ocurrió presentar mi novela al concurso. Le confieso que ni siquiera sabía el nombre de los jurados.

(Ya lo creo que lo esperaba. He estado un mes moviendo recomendaciones para ganarme a los jurados. Sólo le tenía miedo a X, que también movió lo suyo el asunto y tenía buenas recomendaciones.)

—¿Cómo ve usted el actual momento de la novela española?

—Francamente bien. Hay buenos novelistas, cuyos nombres están en el ánimo de todos, y una generación joven, de la cual cabe esperar mucho.

(¿Que cómo veo el actual momento de la novela española? Pues mal, claro. Esto es una birria. Galdós está muerto, Baroja está viejecito y sólo quedo yo. Lo demás es un asco. Y esos jovencitos son idiotas perdidos.)

—¿Cuál es su libro preferido?

—Sin duda el «Ulises», de Joyce.

(Esto suena bien, sí. Ese «Ulises» debe ser un rollo imponente. Yo no lo he leído, por supuesto. Y este tío que me interroga seguro que tampoco...)

—¿Qué novelistas actuales considera más destacados?

—La verdad es que hay muchos muy buenos, a quienes admiro. Pero no cito nombres no vaya a ser que se me olvide alguno...

(¿Novelistas destacados? ¡Ninguno! Puro camelo todos. Además, que los cite su padre...)

VII

Pero los éxitos de Daniel Valcárcel no fueron solamente periodísticos, sino también «detectivescos». ¿Recuerdan ustedes aquel famoso asunto que los periódicos llamaron «el caso del estrangulador»? Habían aparecido tres ancianas estranguladas y no se conocía al asesino. Este, por supuesto, se había apoderado de unos cuantos miles de pesetas que las tres ancianas guardaban en una cómoda.

No había pista alguna. La Policía trabajaba incansablemente para detener al culpable del triple asesinato. Y, así las cosas, resultó que una tarde salíamos de la Redacción Daniel y yo, y estábamos ya en Cibeles cuando Daniel me cogió fuertemente del brazo. Un individuo alto, bien vestido, nervioso, subía hacia la plaza de la Independencia.

—No pierdas de vista a ese tipo —me dijo—. Voy a llamar a un policía.

Seguí al individuo mientras Daniel corría en busca de un policía, hablaba con él y ambos subían a toda prisa hacia nosotros.

—Usted —dijo el agente deteniendo al tipo alto y nervioso—. Deténgase, por favor. ¿Es éste? ¿Está usted seguro?—preguntó mirando a mi amigo.

Daniel afirmó:

—Este es —dijo— el hombre que asesinó a las tres ancianas. Le doy mi palabra.

Fuimos todos a Jefatura. Daniel mostró su carnet, se dio a conocer y explicó en breves palabras lo ocurrido.

—Lo leí en su pensamiento —explicó—. Eso fue todo. Lo vi con asombrosa claridad. Una sala grande, con una mesa camilla. Había una jaula con un loro y tres ancianas estranguladas... Vi a este hombre metiendo apresuradamente unos billetes en sus bolsillos. Estaba como loco. Vi que pensaba: «Las he matado. Las he matado. ¿Me cogerán? ¿Me cogerán?». Sí, éste es el asesino, el estrangulador...

El hombre confesó. Rompió a hablar, de pronto, con increíble vehemencia. Yo hubiera jurado que, en realidad, incluso sentía una especie de alivio, de grande y poderoso alivio, por no tener que seguir soportando a solas el horror de su crimen.

—Llévenselo —ordenó el oficial.

Fumamos un pitillo con él y le dió las gracias a Daniel de modo efusivo. Era un hombre simpático.

—Una persona con ese don que usted posee —le dijo— sería muy útil en el Cuerpo. ¿No le gustaría ingresar?

—Soy periodista —respondió Daniel—. Pero cuando pueda servirles de algo ya sabe dónde me tienen. Con mucho gusto les ayudaré en cuanto pueda.

Aquella tarde, como es de suponer, nuestro periódico publicó en exclusiva la noticia. A Daniel le iban, por aquel entonces, las cosas viento en popa.

VIII

Sin embargo, no era feliz. Era joven, rico y famoso, pero comenzaba a sentir hondamente la responsabilidad y el tremendo peso de su extraño poder. Un día vino a mi casa y me explicó lo que pasaba por su alma.

—Soy un desgraciado —me confesó.

—¿Por qué?

—Leer el pensamiento de los demás, decepciona —dijo—. Es algo que duele y entristece.

Yo permanecí largo rato en silencio.

—Esta mañana he encontrado a mi novia —prosiguió—. Quería, me ha dicho, hacer las paces. Yo, de pronto, me he alegrado mucho, la he cogido del brazo, nos hemos ido de paseo. Temía leer sus pensamientos y por eso me esforzaba en no mirar sus ojos, en no mirar su frente. Y de pronto...

—¿Qué?

—Lo hice, la miré. Leí lo que pensaba...

—¿Y qué?

Daniel sonrió tristemente. Suspiró.

—La he mandado a paseo. No me quería a mí. Quería dinero, paz, seguridad. Pero no a mí. Es

de edad, sus amigas se casan, teme la soledad... En fin, se acabó.

—Lo siento —musité—. ¿Qué vas a hacer?

—Lo ignoro. La verdad es que estoy asqueado. Antes, cuando conceptuaba a las personas por lo que decían, yo era feliz y tenía fe en los hombres. Creía en la bondad, en la sinceridad, en el amor y en todas esas cosas que dignifican a la criatura humana. Pero ahora leo los pensamientos y todo ha cambiado. Yo mismo estoy cambiando, me siento otro. Antes era bueno y sencillo; yo era casi blanco como un niño. Ahora siento cómo se me va endureciendo la sensibilidad, cómo me voy volviendo un cinico. ¡Y tengo miedo, tengo miedo! Quiero ser el que antes era, el de antes, el que tenía fe en los hombres y sonreía con júbilo. ¿Comprendes, comprendes?...

—Sí.

Daniel rompió a pasear con nerviosismo por la habitación.

Me encuentro cansado, vencido —continuó hablando—. Sufro en cuanto veo a una persona. Me esfuerzo por no mirarle a los ojos, pero hay algo extraño que me arrastra a hacerlo. Miro, «deco» los pensamientos del portero, del camarero, de los amigos, de la gente con la que me encuentro en el Metro, en la calle, en el ascensor, y me siento decepcionado. Antes yo era feliz, sí, pero ya no lo soy. Y no es esto lo peor, no; lo peor es que ya se me ha ido la fe en los hombres, se me ha ido y sé que no volverá. ¡Dios mío, Dios mío!

De pronto se echó a llorar y escondió la cara entre las manos. Luego, alzando la cabeza, me miró casi desafiador.

—¿Cómo voy a creer en el amigo que me dice: «Enhorabuena», si leo envidia en su pensamiento? ¿Cómo voy a admirar a un personaje que se presenta como un virtuoso, si veo la otroz suciedad de sus pensamientos? ¡Señor, señor!

Calló, poniéndose en pie, y me golpeó cariñosamente la espalda.

—Ya no puedo más —dijo—. No quiero ser rico ni famoso. No quiero poseer el secreto del pensamiento ajeno. Quiero ser sencillo, blanco, bueno, feliz.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pasaré la noche rezando —explicó—, pidiéndole a mi Angel de la Guarda que me arrebatte este odioso y tremendo poder que le solicité. Me voy, me voy...

—Suerte, Daniel —le deseé—. Suerte.

Nos estrechamos las manos, permaneció un rato pensativo y se fué.

IX

Daniel pasó aquella noche, en efecto, rezando, pidiéndole a su Angel de la Guarda que le arrebatase el don que le había concedido. Muy de madrugada salió a la calle, sin haber dormido, y deambuló pensativamente por la ciudad. Acudió a la primera misa y siguió caminando. Un hombrecillo, al doblar una esquina, le preguntó la hora.

—Las siete y media.

Daniel le miró, le miró... Y de pronto una alegría infinita le llenó por entero. ¡No había podido leer los pensamientos del hombrecillo! Echo a correr como un loco y fué deteniendo a la gente, mirando a los transeúntes a los ojos, fijándose en sus frentes. ¡No leía, no leía el pensamiento!

Se dirigió a la Redacción muy temprano y me comunicó la feliz noticia.

—No leo los pensamientos, no los leo ya —me dijo, radiante de júbilo—. Parece un sueño, un sueño. ¡Qué alegre me siento, qué alegre! ¿Comprendes, comprendes? Ahora los hombres serán para mí lo que ellos dicen que son, y no lo que son en realidad. Me siento nervioso, cansado —añadió de súbito—. Tengo el presentimiento de que estoy a punto de tomar una importante decisión. En fin... Voy a descansar un rato. Seguramente te llamaré esta tarde por teléfono.

—Hasta luego.

Se fué, pero no me telefonó aquella tarde. Pasaron cinco o seis días sin tener noticia alguna de él. No iba a la Redacción, no acudía al café. Ni siquiera mandaba su colaboración al periódico.

—¿Qué le pasa a Daniel?—pregunté en la Redacción.

—No lo sé. Hace días que no viene por aquí. Parece que se lo ha tragado la tierra.

Parecía, en efecto, que se lo había tragado la tierra. Pero, ¿y si estuviese enfermo? Fui a su casa, pero nadie respondió a mis llamadas. Salía ya cuando el portero me comunicó que Daniel se había marchado «fuera».



—¿Fuera? ¿Y cuando fué eso? ¿A dónde fué?
 —Se marchó hace cosa de una semana, no sé a dónde. Dijo que a lo mejor no volvería.
 Regresé a mi casa, asombrado, y estuve un rato pensando en todo aquello. ¿A dónde podía haber ido Daniel? ¿Y para qué? Pensé que tendría noticias tuyas de un día a otro, pero me equivoqué.
 En realidad, tardé más de dos años en saber qué le había ocurrido a Daniel Valcárcel.

X

Fué la semana pasada. Entré en la Redacción como cada día y recogí de modo mecánico la correspondencia que me esperaba en mi casillero. Cosas del periódico: revistas, circulares, unas pocas cartas. Y, entre ellas, una de Daniel Valcárcel, muy breve, que decía así:

«Amigo Luis:

Aquí estoy, en un convento de franciscanos, como hermano lego. Y aquí me quedaré, sirviendo humildemente a Dios, hasta que El me llame al otro barrio.

Perdóname por no haberte escrito antes. Tenía miedo, miedo de la tentación del mundo, del olor a tinta fresca del periódico. Hoy, no. Sé que éste es mi camino.

Cuando tengas tiempo, escribe, ¿quieres?, una novelita contando lo que me pasó. Hay mucha gente que no se conforma con los dones que Dios le ha dado, y creo que mi historia podría servirles de algo. Tú ya me entiendes: es malo eso de querer abarcarlo todo con nuestro cerebro de criaturas humanas. Es casi una blasfemia querer saberlo todo, querer traducirlo y comprenderlo todo con

nuestra concepción de hormiguitas del universo.

En fin, no sé, no sé qué más decirte. Los designios de Dios son inescrutables y es una felicidad sentirse bueno y blanco como un chiquillo. Don Rafael, mi Angel de la Guarda, tenía mucha razón...»

Esta era la carta. Yo, al leerla, he pensado en cuanto le sucedió a mi amigo: en sus triunfos y en sus fracasos, en su tremenda decepción y en su caminar en busca de paz y de verdad eternas.

Puede que, como él dice, la historia de lo sucedido sea de algún provecho para los lectores. Yo pienso que no hay mayor sabiduría que la de conseguir ser un poco más bueno cada día, y me inclino a creer, no sé si con razón, que esta historia podría ser interesante.

La verdad es que estoy tentado de escribir un día de estos una novelita en que cuente cuanto le sucedió a mi amigo Daniel Valcárcel. Seguramente la titularé «El hombre que leía el pensamiento»...

Una amplia información del
II CONGRESO DE POESÍA
 En el número 20 de

POESÍA ESPAÑOLA

que se vende en toda España a
DIEZ PESETAS

Administración: Pinar, 5, MADRID

LA CASA OLASAGASTI - BONILLA INFLUYE EN LA VIDA ESPAÑOLA

EDITANDO
LA REVISTA
"ARTE y HOGAR"

**"NUESTRA MISION ES
EXALTAR TODO LO
ESPAÑOL"**

Si cogéis una lupa y miráis en el espejo del «saloncito verde» de la casa Olasagasti-Bonilla, que es en sí misma toda una portada de «Arte y Hogar», veréis engarzada en la patita de una de las cigüeñas pintadas en el testero una letra O. La cigüeña quiere decir Bonilla, y la O, Olasagasti. Debajo—atanto monta, monta tanto—os presentamos a este matrimonio, creador de un ambiente nuevo, de una estética nueva y, diríamos nosotros, que también de resultados de unos hábitos nuevos en la vida del hogar.

Lo primero que hacemos al instalarnos en lo que ellos llaman «la leonera» es brindar por el número cien de «Arte y Hogar». Y en seguida, con una vitalidad desbordante, Fermina Bonilla empieza a entusiasmarse y a entusiasmarnos con la conversación—Quisiera decirles que...—nos dice a cada minuto.

Y lo que quiere decir, y dice, es siempre algo fundamental y algo que está alejado—alejado porque va más allá—de lo banal y de lo físico que hay en la moda, en la habitación, en el mueble y en los mil pormenores del hogar y de la persona.

RAMIREZ DE LUCAS.—Fermina, ¿por qué llama usted «Cigüeña» a su Editorial?

FERMINA.—¿Por qué va a ser sino porque son las encargadas de traer a los niños?

RAMIREZ DE LUCAS.—Con un criterio bastante simplista se ha venido afirmando que la decoración del hogar era misión de la mujer. «Cosa de mujeres», se decía un tanto despectivamente. ¿No creen que el hacer agradable el hogar es función tanto de la mujer como del hombre?

FERMINA.—Desde luego. Si tanto la mujer como el hombre habitan el hogar, ha de ser és-



Aquí se prepara «Arte y Hogar». La señora de Olasagasti consulta con su indispensable colaborador, señor Sacristán; el señor Olasagasti medita ante un problema técnico

te fiel reflejo de los gustos y de las aficiones de ambos. No se trata de una misión para un sexo determinado. Es problema de sensibilidad y de cultura.

OLASAGASTI.—Por lo general, puede afirmarse que al hombre le corresponde la imaginación creadora, y a la mujer el cuidado y el detalle que complementa. Los más famosos decoradores de interiores son hombres, pero casi siempre tienen a sus órdenes alguna mujer.

ANGELITA MARTINEZ BAÑOS.—Háblenos un poco de la aparición de «Arte y Hogar».

OLASAGASTI.—Fue hace diez años, en 1943. Empezar entonces era difícil, ya que la Delegación Nacional de Prensa apenas autorizaba nuevas publicaciones, dada la escasez del papel. Pero a nosotros nos fué concedida por la comprensión de su importancia, el alcance que podía tener y

los fines que nos proponíamos.

RAMIREZ DE LUCAS.—¿Utilizan ustedes material extranjero?

FERMINA.—No lo necesitamos. La fabricación de muebles en España está a la altura de cualquier país y supera la de muchos. Se da el caso de que el mueble español es el que más caro se paga en el extranjero. Y en cuanto a modas, todos los modelos que publicamos pertenecen a modistos españoles.

RAMIREZ DE LUCAS.—¿Qué opina usted de la pintura moderna como elemento decorativo?

OLASAGASTI.—Cada uno debe vivir su época. Tratamos de

Nuestros redactores observan con atención fotografías y proyectos de «Arte y Hogar», la revista que ha transformado los hogares españoles



En esta original fotografía se ve al matrimonio Olasagasti sentado bajo la «cigüeña» tutelar de la casa





Fermina Bonilla de Olasagasti, en su puesto de trabajo



El arquitecto y publicista Eduardo Olasagasti estudia en pequeñas maquetas los volúmenes de futuras obras

inculcar en la gente la idea de que es preferible tener en casa una obra de un buen pintor contemporáneo que una copia de Zurbarán.

AURORA CUARTERO.—¿Se puede decir con exactitud que los temas de estética del hogar han ejercitado una verdadera influencia familiar y han creado en España hábitos de vida de familia que antes no existían?

FERMINA.—Sí, es exacto. Y creo también que ha suscitado un nuevo nivel de aspiraciones domésticas y, como consecuencia, un nivel cultural más alto.

AURORA.—Se dice que «Arte y Hogar» es una revista «de consulta». ¿Es así realmente?

OLASAGASTI.—Creo que sí. Por esta razón las suscripciones tienen más o menos una cifra continua, mientras varía, sin embargo, el número de compradores.

RAMIREZ DE LUCAS.—Ustedes han dispensado una abierta protección a la pintura actual. Sin embargo, en su revista no se aprecia igual acogida para las tendencias más modernas del mobiliario. ¿Esta diferencia responde a la opinión de que los nuevos estilos en los muebles son menos valiosos que en la pintura?

FERMINA.—Nuestra misión es exaltar lo español preferentemente. Las tendencias más audaces del mobiliario se han producido en países de maderas ricas en variedades, como Suecia, Finlandia, Estados Unidos, en los que el material tiene belleza pro-

pia, aparte la del estilo de construcción. En España, que no es rica en maderas, se han hecho hasta ahora menos innovaciones.

AURORA.—¿Sobre qué clase de casas reciben más consultas?

OLASAGASTI.—Sobre las de campo. En el hogar de la ciudad se vive más de prisa. Nosotros hemos podido percibir perfectamente en la sensibilidad española la apetencia por las casas «fin de semana». Y eso demuestra también una evolución favorable en la cultura de nuestro país y en su nivel de vida.

ANGELITA.—¿Qué habitaciones de la casa o qué aspectos de la vivienda son motivo actualmente de mayor interés?

FERMINA.—Dormitorios y cuartos de estar. Toda muchacha, al casarse, lleva su alcoba. Yo estoy convencida de que ésa es la razón de que todos los números dedicados a alcobas se agoten. En cuanto al «living», ha desplazado casi por completo la antigua sala, solamente utilizada cuando venían visitas. Y después, pero también con gran frecuencia, la gente se preocupa por las cocinas.

AURORA.—Y ese interés por las cocinas, ¿respecto a qué clase de casas—campo o ciudad—se pronuncia más?

OLASAGASTI.—Por las de campo.

AURORA.—¿No creen que eso es demostrativo de que el servicio doméstico no está en España tan de capa caída como se dice?

OLASAGASTI.—Sin duda. En las casas de campo es donde la familia está sin servicio con mayor frecuencia. Por ello se ocupa de hacer de la cocina, con el confort y la estética de sus elementos, una habitación que tenga algo de comedor y de «living».

FERMINA.—Y no olvidemos las piscinas. Todo el que disfruta de un trozo de jardín o una terraza desea tener una piscina, que, en la mayoría de los casos, no pasa de ser una pileta o acequia con pretensiones, donde el agua no llega mucho más arriba del tobillo de los bañistas. Podemos decir que hace ocho años lanzamos nosotros la idea de las piscinas de forma irregular, hoy tan de moda.

RAMIREZ DE LUCAS.—¿Preocupa también el color de las paredes?

FERMINA.—Bastante. La gente es tímida en ese sentido para los colores que se salen de lo clásico. Ahora existen colores audaces, ante los que la gente vacila mucho. Y otro tema sobre el que recaen también con gran frecuencia las preguntas, y que es también un índice cultural o social, como quiera llamarse, es la habitación de los niños.

AURORA.—¿En qué sentido se produce ese índice?

FERMINA.—Antes, la preocupación por el cuarto de los niños se atenía a no poner a su alcance cosas cuyo destrozo importase. Preocupaba más el cuarto que el niño. Ahora ya no es así.

AURORA.—¿Cree usted que existe algún cambio nuevo y fundamental en el concepto profesional mismo del arquitecto?

OLASAGASTI.—Creo que sí. Ese rasgo nuevo es que el arquitecto ahora tiene sentido de su

propia competencia sobre la organización de la misma vida de la casa. Antes no pasaba de preocuparse por las paredes, el tejado y los elementos constructivos. No le importaban los muebles ni pensaba realmente en poner una preocupación orgánica en la distribución de la casa.

RAMIREZ DE LUCAS.—Su experiencia de estos diez años les habrá hecho notar deficiencias relacionadas con la misión de embellecer el hogar. ¿En qué dimensión práctica podrían concretar sus deseos?

FERMINA.—Sería muy conveniente la creación de una carrera corta de carácter técnico-artístico que facilitase una formación completa a las personas con aptitudes para la decoración. Serían unos valiosos auxiliares de los arquitectos. En contra de lo que generalmente se cree, la decoración es muy difícil y poca gente está capacitada para ella.

Y ya estábamos en despedirnos. Pero no se puede cruzar por la casa de Olasagasti sin caer en la indiscreción de pedir que se la enseñen a uno. Aparte del estudio donde hemos estado

«la leonera»: paredes pintadas de verde oscuro, muebles de madera natural y butacas color rojo vivo—, seguimos aprendiendo decoración por todas partes. En el comedor nos enseñan unas sillas de maravillosa artesanía moderna, un ebanista que no puede llegar a ser fabricante porque le gusta demasiado lo que hace y pone en ello demastado amor. En el comedor y pasillos hay una representación cumplida de pintura moderna—Cossio, Vázquez Díaz, Vicente, Arias, Delgado Guíjarro y otros más—. Uno admira y envidia esta facultad que permite tener una casa así, para felicidad y descanso. Y la conversación vuelve aanudarse.

AURORA.—¿Qué clase social es la que muestra ahora más interés por el hogar?

FERMINA.—La clase media, con gran diferencia. A casas de tipo medio y más bien modesto es a las que se refiere la mayor parte de las preguntas que llegan al consultorio.

ANGELITA.—¿Cómo es entonces que los interiores de gran lujo ocupan en gran medida las páginas de las revistas de decoración?

FERMINA.—Eso se debe a que suelen ser más fotogénicos. Además, es mucho más fácil adaptar el lujo a la sencillez que lo contrario. Hoy existe en todas las esferas sociales un afán de elevarse y vivir mejor, un mantenimiento de la que muestra ahora más inminente de necesidades superiores en nivel al de hace no muchos años. Pero es siempre la clase media la que ahora manifiesta más esta característica.

Y ahora ya si que nos vamos de veras. Termina la entrevista, que a nosotros se nos ha hecho corta y que ha sido larga con exceso para el respeto que merece el tiempo de nuestros entrevistados. La conversación con el matrimonio Olasagasti-Bonilla es estimulante hasta tal grado que luego los viandantes de la calle de Martínez Campos tienen ocasión de escuchar un debate entre periodistas sobre los temas tratados en la conversación.

(Fotografías de Aumente.)



Angelita de Cañedo, hija de Fermína Bonilla. Derecha: Fermína a la edad de veinte años

"MI MADRE HA TRIUNFADO



PORQUE ES BUENA Y HUMANA"

"ELLA SUELE DECIR: SI HUBIESE SIDO HOMBRE, A ESTAS HORAS EINSENHOWER YA HUBIESE VENIDO A VERME," CUENTA ANGELITA DE CAÑEDO

MI madre es la persona que más admiro en este mundo, y no porque sea mi madre, sino por su mérito extraordinario. Predomina en ella una gran humanidad, que, unida a una clara inteligencia, le permite situarse en seguida y comprender todas las situaciones imaginables que en la vida puedan surgir. Ella ayuda a resolver toda clase de conflictos, tanto de propios como de extraños. Y en el trabajo es lo mismo: al momento sabe por dónde tiene que enfocarle y dónde debe atacar. Por ello, siempre ha salido triunfante en las situaciones difíciles que se le han presentado en su vida; así, por ejemplo, sin haberse ocupado nunca de libros fundó una editorial—muy buena, creo yo—y sin haber tenido relación alguna con el periodismo ha sabido mantener una gran revista.

Ella es mi mejor amiga. Y está siempre actual, joven de espíritu y animosa; lo que creo es la mayor prueba de su inteligencia. Nunca la he oído añorar el tiempo pasado, ni mirar hacia atrás, por ello no existe el peligro de que se convierta en estatua de sal. Siempre actúa en presente, y siendo una mujer muy de carne y hueso, también tiene gran alma. Es muy afectiva; sus nietos, sus yernos, sus amigos la adoran. Por cierto, que la primera vez que se oyó llamar abuela se revolvió furiosa, pero en seguida razonó diciendo: «Si lo soy, ¿por qué no han de llamármelo?»; y, desde ese momento, lo aceptó complacida.

Mi madre es muchísimo más activa que ninguna de sus dos hijas; pero, sin embargo, nuestra calma le consuela y conforta. Como buena andaluza tiene un gran sentido del humor y encaja con gracia todas las situaciones. Narra de una manera tan pintoresca, que lo hace todo mucho más interesante. Donde ella llega es el centro de la reunión; no puede pasar inadvertida, en seguida es la presidenta por aclamación. Mis amigas prefie-

ren pasar con ella sus ratos porque procura y consigue hacer feliz a quien tiene a su alrededor; tiene siempre la palabra oportuna, el consejo bueno o el sacrificio, si es necesario.

Otro gran mérito que encuentro en mi madre es que, habiendo sido siempre admirada por guapa, ha conseguido, al pasar los años, seguir siendo objeto de admiración por su belleza y por su inteligencia y bondad. Recuerdo que en una ocasión estaba mi madre en Barcelona y, teniendo mucha prisa, pretendía tomar un autobús en un lugar donde no existía parada; para informarse se dirigió a un guardia urbano preguntándole: «¿Usted cree que parará aquí el autobús, si le hago una seña?», a lo que el guardia respondió: «No sólo el autobús, usted le hace una seña a un rápido, o a un expreso, y para». Efectivamente, el autobús paró.

Mi madre también es una gran conversadora, una mujer esencialmente social. En casa siempre hay huéspedes o invitados, y yo creo que será porque lo pasan bien.

Finalmente tengo que decir que mi madre tiene una absoluta fe ciega en sí misma. «Aunque esté rodeada de fuego me las arreglaré para salir.» «Si hubiese sido hombre, a estas horas Eisenhower ya hubiese venido a verme.» Estas son frases que le escuchamos decir con mucha frecuencia, y estoy convencida de que no dice más que la verdad.

Otra prueba de su gran sentido humanitario y amor a los niños es el hecho de que su mayor ilusión actual es llegar a construir un hospital o asilo—aunque sea pequeño—para niños desvalidos. Estoy segura que lo conseguirá, y éste será el mejor recuerdo que nos pueda quedar de esta madre que, repito, es lo que más admiro y quiero en este mundo.

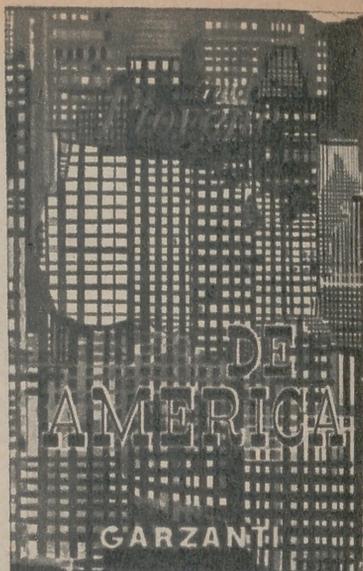
Angelita DE CAÑEDO

"AMOR SOLO" es el título del poema de Gerardo Diego que puede usted leer en el número 22 de POESIA ESPAÑOLA

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

DE AMERICA

Por Guido PIOVENE



DESDE luego no es posible dar una imagen completa de los Estados Unidos. Los Estados Unidos equivalen a un continente. Pero cualquiera que pueda ser nuestro juicio, su importancia resulta innegable por el hecho de que los Estados Unidos están ligados hoy indisolublemente a nuestro destino.

La mayor parte de la gente, al ir a América, se fija sobre todo en Nueva York. Algunos llegan a Washington y otros, menos todavía, saltan en avión a Florida o a Los Angeles por motivos turísticos o mundanos. Queda fuera la parte mayor y más americana de este extenso país; los millones de hombres para los cuales Europa y Asia no son más que un par de palabras, pero que por Europa y Asia ven multiplicarse sus impuestos, en suma, toda aquella América que ante los ojos de los europeos es como una zona opaca, aunque deja sentir su inmenso peso en todas sus decisiones, sobre todo si tenemos en cuenta que se trata de un país en el que el poder está muy difundido y tiene múltiples expresiones, siendo el Gobierno Federal y los Gobiernos de los Estados sólo una parte de él. América no es la franja de las ciudades costeras.

Me pregunto por qué razón está tan de moda el psicoanálisis en los Estados Unidos. Me parece un indicio del sentimiento, difuso en toda América, de no tener una clara conciencia de su propio ánimo, de no estar todavía definida en el fondo de sí misma. América ni siquiera tiene conciencia de su especial belleza.

NUEVA YORK

«Esa calle no es bella —me dijo un americano culto—; no tiene más que rascacielos.» El americano suele sentirse orgulloso de Washington, ciudad neoclásica, llena de monumentos que celebran las glorias de la nación, y que en realidad parece una estación termal prodigiosamente agrandada. El americano todavía no se ha dado cuenta de la belleza de Nueva York, una belleza que deriva de la falta de arte en el sentido nuestro: con las ba-

Guido Piovene es un periodista italiano que entre 1951 y 1952 recorrió 32.000 kilómetros por los Estados Unidos en un auto que conducía su mujer. Es un fino ejemplo su libro del bello periodismo europeo, que trasciende de lo noticioso y se caracteriza por la agudeza, ponderación y erudición del comentario. Se trata, pues, en este libro de la recopilación de una serie de ensayos sobre la gran República de la América del Norte, que fueron apareciendo durante el viaje en el «Corriere della Sera». Sin embargo, la obra tiene unidad fundamental, en la medida en que esto es posible, dada la enorme variedad de paisajes, hombres y sustratos culturales que forman los Estados Unidos. El mismo autor reconoce que no es posible un solo juicio definitivo de los Estados Unidos. Es un país en trance de ser, que todavía no tiene conciencia de sí mismo.

Este inconveniente se compensa holgadamente con la multiplicidad de estudios diversos, a cual más atrayentes todos ellos, y a través de los cuales ha captado perfectamente Guido Piovene la dinámica de las grandes transformaciones sociales que se están operando en estos momentos. Así como obra periodística «De América» da el más rotundo mentís a cualquier acusación de superficialidad que se pretendiera hacer contra la literatura periodística.

La extensión y variedad de los temas tratados nos obliga a escoger unos cuantos ejemplos representativos, doliéndonos de no poder resumir todas las impresiones y juicios de hechos y personas, ciudades y paisajes que embellecen el libro y no caben en nuestro espacio.

«De América», por Guido Piovene.—Garzanti, Milán, 1953, 523 págs. Precio, 2.000 liras.

rreras y límites que el arte en el sentido nuestro pone a la imaginación.

BOSTON

La vieja aristocracia del «Mayflower», de origen predominantemente británico, sigue siendo económicamente fuerte. Religiosamente está dividida en diversos grupos. Estos puritanos de Boston son los más libres de toda obediencia jerárquica. Sólo son cristianos de nombre. Son más bien teístas, espinosistas, kantianos. En general, puede decirse que la religión se reduce a la conciencia del deber (el imperativo categórico) y a la convicción de que hay que procurar el bien del prójimo. Piensan que lo demás carece de importancia. Su calvinismo de origen se ha reducido a una conciencia ética, a una creencia en el valor de las cosas buenas, común a todas las Iglesias. Quizá sea esta una constante de todo el sentimiento religioso americano, aunque se encuentre más acentuada aquí.

Esta aristocracia liberal es todavía potente en el mundo de la cultura y en el bancario. En el mismo Boston le hace dura competencia la expansión católica apoyada en los descendientes de los antiguos criados de las grandes familias, que por orden de su importancia numérica son los irlandeses, italianos, polacos y francocanadienses. Los más fuertes de todos son los irlandeses que, en su mayoría, vinieron a Boston como criados. Una señora amiga mía me contaba que un muchacho, sobrino de su ama de llaves, que solía ir por su casa, es hoy el cardenal Spellman.

Esta masa católica tiene en realidad el poder, domina el municipio. Es un catolicismo socialmente distinto del europeo, fuertemente puritanizado. La intransigencia que han perdido los puritanos ha sido heredada por sus antiguos criados. Su característica más acusada es el ánimo nacional exaltado. Los americanos «nuevos» —irlandeses, italianos o polacos— son también los más «americanos». Se unen al viejo conservador americano en un sentimiento de confuso y potente orgullo nacional. Este es un fenómeno que está transformando el panorama social de los Estados Unidos.

WASHINGTON

Washington es el lugar donde converge la inmensa variedad de los intereses americanos. Es la sede de una burocracia de importancia creciente y la puerta entre el Norte y el Sur. Su carácter totalmente político, racionalista, abstracto y poco nacional, tiene muchos rasgos de capital de un imperio.

Por lo que respecta al problema negro, Washington, como capital y como encrucijada entre el Norte y el Sur, es también punto de encuentro y de fricción entre la mentalidad nordista y la sudista.

Una de las graves dificultades para resolver este problema es que una parte notable de los negros conserva innatas las características del África originaria, aun cuando vayan revestidos del traje americano y de la piedad cristiana. Entrar en un templo lleno de negros es como entrar en un mundo distinto, en el corazón de África, al lado de los rascacielos.

La burocracia de Washington, política, administrativa, militar, policial o de otra clase, es de lo mejor de toda la nación.

CHICAGO, VIA FILADELFIA

Filadelfia, la tercera ciudad de los Estados Unidos por el número de sus habitantes, sigue siendo todavía una ciudad señorial; es como Boston, pero menos fuerte, más femenina, con grandes riquezas, pero estática; de apariencia inglesa o flamenca. A veces recuerda a Londres y a veces recuerda a Bruselas. En ciudades como Filadelfia volvimos a encontrar el avance de la sociedad europea en el sentido antiguo. En su sociedad mundana encontramos, junto al hombre con severo traje azul, al pintor con una chaqueta a cuadros o con una camisa oscura.

Como los cuáqueros son contrarios a la violencia y a la guerra, con un cristianismo que no anda muy lejos de Gandhi, esta ciudad arroja regularmente un gran número de «objetores de conciencia», que dan mucho que hablar a la Prensa.

Chicago es un complejo monstruoso, multiforme, antinatural, indomable, potente, prepotente, trascendente, sin paz, una ciudad de terror y de luz. Aquí, más todavía que en Nueva York, se siente el corazón de América. Es una ciudad laboriosamente encalmada, en el sentido de una digestión laboriosa. Aquí se siente de verdad la América que se vive a sí misma.

EL VIEJO SUR

La cocina de Virginia, esa cocina delicada, suave, basada en la nata y en la miel, sin grasas animales, no es italiana ni francesa, ni americana de hoy. Yo la he conocido en mi infancia en el Véneto. Me parece que en ambos casos se trata de una gran cocina internacional del siglo XVIII, que perdura en Virginia.

Virginia es una tierra de memorias. Las graciosas villas de los antiguos nobles ingleses se conservan casi como museos. Suelen ser mostradas al visitante por los aristocráticos descendientes —que ya no son ricos— de las familias originarias. Charlottesville es el corazón de esta Virginia histórica: aquí vivieron Jefferson y Monroe, allí Jefferson recibió la visita de Lafayette.

Charleston es la ciudad más amable del Sur, y hoy día no hay ninguna otra que se le parezca. Sus habitantes dicen que no es una ciudad, sino un modo de vivir. Presenta, por ejemplo, un aristocrático deseo de no dar importancia al dinero. Pero lo más importante es la belleza de Charleston, su gracia y distinción.

DEL SUR AL OESTE

Tejas se presenta ante los mismos americanos como algo anormal; «la increíble Tejas» es una expresión que se oye por todas partes. El espíritu del Sur y el del Oeste, su afán «progresivo», se encuentran centuplicados y magnificados en Tejas. Tejas es aventurera, militarista, intervencionista y rinde culto a los héroes. Sus diarios tocan una sola cuerda: acusan al Gobierno de ser demasiado blando, de usar en la diplomacia cualquier palabra con tal de que no sea un simple «no». Tejas arroja el mayor número de voluntarios en las guerras. El anticomunismo es, ciertamente en todos los Estados Unidos, un sentimiento colectivo potente; en Tejas es además entusiasta. Tejas y los católicos del Norte son la vanguardia del anticomunismo americano.

CALIFORNIA

El pionerismo americano del Este hacia el Oeste

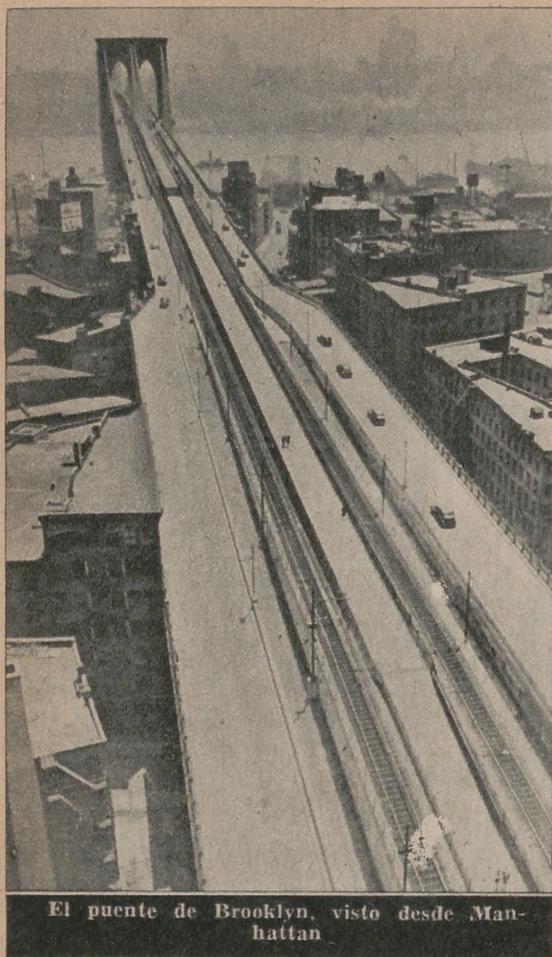


Vista aérea de la avenida Michigan Bridge; ésta es la arteria principal del corazón de Chicago. Al fondo, la gran plaza de la Sociedad.



Una elegante y bella señorita de color, en el barrio negro de Harlem, de Nueva York.

se encuentra todavía en pleno desarrollo e incluso se acentúa, aunque de modo menos primitivo que antiguamente. Las riquezas marchan a ritmo acelerado hacia el Oeste y hacia el Sur, y el centro



El puente de Brooklyn, visto desde Manhattan

de gravedad del país se desplaza. California, como Tejas, es uno de los principales centros de observación, pero mientras la estructura de Tejas es sencilla, la de California es evolucionada y compleja.

Los Angeles es un modelo de ciudad moderna centrífuga, sin osamenta arquitectónica. Más que una ciudad, es una nebulosa de villas que se dilata sin pausa, encuentra otras nebulosas análogas y se confunde con ellas. El límite entre aquella parte de la nebulosa que toma el nombre de Los Angeles y la que queda fuera, es arbitrario.

Como California es extremo y banco de pruebas del americanismo, se exalta más que ningún otro Estado. El anticomunismo, la aversión contra quien ponga en duda la «libre iniciativa», tienen un carácter propio. El de Tejas es un anticomunismo a caballo; el californiano es más calculador y reflexivo. La inclinación a ver por todas partes infiltraciones comunistas, especialmente en los ambientes intelectuales, ha encontrado aquí un foco principal. Por otra parte, Gran Bretaña tiene en California tan mala Prensa como Rusia y el sentimiento antibritánico constituye el principal alimento de las corrientes antieuropeas.

UNA IGLESIA

La Iglesia mormona, que tiene su centro principal en Utah y en la Ciudad de Salt Lake, es probablemente la más rica de las existentes en el mundo, en relación con el número de sus prosélitos. Para los profanos, lo más conocido de esta Iglesia es que predicó y practicó la poligamia, a la que no renunció hasta 1890, y no por convicción, sino por obediencia a la ley civil. Sin embargo, se estudia menos un aspecto más interesante. La Iglesia mormona es la única que nació, se desarrolló y elaboró sus doctrinas por entero en los Estados Unidos. Es pues un caso singularmente revelador de la religiosidad americana original.

Fundada por los mormones a mediados del siglo pasado, ha crecido en la extraordinaria Ciudad de Salt Lake. Prácticamente todo en ella es propiedad de la Iglesia mormona, desde el templo de estilo gótico rematado por la estatua de oro de Angelo Moroni, su profeta, hasta las casas de bancas y seguros, pasando por las casas de vecindad y las fábricas.

El lector lejano piensa en la Iglesia mormona como en un anacronismo. A muchos les asombrará saber que sus secuaces siguen aumentando y rebasan ya un millón. Esta Iglesia está gobernada por un presidente, dos consejeros y «doce apóstoles». Políticamente potente, tiene acumuladas unas riquezas ingentes.

Hay una lucha larvada pero tenaz entre la Iglesia mormona y la católica, que ocupa el segundo lugar por su importancia en este Estado. La actitud de la Iglesia católica en esta región, con un 70 por 100 de mormones y un 4 por 100 de católicos, pone de relieve la vitalidad y ductibilidad del catolicismo americano, que se presenta autoritario en Boston y Nueva York y aquí es la vanguardia liberal que encabeza la fronda.

La Iglesia mormona tiene una teología compleja y fantástica, a la que no parecen hacer mucho caso. En realidad es una Iglesia materialista. Sus secuaces están convencidos, como los calvinistas, de que el éxito es sello de los elegidos de Dios, y tanto la Iglesia corporativamente como sus fieles particularmente, procuran hacer buenos negocios. Es una Iglesia bastante vacía de ideas.

CONCLUSIONES

He terminado mi viaje. A mi regreso a Nueva York he recorrido en coche por los Estados Unidos más de 32.000 kilómetros. Este es el único modo de entrar en contacto con un país tan vario, poco y mal conocido a fuerza de lugares comunes. No le conoce quien se limita a ver la franja costera situada frente a Europa o quien salta de allí a la otra costa en un avión; quien se encierra en las ciudades, que ni siquiera son ciudades en el sentido nuestro, sino más bien máquinas utilitarias de las que se sirve la vida americana sin identificarse con ellas. Tampoco conoce el país quien le haya visitado en tiempos lejanos, antes de la crisis y antes de Roosevelt, o en plena gloria del período rooseveltiano.

El fondo de América es vario, discordante, centrífugo. El americano es casi siempre inconsciente y vive con sencillez mental, sin conciencia de lo que le bulle dentro. Su complicación no está actualizada. Por ello, hay una perpetua confusión latente que se refleja también en la acción política.

Un observador profundo de la vida americana me dijo un día que América está regida por una especie de hedonismo negativo, no busca el placer, sino que huye del dolor; no quiere gozar, sino evitar el sufrimiento. Este deseo de no sufrir adquiere a veces aspectos grandiosos y aspectos mezquinos. Pero ese hedonismo negativo tiene un sustrato religioso más augusto que el hedonismo positivo pagano.

Los temores de los protestantes por el crecimiento del catolicismo en América son políticos y morales. El mayor filósofo americano, John Dewey, habla de una amenaza «a la herencia intelectual y moral» de la nación americana.

Los católicos son cerca de 28 millones. Entre 1948 y 1950 la población americana ha aumentado en un 2,1 por 100, pero el número de católicos ha crecido en un 6,7 por 100.

Las causas del atractivo que ejerce la Iglesia católica son diversas. América es un país nato de movimientos religiosos. Atravesó luego una fase de religiosidad decreciente. Hoy los tiempos favorecen una vuelta a la fe. Una de las impresiones que he sacado del viaje ha sido encontrarme ante una religiosidad colectiva mayor que la de Europa; no me refiero a religiosidad transformada en sentimiento moral, que es lo propio del protestantismo. El hombre que «vuelve a la fe» porque se siente abandonado, es atraído con más fuerza por una Iglesia unida como la católica, que por el protestantismo, dividido en Iglesias y en grupitos que suman de 150 a 250 por lo menos. Otros se sienten arrastrados hacia una Iglesia que condena el divorcio, porque están asustados del número excesivo de los que se producen en el país. A algunos les lleva el anticomunismo, del que los católicos son abanderados. Son muy numerosas las conversiones en el Ejército y la Marina. Las preocupaciones morales y las razones tácticas del anticomunismo van aproximando hacia los católicos a muchos que no lo son todavía, pero que adoptan una clara postura simpatizante. Las escuelas católicas están mucho menos sujetas que las demás a la usura económica, porque el magisterio de los sacerdotes suele hacerse sin estipendio. La Iglesia católica americana es hábil, por último en la propaganda y posee medios.

Se acerca!...

LA MEJOR PELICULA DEL AÑO, DE CECIL B. DE MILLE

BETTY HUTTON
CORNEL WILDE
CHARLTON HESTON
DOROTHY LAMOUR
GLORIA GRAHAM
JAMES STEWART

EL
MAYOR ESPECTACULO
DEL MUNDO

OSCAR
1952

Color por Technicolor

Es un film Paramount

PRODUCIDA Y DIRIGIDA POR CECIL B. DE MILLE

PROXIMO ESTRENO EN TODA ESPAÑA

Está a la venta el número 22 de

POESIA ESPAÑOLA

con originales de Juan Emilio Aragonés, Jesús Arcensio, Francisco Tomás Gomes, Luis Diego Cuscoy, Mercedes Chamorro, Jaime Delgado, Gerardo Diego, Fernando Fernán-Gómez, Miguel Fernández, Eusebio García Luengo, Ramón González Alegre, Justo Guedeja Marrón, Rafael Morales, Antonio Oliver, Carlos Edmundo de Ory, Joan Perucho, Luz Pozo Garza y José María Rodríguez Méndez

"AMOR SOLO"

es el título del Poema de Gerardo Diego, que puede usted leer en el número 22 de

POESIA ESPAÑOLA

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS

Pedidos a Pinar, 5, Madrid

EL ESPAÑOL

ha publicado en sus páginas novelas de

Concha Espina.
Federico García Sanchiz.
Eduardo Aunós.
Noel Claraso.
Tomás Borrás.
Carlos Rivero.
Luis Romero.
Ana María Matute.
Roberto Molina.
Ignacio Aldecoa.
F. García Pavón.
Miguel Delibes.
Alfonso Sastre.
Juan Antonio de la Iglesia;
y otros conocidos escritores

SUSCRIBASE

a

EL ESPAÑOL

¡PRODIGIOSO!

ALADINO Y LA RADIO MARAVILLOSA

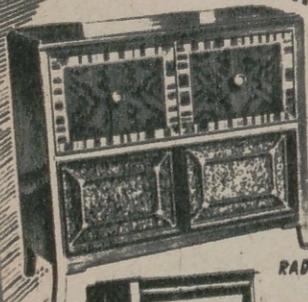


La técnica de IBERIA RADIO y la magia de Aladino, han producido la más colosal serie en radios: Un extraordinario surtido de receptores y radiogramolas de características y precios sin competencia, desde el receptor 5 válvulas toda onda hasta el formidable S-31 con 7 válvulas, triple circuito sintonizado y Push-Pull de salida, con 9 bandas de ondas. Soliciten demostraciones de estos aparatos mágicos en los mejores establecimientos.

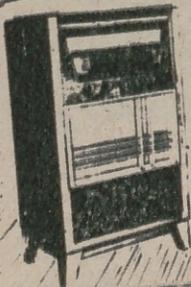
EN EL PAIS DE LAS MIL Y UNA RADIOS.... SOLO IBERIA ES MARAVILLOSA



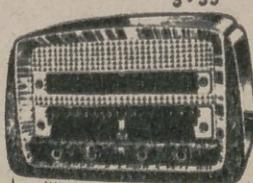
¡MAGICO!
¡SORPRENDENTE!



RADIOGRAMOLAS



T.V. IBERIA



S-33

S-31



PRINT CA 7 B



EMILIO ORTUÑO,

EN LA TRILOGIA QUE CIERRA SU VIDA

Ingeniero de Caminos, Ministro de Fomento y director general de Correos, promulgó en 1909 la ley que regulaba el servicio de estafetas modernizándolo



Emilio Ortuno con su esposa y ahijada (en el centro) Eloisa Ortuno Carraseosa

A EL SE DEBE CUANTO AHORA VA A CONSEGUIRSE EN LA NUEVA REGLAMEN- TACION DEL SERVICIO DE CORREOS

EMILIO Ortuno, ingeniero de Caminos, Ministro de Fomento y director general de Correos, trilogía que cierra su vida, fué un hombre bueno.

Después de la muerte no queda de nosotros más que nuestras obras y, en todo caso, el recuerdo en aquellos seres que nos quisieron. En la medida en que aquéllas fueran fructíferas se hablará de nosotros en generaciones posteriores. Emilio Ortuno dió, en vida, varias lecciones que nadie debe olvidar. La que más trascendencia ha tenido para la Nación, por la que sacamos hoy al desnudo su personalidad, la dió en el año 1909 con la creación de la ley que debía ser la base en la organización del Servicio de Correos. Ley que modernizaba el Servicio entonces existente, prácticamente nulo, incorporando al correo ordinario los servicios de Giro Postal y Caja Postal de Ahorros.

En momentos en que está en las Cortes pendiente de aprobación el programa de la nueva reglamentación del Servicio de Correos, que ha de tender a una mejora importantísima y decisiva, la figura de Emilio Ortuno cobra excepcional importancia. A él se debe cuanto ahora pueda conseguirse.

PIEDRA INICIAL Y PASO DECISIVO

Mis primeros pasos me llevaron a la Dirección General de Correos y Telégrafos, en donde, previas preguntas iniciales, se me aseguró que el señor Silo Dueñas me informaría con exactitud.

El señor Dueñas se mueve pausadamente y habla con gran serenidad. Hombre de edad avanzada, no viejo aun, se sienta en el sillón de su despacho con gesto de años. Ha dedicado su vida

a la Organización. El mismo lo cuenta con gran cariño:

—¡Cómo no iba a conocer a don Emilio! Estoy «en la casa» desde el año 1903. Don Emilio fué el motor que dió velocidad a todo esto. Gracias a su labor incansable hemos llegado al sitio de hoy, a pesar de los obstáculos con que hemos tropezado. El creó, en el año 1909, la ley que regulaba el Servicio, piedra inicial y paso decisivo. Sí, ya sé que desde entonces han pasado muchos años y que tal vez las cosas han marchado con cierta lentitud. La ley que promulgó don Emilio, no prosperó rápidamente.

(El señor Dueñas habla pausadamente, la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, sus dedos jugando con un lapicero.)

—Su labor, señor Dueñas, ¿cuál ha sido?

—¡Todo ha cambiado mucho desde entonces. Ya ve. Aquí me tiene ahora sentado en un sillón, sujeto a un trabajo que yo he visto nacer, crecer y desarrollarse, con gran lentitud. Aun recuerdo la época de la República. Aquello fué el caos. ¡Cuántas vueltas he dado por España visitando las estafetas que creó don Emilio!

El señor Dueñas calla unos instantes y luego prosigue:

—Daba gusto trabajar con él. No he conocido hombre más afable y bondadoso. Ni hombre más trabajador. Muchas personas no saben nada de él ni de su obra; pero en aquellos tiempos, su trato figuraba en todos los despachos de Correos de España. Incluso ahora en muchas estafetas de provincias sigue colgando de la pared. ¿Ha visto usted el busto que hay en el Salón de Actos? Ese era Emilio Ortuno.

(El señor Dueñas se interrumpe unos momentos para atender



Busto de don Emilio Ortuno en el Salón de actos de la Dirección General de Correos

a la firma de unos papeles que le pasa un ordenanza.) Luego sigue:

—Sí. Esto se mueve ahora con mano de hierro, y no hay más remedio. No se puede tolerar el menor fallo en el Servicio. Por ejemplo: diez minutos de retraso en la entrada significan una sanción. No hay excusas. Tres sanciones significan el despido. Tampoco hay excusas, como no sean, claro está, causas de fuerza mayor. Si se aprueba la nueva reglamentación, en la colaboración de la cual yo he tomado parte activa y en la que tengo la mayor confianza, el personal trabajará con más libertad. Libertad en el sentido de que dispondrá de más comodidades al equiparse con los últimos adelantos que el progreso ha impuesto en todos los servicios de Correos del mundo.

—Estas dificultades ¿las había previsto Emilio Ortuno?

—Perdóname usted. Ha venido

para que le hablara de don Emilio, pero tengo tanto cariño a todo esto... Por otra parte, poco más puedo decirle de su persona. El trato que yo tuve con él fué siempre de tipo profesional. El luchó para incrementar el Servicio, las dificultades vinieron luego. Sin embargo, aquí en la casa hay un hombre que tal vez pueda facilitarle más detalles. Centeno se llama. Fernando Centeno, es ordenanza en la Dirección. Pregunte usted por él.

(Al despedirse, su apretón de manos está lleno de energía. Me acompaña hasta el Salón de Actos para hacerme ver el busto de Emilio Ortuño. Allí está, sobre un pedestal. Rasgos energéticos y finos. Perfil esbelto. El señor Dueñas lo mira con ternura. Luego me ofrece la mano por segunda vez.)

CONVERSACION EN CINCO ACTOS CON FERNANDO CENTENO

Fernando Centeno es un personaje pintoresco. Es difícil conseguir hablar con él. Tiene, al parecer, la vida salpicada de interrupciones. Unas de tipo personal. Otras debidas a los muchos años que lleva en su trabajo, lo que hace que sea conocido por todos. La conversación con él ha tenido cinco actos. En el primero, Fernando Centeno aparece ante nosotros con un vaso de anís en la mano, dando vueltas al licor con una cucharilla. No me da tiempo a decirle qué deseo. Sólo pronuncio su nombre:

—¿Es usted Fernando Centeno?

—Sí, yo soy. Bueno; espere usted, espere usted. La vida hay que pasarla a tragos. En seguida vuelvo.

Y Fernando Centeno desaparece por una puerta de las dos que hay al fondo. Regresa al poco rato, sin el vaso. Un pañuelo blanco sale elegantemente del bolsillo superior de su chaqueta. Da vueltas con una mano a un pañuelo que sujeta entre los dientes.

—Usted dirá—me dice.

Le expongo el motivo de mi visita. Luego le pregunto en qué año empezó a trabajar allá.

—Trabajo aquí desde el año 1897. No está mal, ¿eh? ¿Y sabe cuántos años tengo ya? Setenta y siete. Me pregunta usted por don Emilio. ¡Cuántas veces me acuerdo de él! Era una persona como no hay dos. Tenía un corazón de oro y... «Adiós, muy buenas.»

(Tercera interrupción. Fernando Centeno se va a saludar a unos amigos que cruzan el pasillo. Les da unos golpes en la espalda. Ríe sin ruido. Regresa con lentitud.)

—Pues, sí, como le decía a usted, don Emilio era un gran hombre. Yo entonces estaba de portero, de forma que trató con él no lo tuve; pero sé toda su vida. Era de los hombres que se hacen apreciar.

—¿Sabe usted cómo murió?

—Ya puede usted asegurar que fué asesinado y su mujer también. A ver si no. Van a su casa, les llevan a la cárcel, y un buen día desaparecen sin que nadie sepa cómo ni por qué. La cosa

está bien clara. Pero..., perdóneme usted un momento, que se me enfrió el café.

(Fernando Centeno desaparece por la misma puerta que antes. Cinco minutos de espera y vuelve a escena, limpiando los cristales de sus gafas con el pañuelo de su chaqueta.)

—Yo le he tenido tres veces de director—prosigue con toda normalidad—. Porque él fué director de Correos en tres etapas, ¿sabe usted? La primera vez, si mal no recuerdo, fué en 1908. En esta época fué cuando escribí ese libro de Correos que armó tanto jaleo. Luego en 1913, y por fin, en 1917. Ya sabe usted cómo iban las cosas por aquel entonces. Sus cambios obedecieron siempre a los del Gobierno.

—¿Qué más sabe usted, Fernando?

—Más tarde fué Ministro del partido conservador. Era un hombre muy inteligente y gran trabajador. Era diputado en Avila y, además, ingeniero de Caminos, ¡que no es «na» la carrera! ¡Ah, Pepe! Ven un momento...

(Quinta interrupción. Fernando lo hace todo con gracia. A Pepe le da unos papeles que saca de su bolsillo derecho. Pepe se ríe. Todo el mundo se ríe cuando habla con él. Luego regresa sin ninguna prisa.)

—¿No tuvo hijos el matrimonio Ortuño? ¿Conoce algún pariente?

—No, hijos no tenían. Sobrinos por parte de su esposa, sí. Mariano y José Manuel Silveira, que por cierto estuvieron de secretarios con él.

Me había despedido ya de Fernando, cuando me llamó de nuevo.

—Espere—me dijo—. Ahora que recuerdo. Yo puedo darle unas señas que le interesarán. Las de Gregorio Sánchez. Fué ayuda de cámara de don Emilio, y su mujer cocinera de la casa. Viven en la calle Esperanza...

NUNCA MAS SE SUPO DE ELLOS

La mujer de Gregorio Sánchez—éste no estaba en casa—se llama Daniela del Real. Me recibe con tanta naturalidad, que me hace sospechar que esperaba la visita desde hace muchos años.

—Estuve veinte años a su servicio—empieza diciendo—. Los mejores de mi vida en todos conceptos. ¡Qué personas tan buenas! El, un sabio, bondadoso y caritativo como no puede usted figurarse...; doña Petra era una santa mujer...

—¿Doña Petra era la mujer de Emilio Ortuño?

—Sí, su mujer se llamaba Petra Aboin. Era un matrimonio perfecto. Don Emilio se pasaba la vida estudiando. Siempre estaba con los libros. Le gustaba mucho la música. ¡Fijese usted que hasta le hizo estudiar el piano a su mujer...!

—¿Tocaba él algún instrumento?

—Sí; él tocaba el violín y su mujer le acompañaba con el piano. No disponía de mucho tiempo, pero siempre que podía cogía el instrumento, llamaba a su mujer y yo me quedaba encantada oyendo sus conciertos...

Daniela se queda ensimismada,

como buscando una melodía olvidada...

—No tuvieron hijos—continúa—; pero adoptaron a una chica que tenía siete años. La tuvieron con ellos hasta que se casó con un valenciano. Le dieron todo lo que quiso. Eloísa se llamaba. Ahora creo que trabaja, por lo menos trabajaba, en el Banco de España. La colocó allí Goicoechea.

—¿Cómo los conoció usted?

—Yo entré a trabajar con ellos porque ya me conocían. Mis padres habían sido jardineros de su casa en Avila. El padre de don Emilio fué cónsul en Orán; su madre era francesa. Tal vez por ello a don Emilio le gustaba la cocina francesa, aunque no comía demasiado...

—¿Tampoco usted duda de que murieron asesinados?

—Desde luego. A él se lo llevaron a la cárcel de Fomento y a doña Petra a la cárcel de mujeres de la calle de Quiñones. Todos los días iba la familia a dejarles la cesta de la comida, y un día les dijeron que ya no estaban. Nunca más se supo de ellos.

(Daniela del Real, lo mismo que Fernando y que el señor Dueñas, habla de ellos con extraordinaria ternura. Su «nunca más se supo de ellos», lo ha pronunciado con un «lor» fácilmente perceptible. Sus dedos, cruzados sobre la falda en gesto de plegaria, se mueven nerviosamente.)

—¿Qué recuerdos guarda usted de ellos?

—Don Emilio era un hombre muy serio, pero muy atento y sobre todo muy generoso. Era incapaz de negar un favor a nadie. No era muy hablador, pero trataba a todos muy bien. Ya se lo dije a usted antes. Los años que estuve en su casa, son los mejores de mi vida.

Le pregunto por los parientes de don Emilio, los hermanos Silveira.

—Efectivamente, los Silveira son parientes suyos—contesta—; creo que tengo por aquí su dirección.

(Se levanta, busca en un cajón y me da unas señas que añoto.) Luego, contestando a mi pregunta, me dice:

—No. No tengo ninguna fotografía suya. Las que tenía se perdieron durante la guerra.

(Daniela del Real permanece en el pasillo hasta que desaparece por la escalera. No sé cuánto tardaría en entrar de nuevo en su casa. No oí cerrarse la puerta del piso.)

UNA VIDA EJEMPLAR

Mariano Silveira, hombre a quien los años han dejado ya su huella, es sobrino de la que fué esposa de don Emilio Ortuño.

—Emilio— empieza diciendo— nació en Argelia, en Orán, el 28 de septiembre de 1862. Sus primeros años los pasó en el extranjero. Estudió el bachillerato en París, cuando su padre era cónsul de aquella ciudad. Su padre había estado también de cónsul en China. Cuando vino a Madrid siguió sus estudios en la Escuela Politécnica y en el Liceo. Estudió la carrera de ingeniero de Caminos y en la misma escuela luego fué profesor.

—¿Qué destaca usted más de la obra de Ortuño?

—Yo creo que su obra fundamental es toda la que respecta al Servicio de Correos. La promulgación de la ley que él creó fué definitiva. Antonio Maura tenía en él una fe ciega, por ello le confió tan importante misión. En el año 1907 fué subsecretario de la Presidencia; pero ya entonces Emilio había desarrollado una gran labor.

(Mariano Silvela, sentado de lado en una silla, es un hombre de fácil diálogo. Da la impresión al hablar de que se acuerda de cien cosas distintas; a veces sonríe sin que uno pueda saber por qué.)

—¿A qué labor se refiere?

—Había creado la Escuela de Electrotecnia y en el año 1898, si mal no recuerdo, representó a España en el segundo Congreso internacional de navegación celebrado en Bruselas.

Mariano Silvela, cruza trabajosamente las piernas y prosigue:

—Su vida fué ejemplar. Hombre de gran carácter, triunfó por su tenacidad. Su afición al estudio era enorme. Se pasaba noches enteras trabajando sin descanso. Cuando preparaba la ley de la Reforma de Correos, nos dejó asombrados incluso a los que le conocíamos de verdad. Su capacidad de trabajo era enorme. Lástima que tuviera tan triste final...

—Al parecer no puede demostrarse que fuera asesinado.

—No tenemos, efectivamente, la evidencia de que lo mismo él que su esposa fueran asesinados. Pero todos los datos coinciden en un punto a partir del cual es difícil suponer otra cosa.

(Mariano Silvela no me parece un hombre impresionable. Habla con gran corrección y medita sus palabras. De vez en cuando con la mano se alisa el pelo, canoso ya. Le pido si conoce cifras que demuestren prácticamente la labor realizada por Ortuño.)

—Como director general de Correos—contesta—, creó 16 estafetas en Madrid y 10 en Barcelona. O sea casi pobló de estafetas a cada Ayuntamiento que tenía un censo de cinco mil o más habitantes. El número total de Casas-Correos construidas fué de 32, entre las cuales figura el Palacio de Comunicaciones de Madrid. ¡Qué alegría tenía cuando se daba cuenta de que su obra se agigantaba! Su labor como Ministro de Fomento fué también meritoria. De esa época creo que lo más importante fueron sus intervenciones parlamentarias.

—Me decía Daniela que era muy aficionado a la música...

—Sí, efectivamente, Emilio tocaba el violín. Hizo estudiar el piano a su esposa, que no era nada aficionada a la música, para que pudiera acompañarle. Hay veladas familiares que nunca olvidaré. Era un hombre de un gran corazón.

Tampoco el señor Silvela pudo proporcionarme ninguna fotografía de Emilio Ortuño. Al parecer, durante la guerra, el saqueo fué atroz. Cuando me despidió de él, sonreí amablemente.

—Gracias a usted—me dice—. Siempre es agradable recordar momentos que fueron muy bellos.

ENERGICO Y ENEMIGO DEL POLITIQUEO

Eloísa Ortuño Carrascosa, trabaja efectivamente en el Banco de España, Sección Cupones. Es una mujer más bien baja que alta, que aun recuerda cómo se debe sonreír, y sabe hacerlo. Cuando le anuncié el motivo de mi visita, me miró con extraña expresión. En seguida me hizo tomar asiento. Luego empezó:

—Hace muchos años que me preguntaba cómo no se hablaba nunca nada de mi padrino, cuya importancia fué, considero, extraordinaria.

—¿Quiere hablarme de él desde que le conoció?

—Verá usted, me recogieron a los siete años de edad. Antes había vivido con ellos una sobrina, hija de un hermano de don Emilio, que vivía en América. Cuando quedaron solos sintieron tanta nostalgia, que decidieron adoptar a una chiquilla, y a mí me cupo la suerte, por ser una tía mía ex compañera de escuela de la señora de Ortuño.

—¿Ha sido feliz con ellos?

—Enteramente. Me dieron cuanto podía desear.

Eloísa se extiende en elogios de los que fueron padres para ella. Destaca de Emilio Ortuño su gran precisión al juzgar a las personas, sus dotes de organización. Estas cualidades—afirma—le llevaron a ocupar tantos y tan valiosos cargos.

—¿Tuvo algún otro cargo además de ser director general de Correos y Ministro?

—Fué presidente del Casino y consejero del Canal de Suez.

—¿Piensa en él como padre?

—Eso fué para mí. Sus enseñanzas han influido en todos los actos de mi vida. Hombre de amplio criterio, cuanto hacía seguía la ley cristiana. Sus gestos me impresionaban tanto como sus palabras. Era enérgico, enemigo del politiqueo.

—¿Vivía con ellos cuando les detuvieron?

—Ya no; pero casualmente mi marido estaba en su casa aquella tarde. Fueron para prender sólo a su mujer. El les aseguró que donde iba su mujer iba él. Y se lo llevaron.

—¿Su vida familiar fué siempre feliz?

—Siempre. Era imposible no ser feliz con él. Era generoso y modesto a la vez. Le ofrecieron por dos veces el título de marqués, y no lo quiso.

—¿Conoce su testamento?

—Sí. Lo dividió en dos partes: una de ellas para su hermana, la otra para mi hijo. Luego, ambas irán al Colegio de Correos.

Eloísa Ortuño continúa hablando de sus padrinos durante largo rato. Apenas si se ha movido desde que entré. No deja de sonreír, a veces el brillo de sus ojos aumenta, y no sé si es que ríe con más fuerza o quiere ocultar una lágrima.

—No olvide—me dice al despe-



Don Silo Dneñas hace la sembla de Ortuño a nuestro redactor



El señor Centeno descubre a Gil la humanidad de don Emilio



Los recuerdos como eje de vida



Doña Eloísa Ortuño, ahijada de Emilio, conversa sobre su padrino el periodista

dirme—decir al mundo que mi padrino tenía un gran corazón.

Todos los personajes del reportaje han ido entrando en él formando parte de una cadena en la que cada eslabón enlaza perfectamente con el siguiente. Cadena de personajes y cadena de obras que se cierra no como grillete, sino como exaltación.

Realmente sería hermoso que, después de nuestra muerte, se hablara de nosotros como se habla de Emilio Ortuño.

Pedro GIRONELLA POUS

(Fotografías de Mora.)

ORIENTACIONES

A todo el pueblo, sin duda, llegó la noticia de la firma del Concordato entre el Estado español y la Santa Sede, que tuvo lugar en la Ciudad del Vaticano el 27 de agosto último; a todos, también, ha llegado la referencia de su ratificación, después de haber sido aprobado por las Cortes Españolas el 27 de octubre, por aclamación fervorosa, oído el magistral mensaje del Jefe del Estado, pieza oratoria de primera calidad, digna de figurar en las antologías de los grandes pensadores católicos y de los grandes estadistas.

Pero acaso no se haya dicho todavía al pueblo español qué actitud debemos adoptar todos ante el hecho de haberse firmado el Concordato, y cómo debemos enjuiciar su contenido, precisámente desde el punto de vista popular o, como suele decirse, del hombre de la calle.

Se ha escrito mucho y bien acerca del referido documento. La Prensa toda le dedicó sendos y elogiosos comentarios y se han publicado detenidos y concienzudos estudios de carácter histórico, canónico y político, ilustrando a los lectores sobre los puntos concertados por ambas partes contratantes, esto es: la Iglesia y el Estado.

Temo por eso que el ciudadano se crea desligado del asunto y estime que es solamente a las jerarquías de la Iglesia y del Estado a quienes interesa conocer y manejar el Concordato, como norma pactada, en sus mutuas relaciones jurisdiccionales.

Y mi temor se funda en que al hablar de la Iglesia se entiende generalmente por ella «la jerarquía eclesiástica», que no es sino una parte de la Iglesia, siendo así que la formamos todos en una unidad universal y católica no meramente espiritual e interna, sino visible y externa, forjada por los lazos de una misma fe, de una misma doctrina, de unos mismos sacramentos y una misma obediencia a Cristo Nuestro Señor y a su Vicario en la tierra, tal como lo aprendimos en el catecismo: «La Iglesia es la congregación de los fieles cristianos regida por Cristo y el Papa, su Vicario».

Juntos formamos la Iglesia, desde el Papa, que es cabeza visible, hasta el último de los fieles bautizados de hecho o de deseo, pues al quedar incorporados a Jesucristo Redentor de ese modo sacramental y visible y no sólo por la incorporación mental e invisible de la fe, formamos parte de su cuerpo místico y somos ciudadanos de su reino.

Juntos también formamos la Iglesia de España, como parcela de la Santa Iglesia Católica, y en cuanto estamos en comunión con ella participamos de su tesoro doctrinal y sacramental, de toda la riqueza de bienes espirituales que Nuestro Señor dejó a su Iglesia y cuya conservación y administración confió al vigilante ministerio del Pontífice hasta el fin de los siglos.

Por eso es un tremendo error hablar de la Iglesia como de una institución ajena a nosotros mismos, que defiende intereses extraños a los nuestros, y que por tener «personalidad jurídica internacional» ha de entenderse como una potencia extranjera, según desdichadamente pensaron muchos políticos liberales y el izquierdismo republicano.

Los intereses de la Iglesia católica en España son nuestros propios intereses como católicos españoles. El Papa ha autorizado la firma del Concordato como Jefe de la Iglesia o comunidad católica de España; del mismo modo que el Caudillo lo autorizó como Jefe de la Nación española.

Las dos soberanías, la de la Iglesia y la del Estado, concertaron el acuerdo de proteger juntas el patrimonio espiritual y moral del pueblo espa-

ñol, sin afanes de invadir la una soberanía el campo específico de la otra. Ambas tuvieron un solo y único anhelo, felizmente formulado: nuestro bien.

Debemos dar gracias a Dios porque este Concordato constituye un gran bien para España, y debemos reconocerlo así, pues aunque algunos piensen que son los derechos de la Iglesia los que en el documento se protegen, la realidad es que en el España se protege a sí misma, protege sus intereses sagrados y vitales, bajo el refrendo de las dos autoridades a quienes Dios Nuestro Señor confió la misión de salvaguardarlos en el presente, en esta hora histórica de España y en previsión del futuro, como corresponde hacer a los Pontífices por la Iglesia y a los Jefes de Estado por sus pueblos.

Públicamente lo proclamó el Caudillo en su mensaje a las Cortes: «Con el Concordato firmado con la Santa Sede hemos prestado a la Nación y a nuestra Santa Madre la Iglesia el servicio más importante de nuestros tiempos. España recibe de la Iglesia una inmensa cooperación moral y a su vez presta a la Iglesia el auxilio de los medios precisos para que en el orden moral se cumpla y se realice su misión sobre la tierra.»

Y es que la realeza de Cristo está incorporada al espíritu nacional, que se ha nutrido siempre de catolicidad, y mientras España y los españoles permanecieron fieles a sí mismos, no vacilaron en proclamar el reinado social de Jesucristo, y hasta a la hora de morir lo hacían gritando «Viva Cristo Rey», como muchos lo hicieron durante la persecución roja y en los frentes de combate durante la guerra de Liberación.

Esta nuestra manera valerosa y lógica de llevar la religión a todos los terrenos contrasta con el criterio lleno de timidez de algunos católicos en «los países democráticos», donde el complejo de sentirse en minoría les ha obligado a replegarse y dan al mundo la impresión de que ni desean la plena realización de los principios del Derecho Público Eclesiástico ni les interesa que la Iglesia sea reconocida como sociedad perfecta, y hasta juzgan indiscreto gritar «Viva Cristo Rey!» e inoportuna la celebración solemne de la fiesta de su realeza.

Entre nosotros, superada la tesis mínima de recelosa convivencia entre la religión y la sociedad, entre los fueros de Dios y los del César, y abandonadas también las antiguas ambiciones regalistas, la Iglesia y el Estado se han prometido *mutua y noble colaboración* para la defensa y acrecentamiento de aquellos valores sagrados, que constituyen la riqueza patrimonial de España.

Esa mutua y noble colaboración corresponde prestarla, en primer término, a cuantos de algún modo tienen participación en la responsabilidad de los cargos públicos, ya sean de la Iglesia o del Estado; pero también nos corresponde cooperar noble y sinceramente a todos y cada uno de los ciudadanos, pues a todo el pueblo español interesa que se conserve la unidad de la fe y la santidad del matrimonio, se logre la formación de buenos sacerdotes y la educación religiosa de los niños y de los jóvenes, se mantenga alto el nivel moral de las costumbres públicas y, en fin, cuanto constituyó siempre el nervio espiritual de nuestra personalidad profundamente cristiana. Se puede decir humanamente hablando, que de nuestra fidelidad y lealtad, de nuestro vigilante interés y de nuestra sincera cooperación a los nobles fines concertados depende el que éstos se logren o se malogren para el bien o el mal de la Patria.

+ MARIANO, Obispo de Mondoñedo

ASEGURESE USTED

EL ESPAÑOL

TODAS LAS SEMANAS

SOLICITANDO UNA SUSCRIPCION

Un buen libro, el mejor regalo



tamaño 21 x 28 cm.

NUEVA EDICION 1953

La mejor obra de consulta!

DICCIONARIO HISPANICO UNIVERSAL

Más de 60.000 ejemplares vendidos garantizan su gran utilidad!

Texto revisado y puesto al día; seis mapas y numerosos grabados nuevos; aumentada notablemente la terminología técnica. Papel de la mejor calidad; sólida encuadernación. Esta novísima edición supera a las anteriores, ya que la experiencia de largos años ha permitido presentar una obra cuya gran amplitud la convertirá en su mejor colaborador sean cuales sean sus actividades.

Por su claridad, su exactitud y ordenación es insustituible

Obra sin precedentes, fruto de una concepción totalmente distinta a cuantos diccionarios y enciclopedias existen en nuestra lengua es, en su clase, único en el mundo y un verdadero Diccionario de Diccionarios, pues contiene:

- 1 Un diccionario completo de la Lengua Española con todo el léxico de Ciencias, Artes y oficios, americanismos, etc.
- 2 Las equivalencias en francés, inglés, Alemán, Italiano y Portugués, de todos las palabras españolas.
- 3 Un completísimo Diccionario Enciclopédico, Histórico, Geográfico, Biográfico, Mitológico, etc.
- 4 Vocabularios especiales en francés, inglés, Alemán, Italiano y Portugués.
- 5 Vocabularios calé (gitano)-español y español-calé (gitano). Vocabulario de Germanismos.
- 6 Un extensísimo Diccionario de Sinónimos, que contiene más de 175.000 palabras.
- 7 Un interesante repertorio de frases célebres y voces y locuciones latinas y extranjeras.
- 8 Un vocabulario de terminología técnica moderna, usada en radio, televisión, ciencias físico-químicas, electricidad, energía atómica, etc., etc.

2.765 páginas con 450.300 artículos.-6.698 grabados.- 1.000 retratos.- 106 mapas en negro y colores.- 26 láminas en negro.- 19 en colores.- 9 en hucrogrados y 50.000.000 de letras.



Esta obra debe hallarse al alcance de la mano y sobre la mesa de trabajo de toda persona culta, sea cual fuere la actividad a que se dedique.

PRECIO DE LA OBRA (2 tomos)

40^{PTAS.} MENSUALES **13 MESES DE CREDITO**

Encuadernación tela y oro: **AL CONTADO, Ptas. 475, a reembolso sin otro gasto.** Encuadernación especial como piel y filules en oro ley: **AL CONTADO, Ptas. 550 a reembolso sin otro gasto.**
A PLAZOS, Ptas. 540, o sea, 60 a reembolso y 12 mensualidades de ptas. 40 cada una. **A PLAZOS, Ptas. 625, o sea, 75 a reembolso y 11 mensualidades de ptas. 50 cada una.**

CARTA DE PEDIDO G. L. A. P.
 DATOS PERSONALES

Nombre y apellidos
 Edad profesión
 Domicilio
 Población
 Provincia
 Empleado en
 Domicilio empleo

Muy Sres. míos: Sirvanos remitirme, a la mayor brevedad posible, un **DICCIONARIO HISPANICO UNIVERSAL** (2 tomos) en encuadernación (1) ordinaria, que me compranote a pagar (1) **Al contado, Ptas.** el primero de Ptas. a reembolso, y las restantes de Ptas., el día 1.º de cada mes, hasta su liquidación.

Firma.

(1) Téchevo lo no deshecho

Recórtese o cópiese esta carta y remítase a **OLAP ORGANIZACIÓN LIBROS A PLAZOS**
 DIPUTACIÓN 296 - BARCELONA

VINDICACION DEL CLERICALISMO VICENSE

Por Octavio SALTOR

LA aparición simultánea de dos libros sobre San Antonio M.^o Claret (1) y la reanudación de las actuaciones públicas en honor de su fundador por parte de sus religiosos, actualizan la oportunidad de un tema que revela, bajo un prisma idóneo, uno de los encuadramientos hispánicos más profundos de la psicología de Cataluña: la modalidad específica de su clericalismo en el único sentido posible, el positivo y literal, de la palabra. Y ese clericalismo pasa, desde luego, con Balmes, con Verdaguer, con Torras y Bages, con Claret, con las promociones contemporáneas de su seminario, por el meridiano de Vich, sede perdurable de una mentalidad ortodoxa definida, en el ideario colectivo del siglo XIX, como en el del XX.

Claret y Balmes fueron condiscípulos en el seminario vicense. Con tres años menos, éste aventajaba en un curso a aquél. Le aventajó también en la magnitud de la inteligencia hecha obra; obra apologetica, filosófica y política. En cambio, Claret le ganó en la precocidad de la santidad. Como de ellos ha escrito el jesuita P. Casanovas, si el uno es fuerza viva de santidad, el otro es clara luz de sabiduría. Zaranreados ambos por los vaivenes políticos, Balmes fué en ellos protagonista constitucional por doctrina, o sea por ideario; Claret lo fué por el empuje polifórmico de su apostolado social más que por su misma irrelevante, pero anecdótica, actuación cerca de Isabel II. Claret fué por manifiesto designio divino explícito el taumaturgo, Balmes fué el genio del pensamiento de su tiempo, con raíces de universalidad. El tejedor de Sallent como el intelectual de Vich resultaron, sin embargo, expresión simultánea y mantenida de una concepción del mundo y de las cosas, de un tipo y una modalidad de actividad apostólica genuinamente catalanes. Que Balmes escribiera un castellano recusado por Valera y baluceara el verso catalán, que Claret tuviera en ambos idiomas un estilo literario (por así decirlo) que correspondía a los trazos poco armónicos de su figura, carece de importancia a los fines de su integración genuina en los movimientos ideológicos de su época; pero la tiene, en cambio, como trasunto directo de su común *acento* catalán.

En suma, uno y otro quisieron «sentir con la Iglesia». Por ella pasó Claret fatigas innumerables y sudó sangre y lágrimas. Por ella se vió perseguido Balmes en su pluma y en su persona. Pero esa Iglesia consagra a éste como a su defensor más denodado a través de Pío IX y eleva a aquél, con arriesgada valentía, a jerarquía metropolitana. Su firmeza se consiguió en ambos no sólo *sub specie aeternitatis*; fué también, o incluso, una firmeza psicológicamente temporal. Ambos no se arrimaron en la prudencia para limitar el ejercicio de su conciencia activa de apostolado, sino que no vacilaron en tomar la espada del Evangelio en vindicación de la Santa Sede y en preservación de una España católica. De tal modo que es por este conducto también que se ha impetrado, desde antes de su centenario de 1948, la proclamación de la santidad de Balmes (2).

Torras y Bages fué vicense por adopción (3) de ambiente, por afinidad de temperamento, pero, sobre todo, por consagración jerárquica. Hay ciudades y ministerios que imprimen carácter. Ciudades como Toledo, como Santiago, como Tarragona. Vich es una de esas ciudades, que encarna además como pocas otras la fisonomía particular de la piedad afianzada por San Miguel de los Santos, de la tradición autóctona predicada por el canónigo Collell. Y más en el orden que en la jurisdicción, Torras se tornó vicense al serle impuesta la mitra que, al darle la égida eclesiástica

de la «Plana», le erigia en el magisterio espiritual de toda una grey más amplia que la de los límites diocesanos. El centenario de su nacimiento coincidió prácticamente con el de la muerte de Balmes, y eso permitió enlazar sus enseñanzas y contrastar sus figuras (4). Devotísimo del rosario, alma «sustancialmente religiosa», su «seriedad» y su «equilibrio» se invistieron del sentido de autoidad que le exigía el episcopado, hasta dar en su perfil moral con «el tipo representativo de las virtudes de un pueblo» (5). Y si fué, como Balmes, «pensador, filósofo, teólogo» y asceta, y si su estilo literario «es siempre el mismo», resultará más cálido que el de aquél, porque su valiosa doctrina estética (6) le hará también, y a pesar de todo, más artista de la persuasión y de la didáctica sacra.

Una misma línea mental de reserva frente al liberalismo pasa de Balmes a Torras (7). Es más: el segundo acentúa filosóficamente la prevención hasta una hostilidad que le enlaza, por un lado, con Donoso; por otro, con Sardá y Salvany, y aun con Vázquez de Mella. Un estudio comparativo del regionalismo de ambos resultaría saludable y ayudaría a conocerles mejor sustancialmente, sin la corteza de los prejuicios. Algo así como ocurre con Maragall cuando desde las serenas esferas de la metafísica cristiana (8) se razona y discrimina con alteza de miras y con penetración psicológica y teológica sobre la superación espiritualista de su malentendido panteísmo del «Cant espiritual», por ejemplo.

Pero el panorama no sería completo sin añadirle el poeta. Que eso y nada más fué, pudo y debió ser el sacerdote Verdaguer. Poeta en prosa y en verso; aquella se desliza con una suavidad de estilo inigualada, éste cristalizando trabajosamente su aparente fluidez en la difícil facilidad de su ingente conciencia creadora. Mosén Cinto era, además, históricamente necesario, para que el paradigma del Renacimiento literario catalán tuviese su eje básico, su articulación decisiva en su crecimiento; pero lo era asimismo para que la vindicación, la vertebración del clericalismo vicense en coeficiente de personalidad religiosa dentro de un país hallara su matiz popular, el cauce donde pudiera quedar embebido el pueblo. Todas las polémicas contemporáneas o póstumas, todos los libros y conferencias surgidos en torno al cincuentenario de la muerte del poeta de Folgarolas (9) han debido tener presente la vocación de apostolado sacerdotal de su musa y el éxito público de este designio.

El «seny» que adoptó a Balmes y a Torras se mantuvo como arquitectura en la obra de Verdaguer, y su tentación de «folia» de trotamundos evangélico fué lograda en virtud por el P. Claret, mucho menos literato que él. Porque Dios, como reiteradamente aleccionó el Apóstol, distribuye los dones en la medida de su dádiva previa de aptitudes humanas a su servicio (10). Y así Vich y sus clérigos, «hoy como ayer, mañana como hoy», y su interpretación del espíritu, en función de verdad, de misión y de belleza, sigue siendo un remanso que refleja los caracteres de toda una región, en sus más permanentes y elevadas cualidades, no con retraimiento adusto ni con reaccionarismo sistemático, pero sí con fidelidad al acento propio con que por él ha sido servido históricamente, por encima o más allá de desvarios transitorios superados, el magno acervo común.

(4) Ramón Rucabado: «Mi tributo filial». Ed. del autor. Barcelona, 1952.

(5) J. Miquel Macaya: «Elogi del Bisbe Torras». Tip. Balmesiana. Vich, 1952.

(6) C. Cardó: «Doctrina estética del Dr. Torras i Bages». Edit. Catalana. Barcelona, 1919.

(7) Joaquín Buxó de Abaigar: «La gran lección política de Balmes». Vich, 1949.

Ramón Bauçells Serra: «Balmes y el nacionalismo español». Vich, 1948.

Balmes: «Antología de sus escritos políticos». Sel. y pról. de Juan B. Soler-Vicens. Espasa-Calpe, S. A. J. Dachs, Prev.: «800 pensamientos del Bisbe Torras i Bages». Ed. Fom. de Piet. Cat. Barcelona, 1952.

(8) Así lo han hecho el P. Miguel de Espiugas y el Rvdo. Pedro Ribot en diversas monografías y disertaciones sobre este tema.

(9) Jacint Verdaguer: «Obras completas». Bibl. Perenne. 3.^a ed. Casa del Libro. Barcelona, 1949. Entre las conferencias citadas destacan las organizadas por el Ateneo de Madrid en noviembre y diciembre de 1952, a cargo de escritores catalanes, la última de ellas dada por el firmante.

(10) San Pablo: Ep. I Cor., 12, 27-31, y Ephes., 1, 7-13.

(1) Manuel Brunet: «Actualidad del P. Claret». Edit. Sala. Vich, 1953.

J. Torrent Fábregas: «St. Antoni M. Claret». Col. Pop. Barcino. Barcelona, 1953.

(2) Clemente Villegas: «Ejemplaridad de Balmes». Edit. Balmes, Barcelona, 1946.

(3) Nació en Villafranca del Panadés (1846), murió en Vich (1916).

LA MUJER TURCA Y SU FAMOSA EMANCIPACION

EN 1925 BAILARON JUNTOS TURCOS Y TURCAS DESCONOCIDOS, POR PRIMERA VEZ EN LA HISTORIA

La participación heroica de las campesinas en la guerra de independencia (1919-23) fué la base inicial de la transformación civil femenina



La mujer turca, en una representación teatral histórica

DESPUES de mil años de vida claustral durante los cuales la tendencia natural de la persona humana a cultivar y a emplear todas sus aptitudes permaneció reprimida y contrahecha por la vieja legislación, las mujeres turcas han hallado bruscamente su expansión normal a todos los terrenos de la vida social de su país. Eso no se ha podido hacer de prisa, ciertamente, ni sin resistencias legales, extralegales y también ilegales. Pero Turquía ha llegado en todo caso a su europeización, y no hubiera podido lograrlo sin liquidar la situación que más le alejaba de Europa: las características del viejo derecho turco en relación con la condición social femenina, y con el matrimonio especialmente.

En 1830 el gran almirante turco Halil Pachá decía esto: «Si no nos damos prisa en imitar a Europa, nos veremos obligados a ingresar en Asia.» La emancipación de las mujeres turcas tiene, pues, una característica muy superior a la de una reivindicación. Fué una necesidad nacional cumplida por el decoro y por el interés de Turquía, por la manera entusiasta cómo el cambio se llevó a cabo, se consagró en la Prensa mundial allá por mil novecientos treinta y tantos el «slogan» de «Turquía feminista». En realidad, el «slogan» exacto hubiera sido el de «Turquía



Campeona olímpica



Excelente puericultora

europea», en la asimilación entre el uno y el otro está la verdadera realidad de aquel movimiento.

Lo fundamental de la europeización de Turquía y lo que en su Derecho civil ha impreso respecto a Asia una diferencia más radical son estas variaciones: la monogamia del Sultán y la supresión de las odaliscas; la no injerencia de policías y de extraños en los asuntos de una mujer honesta; la abolición de la repu-

diación; la libre elección del matrimonio y, en general, la adopción de un Código civil europeo. Código que precisamente era con la condición antigua de la mujer turca, con lo que más chocaba.

LAS MUJERES TURCAS MURIERON POR SU PATRIA SIN PEDIR FERMISO

La participación heroica de las campesinas turcas en la guerra de independencia —1919-23— fué,



Las turcas son afamadas caballistas

en gran medida la base inicial de la transformación civil femenina.

Los ulemas no tuvieron tiempo de decir si las mujeres podían o no podían tomar las armas y cargar los obuses sobre sus hombros cuando ya las habían tomado para la defensa de su país, para combatir al lado de los hombres en los momentos graves y críticos y morir a su lado. Sin permiso, en el ardor y el peligro del momento histórico que vivían, apoderadas por vía de urgencia de sus propias virtudes nacionales, las mujeres turcas sembraron en las primeras líneas del frente la semilla de la futura «Turquía feminista», y con ella el rasgo diferencial más importante del nuevo Estado turco. En Bursa, y al día siguiente de la victoria, en octubre de 1922, Mustafá Kemal sintió por primera vez la necesidad de la transformación en favor de la moderna Turquía. Un año después pronuncia el llamado «curso de emancipación de la mujer»: «No deben ya esconderse, ni enciustrarse, ni velarse, porque todo el país turco sufriría con ellas», dijo. «La mujer turca ha prestado durante la guerra su ardiente concurso al país y ha sufrido como todo el mundo; hoy debe ser libre, debe instruirse y fundar escuelas, ocupar en el país una situación también igual a la del hombre; tiene derecho a ello.» «Si en una comunidad—dice más tarde—sólo uno de los sexos se acomoda a las condiciones modernas, esa comunidad será débil en su mitad... Por esa

razón uno de los imperativos del día es realizar en todos los terrenos la emancipación de nuestras mujeres.»

EN 1925, LOS MUSULMANES Y MUSULMANAS BAILARON POR PRIMERA VEZ

Esa obra se corona en 1934 con el derecho de las mujeres a elegir y a ser elegidas. Pero fué en realidad obra de una larga evolución operada por corrientes serenas y profundas de opinión en la sociedad turca desde veinte años antes de esa fecha. Mustafá Kemal fué el sincronizador. Y en refuerzo de sus amonestaciones contra la resistencia al movimiento europeizador, predica con la persuasión y con el ejemplo. En 1925 preside en Esmirna un baile compuesto únicamente por musulmanes y musulmanas. En él, las musulmanas bailaron, por tanto, con hombres desconocidos. Ese golpe dado a la muralla de la separación de los sexos tuvo una publicidad resonante.

Desde 1926, fecha de la adopción del Código civil suizo por Turquía, el matrimonio turco consiste en «dos mitades»; hasta entonces consistía en «tres cuartos» de intereses—los del hombre—pesando contra «un cuarto»: la mujer. Las obligaciones matrimoniales eran, para el hombre de carácter puramente moral, sin sanciones para su transgresión. La repudiación, antes prácticamente ilimitada, ha sido inexorable y definitivamente eliminada del derecho matrimonial.

LA MUJER CASADA CONSERVA SUS DERECHOS CIVILES

En el Código civil actual, los desposorios necesitan un contrato especial que establece la obligación de fidelidad recíproca, y la de mantener ambos desposados una conducta consecuente a las exigencias de esa fidelidad. Las partes se obligan en ese momento a establecer un contrato matrimonial ulterior, en el cual sólo ellas mismas pueden decidir las estipulaciones. Respecto a la posibilidad de que contraiga matrimonio una mujer mahometana con un no mahometano, y viceversa, está tácitamente concedida; este fué un punto al que fué reacia la sociedad turca, pese a la enorme abundancia de las apostasías, especialmente de mujeres que contraían matrimonio con un infiel y luego abandonaban su religión y emigraban de su propio país. También es nuevo el derecho a la separación, cosa naturalmente inconcebible en los viejos hábitos matrimoniales, en los que este derecho no tenía más forma que el de la repudiación libérrima de la mujer por el hombre.

En resumen, la situación de la mujer casada es de sumisión a la autoridad marital, pero conservando sus derechos civiles y la capacidad de disposición de sus bienes. El Código civil turco se preocupa de un modo explícito de hacer sentar la obligación, para la mujer, de cuidar de la casa o, en compensación, satisfacer una compensación económica.

LAS CAMPESINAS AYUDAN AL MARIDO PARA NO TRABAJAR ELLAS SOLAS

Todas las esferas del trabajo, excepto las que están expresamente vedadas por el Código laboral como incompatibles con la aptitud física femenina, están actualmente abiertas a la mujer turca. Para no hablar de las tareas campesinas—éas, todavía en ciertas regiones de Anatolia, reacias al movimiento «Turquía feminista», están desempeñadas solamente por... las mujeres—, la realidad es que todas las ocupaciones, industriales, comerciales y liberales, pueden ser desempeñadas por aquéllas. La profesión menos frecuentada es la comercial; no es en ello excepción a la mayor parte de los países de Europa.

El Código de Trabajo se promulgó en 1936. Las mujeres no pueden realizar trabajos bajo tierra, ni submarinos, ni en general los que necesitan un esfuerzo físico superior a la capacidad física de una mujer; tienen un permiso de alumbramiento y de lactancia, salvo cuando llevan menos de tres meses de trabajo para la empresa que ha de concederlo. Cuando la obrera está casada necesita para trabajar la autorización, explícita o tácita, del marido, pero puede obtener permiso judicial para ejercer una profesión contra la voluntad de aquél si demuestra que ello está exigido por el interés conyugal o familiar.

Pese a las prescripciones coránicas, la condición normal de las mujeres turcas por lo que se



La Cruz Roja agrupa millares de enfermeras en Turquía

refiere a la educación era el analfabetismo. La estadística general de mujeres analfabetas en Turquía daba, en el año 1935 la cifra asombrosa de un 91,8 por 100. En la misma fecha, y en la capital, sólo sabía leer el 46 por 100 de las mujeres. «La ignorancia de la mujer turca—decía el Sultán Califa Abdul-Hamed—es muy grande; y, puesto que los años de nuestra juventud se pasan en el harén, no puede menos de ocurrir que la ignorancia de las mujeres ejercite una influencia desfavorable sobre la educación de esa juventud. Pero, además, una mujer ignorante no sabrá ser jamás una verdadera compañera para el marido... Hay que procurar con energía que nuestro pueblo vaya convenciéndose poco a poco de que la mujer no debe ser para el hombre un simple objeto, sino su ayuda y su compañera.» Es, pues, claro que espontáneamente albergaba Turquía con anterioridad a las grandes innovaciones imprimidas en la vida de la mujer por Mustafá Kemal, el convencimiento de lo insostenible y funesta que era la situación anterior para la suerte del país.

ANTES DE 1923 HABIA EN TODA TURQUIA NUEVE COLEGIOS PARA MUJERES

Frente a esas corrientes ya antiguas de opinión no es difícil de adivinar la enorme negligencia que sufría en la antigua Turquía la educación de la mujer. En fecha anterior a 1923 sólo adquirían educación secundaria en toda Turquía 1.513 mujeres en nueve colegios. Alumnas de escuelas normales había entonces, en cifra total, 783; en 1943 esta segunda cifra estaba duplicada, y montaba la primera a 28.454 niñas estudiando en colegios de segunda enseñanza.

Respecto a enseñanza práctica, muchos pueblos no conocían la asistencia de matronas, porque no había realmente mujeres capacitadas para ello. En 1937 se abrió en Balikesir el primer Instituto para formación de matronas, y el segundo en Koniah, en 1938. Actualmente actúan en las zonas rurales de Turquía 410 matronas con la preparación suficiente.

En la instrucción primaria, las cifras demuestran también el enorme esfuerzo de Turquía en favor de la formación femenina y los resultados que alcanza. En 1923 existía en Turquía—con 13 millones de habitantes—una población escolar, niños y niñas computados, de 347.685 personas. En 1927 nos hallamos con la cifra, sólo para las niñas, de 63.471 en ciudades y 55.041 en zona rural. En 1932 había en zonas urbanas una población escolar de 93.256 niñas, y en zona rural, 100.533. En 1937, respectivamente, 125.761 y 121.076. La cifra de 1943 es la de 141.362 niñas educándose en las ciudades y 163.044 en el campo.

Respecto a las Universidades, el número de mujeres escolares ha subido desde 185 en 1923 hasta 2.507 en la Universidad de Estambul. La Facultad más favorecida por la elección femenina es la de Filosofía y Letras, con 450 matriculadas en 1943. Los



Típica vendedora de pescado en un puerto del mar Negro

estudios menos frecuentados son los superiores de comercio, con una asistencia de 132 alumnos.

MÁS ALLÁ QUE EUROPA

La preparación física de las mujeres tiene un lugar preeminente en la preocupación general de la educación femenina. En Ankara existe un Instituto de Cultura Física que comenzó a recibir matriculas de muchachas desde 1936, y en todas las escuelas se enseña la gimnasia sueca. Existen también «exploradoras» que, con sus uniformes, toman parte en las manifestaciones al lado de las correspondientes organizaciones de muchachos.

Pero el aspecto más interesante, por excepcional, de la educación física de las mujeres turcas es su preparación militar. Turquía tiene grabado a fuego el recuerdo del comportamiento femenino durante la guerra, y las muchachas reciben en los Institutos y en la Universidades una instrucción militar completa, sometidas a una disciplina rigurosa.

En 1931, y en un viaje a través del país, Mustafá Kemal habló de los derechos de la mujer en esta forma: «Si es necesario, la mujer debe cumplir los deberes militares; la mujer turca ha probado que puede servir en la guerra.»

Entre los enormes beneficios del feminismo europeizador—con-



Cursillo para enfermeras

quista de la cual la sociedad turca, pese al placer con que lo verían algunas minorías, no quiere ni puede retroceder otra vez hacia Asia—existe, sin duda alguna, exceso que puede tener un efecto desgraciado sobre la estabilidad de la nueva situación civil femenina. Lógica consecuencia de un momento de ardor revolucionario, Turquía fué en algunos aspectos de su feminismo, más allá que Europa. Probablemente los remediará para no estar más lejos, ni tampoco quedar más cerca que ella, ni malograr los efectos civilizadores producidos por el abandono de su viejo Derecho civil. C. MONTERO

EL ESPAÑOL

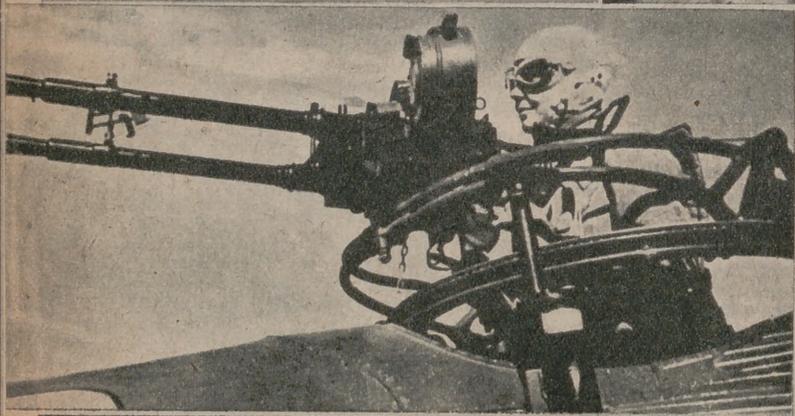
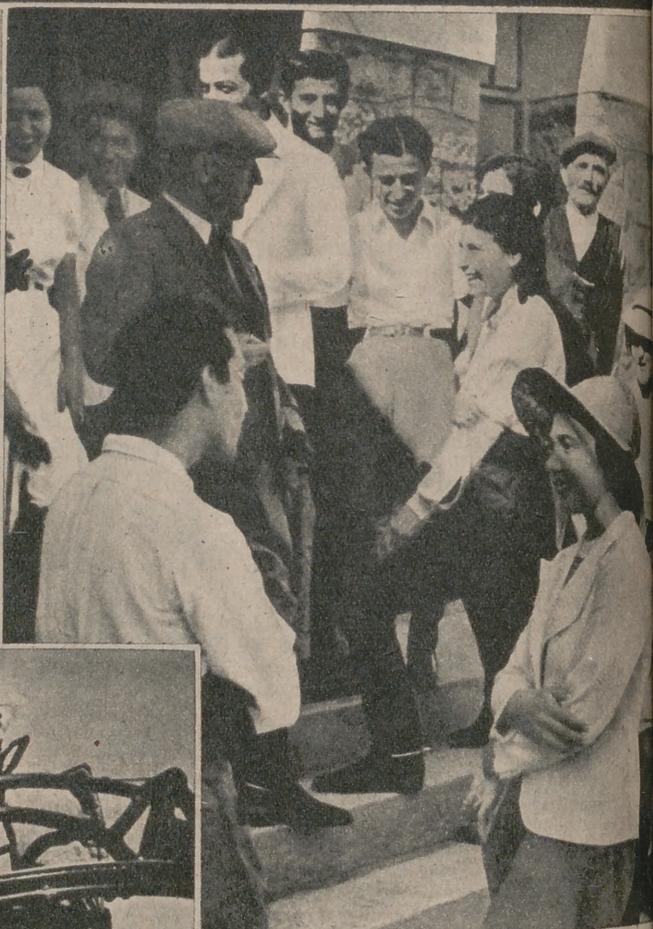
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

LA MUJER TURCA Y SU FAMOSA EMANCIPACION

En 1925 bailaron juntos turcos y turcas desconocidos por primera vez en la historia

La participación heroica de las campesinas en la guerra de independencia (1919-23) fué la base inicial de la transformación civil femenina



Después de mil años de vida reprimida por la vieja legislación, las mujeres turcas hallaron bruscamente su expansión normal a todos los terrenos de la vida social

de su país. La emancipación de las mujeres turcas tiene una característica muy superior a la de una reivindicación. Su preparación física tiene un lugar preeminente, e incluso reciben una instrucción militar completa. Sobre este tema publicamos amplia e interesante información en la página a 61

